



RINGS OF SATURN

J. G.
BALLARD

Lectulandia

Cuando se instaló en el nuevo rascacielos, Laing creyó haber encontrado el retiro ideal. Nada le permitía adivinar la hostilidad que muy pronto dividiría a los ocupantes, mostrando el lado más sombrío y terrorífico de la civilización moderna.

Lectulandia

J.G. Ballard

RASCACIELOS

ePUB v1.0

Kundalpanico 11.08.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *High-Rise*

©1975, J.G. Ballard.

Traducción: Manuel Figueroa

Editor original: Kundalpanico (v1.0 a v1.x)

ePub base v2.1

I MASA CRÍTICA

Más tarde, mientras estaba sentado en el balcón, comiéndose el perro, el doctor Robert Laing recordó otra vez los hechos insólitos que habían ocurrido en este enorme edificio de apartamentos en los tres últimos meses. Ahora que todo había vuelto a la normalidad, le sorprendía que no hubiera habido un comienzo, una línea que ellos hubieran atravesado entrando en una dimensión indudablemente más siniestra. Con cuarenta pisos y mil apartamentos, supermercado y piscinas, banco y escuela —todo virtualmente abandonado en el cielo—, había en el edificio oportunidades más que suficientes para la violencia y la confrontación. Sin duda el apartamento-estudio del piso veinticinco era el último lugar que Laing habría escogido como campo de batalla inicial. Esta celda demasiado costosa, insertada casi al azar en la fachada vertical del edificio, la había comprado después de divorciarse, atraído sobre todo por la tranquilidad y el anonimato del lugar. Curiosamente, pese a todos los esfuerzos de Laing por mantenerse apartado de los dos mil vecinos y de la única vida comunitaria que ellos conocían, una ininterrumpida sucesión de riñas y enojos triviales, sin duda había sido aquí donde había ocurrido el primer acontecimiento significativo, en este balcón donde ahora se acucillaba junto a una hoguera de guías telefónicas, comiendo el cuarto trasero asado del ovejero alemán antes de ir a dar clase en la escuela médica.

Hacía tres meses, mientras se preparaba el desayuno poco después de las once de la mañana de un sábado, el doctor Laing fue sorprendido por una explosión en el balcón de la sala. Una botella de vino espumoso había caído desde quince metros más arriba, rebotando en un toldo y haciéndose añicos en las baldosas del balcón.

La alfombra de la sala estaba sembrada de espuma y vidrios rotos. Laing se quedó un rato de pie, descalzo entre los afilados fragmentos, y observó el vino que bullía escurriéndose por las baldosas resquebrajadas. Mucho más arriba, en el piso treinta y uno, celebraban una fiesta. Podía oír el bullicio de esa cháchara deliberadamente alegre, el estruendo agresivo de la música. Al parecer algún fulano había arrojado la botella por encima de la baranda con ánimo de divertirse. Por supuesto, ninguno de los invitados pensó un momento en el destino último del proyectil, pero, como Laing ya había descubierto, los ocupantes de este tipo de edificios tendían a ignorar a quienes vivían a más de dos plantas por debajo de ellos.

Tratando de identificar el apartamento, Laing dio un paso por encima del charco de espuma fría. Sentado allí hubiera podido ser la fácil víctima de la resaca alcohólica mas larga del mundo. Apoyándose en la baranda, se inclinó hacia atrás y miró la

fachada del edificio, contando con cuidado los balcones. Sin embargo, las dimensiones del bloque de cuarenta pisos lo marearon como de costumbre. Bajó la vista hacia las baldosas y se apoyó contra el marco de la puerta. Ante la vastedad del espacio que lo separaba del rascacielos más próximo, unos cuatrocientos metros, sintió que perdía el equilibrio. A veces tenía la impresión de que estaba viviendo en el asiento de una rueda de feria, permanentemente suspendido a cien metros del suelo.

No obstante, Laing aún estaba entusiasmado con el rascacielos, una de las cinco unidades idénticas de un proyecto de urbanización, y la primera que había sido concluida y habitada. El conjunto ocupaba una superficie de más de mil metros cuadrados, una zona abandonada de muelles y depósitos a lo largo de la ribera norte del río. Los cinco edificios se erguían en el perímetro este, frente a un lago ornamental que por ahora era sólo una cuenca vacía de cemento rodeada de parques para automóviles, grúas y excavadoras. En la costa opuesta se levantaba la recién terminada sala de conciertos, con la escuela médica de Laing y los nuevos estudios de televisión a los lados. El volumen macizo de esa arquitectura de vidrio y cemento, que se alzaba en un recodo del río, separaba esta urbanización de las derruidas propiedades circundantes, fincas maltrechas con terrazas del siglo diecinueve y terrenos de fábricas abandonadas, ya loteados para futuros edificios.

Pese a la proximidad de la City —dos millas hacia el oeste a lo largo del río—, los bloques de oficinas del centro de Londres eran parte de un mundo distante, en el tiempo tanto como en el espacio. El humo del tránsito oscurecía las paredes de vidrio y las antenas de telecomunicaciones, empañando los recuerdos de Laing. Seis meses antes, cuando había vendido la casa de Chelsea para trasladarse a la seguridad del edificio, había avanzado cincuenta años en el tiempo, alejándose de las calles atestadas, los embotellamientos de tránsito, los incómodos viajes en el tren subterráneo a la oficina que compartía con otros médicos del viejo hospital para practicantes.

Aquí, en cambio, la vida tenía otras dimensiones: el espacio, la luz y los placeres de una sutil especie de anonimato.

El departamento de fisiología de la escuela médica estaba a cinco minutos de coche, y aparte de esta única excursión Laing vivía aquí tan encerrado en sí mismo como el edificio.

El bloque de apartamentos era virtualmente una pequeña ciudad vertical, con dos mil habitaciones encajonadas y proyectadas al cielo. Los propietarios del edificio lo administraban mediante un gerente que también habitaba en el bloque y unos pocos empleados.

No obstante el tamaño del rascacielos, todas las necesidades estaban previstas. El décimo piso era sólo una galería, tan amplia como la cubierta de un portaaviones, con un supermercado, un banco y una peluquería, una piscina y un gimnasio, un bar bien

provisto y una escuela para los escasos niños del rascacielos. Muy por encima del apartamento de Laing, en el piso treinta y cinco, había una segunda piscina, más pequeña, una sala de sauna y un restaurante. Complacido con esta abundancia de comodidades, Laing salía cada vez menos del edificio. Desempacó la colección de discos y se abandonó a esta nueva vida mientras desde el balcón observaba allá abajo las hileras de coches estacionados, las plazas de cemento. Aunque el apartamento se encontraba apenas en el piso veinticinco, por primera vez tuvo la impresión de estar mirando el cielo desde arriba y no desde abajo. Las torres de Londres le parecían cada día un poco más distantes, como el paisaje de un planeta abandonado que retrocedía alejándose lentamente. Comparado con la geometría serena e impecable de la sala de conciertos y los estudios de televisión, el fracturado horizonte de la ciudad parecía el encefalograma zigzagueante de una crisis mental irresuelta.

Le había costado bastante dinero ese apartamento, con sala, dormitorio, cocina y baño que se articulaban minimizando el espacio y eliminando pasillos. A su hermana Alice Frobisher, que vivía con su marido editor en un apartamento menos pequeño, tres pisos más abajo, Laing le había comentado: —El arquitecto tiene que haber vivido en una cápsula del espacio. Me sorprende que las paredes no sean curvas...

Al principio le había parecido a Laing que este paisaje de cemento tenía algo de enajenante, una arquitectura diseñada para la guerra, al menos en un nivel inconsciente. Luego de todas las tensiones del divorcio, lo que menos quería ver cada mañana era una casamata de cemento.

Sin embargo, Alice no tardó en convencerlo de que la vida en un rascacielos de lujo tenía cierto atractivo. Siete años mayor que él, había entendido en seguida cuáles serían las necesidades de Laing en los meses posteriores al divorcio. Insistió en la total intimidad.

—Es como si estuvieras a solas con el edificio desierto, piénsalo, Robert. —Y había añadido con poca lógica—: Además, está repleto de gente que te conviene conocer.

Con esto señalaba algo que Laing no había dejado de advertir en las primeras visitas. Los dos mil residentes eran un grupo casi totalmente homogéneo de profesionales acomodados: abogados, médicos, economistas, académicos de prestigio y gerentes de publicidad, además de una minoría de pilotos de compañías comerciales, técnicos cinematográficos y tríos de azafatas que compartían apartamentos. De acuerdo con las pautas financieras y culturales ordinarias, estaban probablemente más cerca unos de otros que los integrantes de cualquier posible conglomerado social, con una identidad de gustos y actitudes, manías y estilos que se reflejaba claramente en la elección de los automóviles estacionados alrededor del edificio, en la elegancia hasta cierto punto convencional con que decoraban las habitaciones, en la selección de comidas sofisticadas en el supermercado, en el tono

aplomado de las voces. Eran en resumen un escenario perfecto para que Laing pudiera desaparecer en él, sin que nadie lo viera. La fantástica idea de Alice, que lo había imaginado en un edificio desierto, era más cierta de lo que ella suponía. El rascacielos había sido diseñado como una vasta maquinaria destinada a servir no a la colectividad de los ocupantes sino al residente individual y aislado. Los conductos de aire acondicionado, los ascensores, los incineradores y los sistemas eléctricos proporcionaban un servicio continuo de cuidados y atenciones que un siglo antes hubiera requerido un ejército de criados infatigables.

Al margen de todo esto, una vez que Laing fue nombrado titular de la cátedra de fisiología en la nueva escuela médica, adquirir un apartamento próximo tenía bastante sentido. Por otra parte, lo ayudaba a postergar una vez más toda decisión de abandonar la enseñanza y dedicarse a la práctica médica. Pero como se dijo a sí mismo, aún estaba esperando a que aparecieran sus verdaderos pacientes. ¿Era posible que los encontrara aquí en el rascacielos? Para tranquilizar sus dudas acerca del costo del apartamento, Laing firmó un contrato por noventa y nueve años y se mudó a la milésima fracción que le correspondía en la fachada vertical.

El bullicio de la fiesta proseguía allá arriba, amplificado por las corrientes de aire que soplaban ni rumbo fijo alrededor del rascacielos. Los últimos restos del vino se deslizaban por la canaleta del balcón, centelleando mientras se perdían en los desagües todavía immaculados. Laing apoyó el pie descalzo en las baldosas frías y desprendió con los dedos la etiqueta del fragmento de Vidrio. Reconoció el vino en seguida, un costoso champaña imitación que vendían precongelado en la licorería del décimo y que era allí el producto más popular.

La velada anterior había estado bebiendo ese mismo vino en la fiesta de Alice, a su modo una reunión tan confusa como ésta de ahora en el piso alto. Demasiado tenso aún luego de toda una tarde de clases en los laboratorios de fisiología, con la atención puesta en una atractiva invitada, Laing se había embarcado inexplicablemente en una discusión con un matrimonio del piso veinticinco, un joven y ambicioso cirujano dental llamado Steele y una experta en modas. En medio de un diálogo de alcoholizados, Laing notó de pronto que los había ofendido profundamente a propósito del incinerador que compartía con ellos. Los dos acorralaron a Laing detrás del bar Alice, y allí Steele le espetó una serie de aceradas preguntas, como si estuviera seriamente irritado por la irresponsable actitud de un paciente que no se cuidaba la boca. La cara enjuta, coronada por una cabellera partida al medio —rasgo que para Laing era siempre indicio de una cierta excentricidad de carácter—, se le acercaba cada vez más, y él casi había esperado que Steele le incrustara una pinza metálica o un retractor entre los dientes. La mujer de Steele, atractiva e impetuosa, lo secundaba en el ataque, como si la actitud indiferente de Laing, esa reticencia a tomarse en serio la vida en el rascacielos, fuera para ella un verdadero desafío. Era

obvio que la afición de Laing a los aperitivos, los baños de sol que tomaba desnudo en el balcón, y sus maneras descuidadas, la sacaban de quicio. Pensaba evidentemente que a los treinta años Laing tendría que estar trabajando doce horas diarias en una clínica de moda y mostrar en todas las ocasiones la respetable suficiencia de Steele. Sin duda consideraba a Laing una suerte de renegado de la profesión médica, que escapaba por algún túnel secreto a un mundo menos responsable.

Este pequeño altercado sorprendió a Laing, pero ya instalado en el edificio no tardó en descubrir alrededor un extraordinario número de apenas velados antagonismos. El rascacielos tenía una segunda vida que le era propia. Las charlas en la fiesta de Alice discurrían en dos niveles; no muy por debajo de la superficie de chismes profesionales había una dura corteza de rivalidad personal. Por momentos tenía la impresión de que todos esperaban que alguien cometiera un grave

Después del desayuno barrió los vidrios del balcón. Dos de las baldosas estaban rajadas. Ligeramente irritado, Laing recogió el cuello de la botella, que aún conservaba el corcho con los alambres y la envoltura de papel metálico, y lo arrojó por encima de la baranda del balcón. Pocos segundos más tarde oyó que se estrellaba entre los autos estacionados.

Recobrándose, Laing se asomó cautelosamente por el borde; era posible que le hubiera acertado a un parabrisas. Riéndose de sí mismo, miró hacia el piso treinta y uno. ¿Qué estaban celebrando a las once y media de la mañana? Escuchó cómo aumentaba el estrépito con la llegada de nuevos invitados. ¿Se trataba de una fiesta que por accidente había empezado muy temprano o de una que había durado toda la noche y ahora cobraba nuevas fuerzas? El tiempo interno del rascacielos, como un clima psicológico artificial, tenía un ritmo propio, generado por una combinación de insomnio y alcohol.

En el balcón en diagonal de enfrente, Charlotte Melville, una de las vecinas de Laing, depositaba en la mesa una bandeja con bebidas. Irritado por el malestar en el hígado, Laing recordó que la noche anterior, en la fiesta de Alice, había aceptado una invitación para tomar un cóctel. Afortunadamente, Charlotte lo había rescatado del cirujano dental obsesionado por el incinerador. Laing había estado demasiado ebrio como para tener una conversación coherente con esta atractiva viuda de treinta y cinco años, y sólo se había enterado de que era una experta en publicidad con una agencia pequeña pero dinámica. La proximidad del apartamento de ella, así como su desenfado, atraían a Laing, excitando en él una inquietante combinación de lascivia y posibilidades románticas. Con el paso de los años, se descubría cada vez más romántico y más insensible al mismo tiempo.

Laing no dejaba de recordar que el sexo era algo que el rascacielos tenía que proporcionar en abundancia. Esposas aburridas, ataviadas como para una lujosa

velada de gala en la terraza, vagabundeaban ociosamente cerca de las piscinas y el restaurante en las primeras horas de la tarde, o se paseaban del brazo por la galería del décimo. Pese a su presunto cinismo, sabía que en este período inmediatamente posterior al divorcio atravesaba una zona vulnerable; una relación satisfactoria, con Charlotte Melville o con quien fuera, y entraría sin titubeos en otro matrimonio. Se había mudado al apartamento para eludir todo tipo de relación. En un momento llegó a pensar que Alice y los restos de la madre de ambos, la histérica viuda de un médico que se deslizaba lentamente al alcoholismo, estaban demasiado cerca para que él pudiera sentirse cómodo.

Sin embargo Charlotte le había sacado prontamente estos temores. Aún seguía preocupada por el recuerdo de su marido muerto de leucemia, por el bienestar de su hijo de seis años y, según le confesó a Laing, por su insomnio, un mal común en el rascacielos, casi una peste. Todos los residentes que había conocido, al enterarse de que Laing era médico, le hablaban en algún momento de sus dificultades para dormir. En las reuniones la gente discutía sus insomnias con la misma soltura con que comentaban los defectos de construcción del edificio. Poco antes del amanecer, los dos mil inquilinos caían abatidos bajo una silenciosa marea de barbitúricos.

Laing había conocido a Charlotte en la piscina del piso treinta y cinco, a donde iba a nadar, en parte para estar a solas y en parte para eludir a los niños que frecuentaban la piscina del décimo. Cuando la invitó a comer en el restaurante ella aceptó en seguida, pero cuando se sentaron a la mesa le señaló: —Mira, sólo quiero hablar de mí

A Laing eso le había gustado.

A mediodía, cuando llegó al apartamento de Charlotte, ya estaba presente otro invitado, un productor de televisión llamado Richard Wilder. Wilder, un individuo robusto y belicoso que había sido jugador profesional de rugby, vivía con su mujer y dos hijos en el segundo. Las ruidosas reuniones que celebraba con los amigos de los pisos superiores —pilotos y azafatas que compartían apartamentos— ya lo habían convertido en el centro de diversas disputas. Los horarios irregulares de las gentes de los pisos inferiores los habían separado de los vecinos de arriba. En un arrebato de confianza, la hermana de Laing le había susurrado que en alguna parte del edificio funcionaba un burdel. Los misteriosos movimientos de las azafatas, ocupadas en activas vidas sociales, en particular en los pisos superiores al de Alice, la irritaban sobremanera, como si interfiriesen de algún modo en el orden social del rascacielos, un sistema de prioridades basado íntegramente en la altura del piso. Laing había notado que él y sus vecinos eran más tolerantes con los ruidos o molestias de los pisos superiores que con los que venían de abajo. No obstante, Wilder le caía en gracia, con aquel vozarrón y los agresivos modales de jugador. Aportaba al edificio la necesaria cuota de costumbres insólitas. La relación con Charlotte Melville era difícil

de estimar: la vigorosa agresividad sexual de Wilder parecía dominada por un tremendo desasosiego. No era de extrañar que su mujer, una joven pálida con título de posgraduada que reseñaba libros infantiles para los suplementos literarios, pareciera permanentemente exhausta.

Mientras Laing, de pie en el balcón, aceptaba una copa de Charlotte, el ruido de la fiesta descendía por el aire brillante como si hubieran instalado una red conductora en el cielo mismo. Charlotte señaló un fragmento de vidrio que había escapado a la escoba de Laing.

—¿Te han atacado? Oí algo que caía. —Llamó a Wilder que estaba tendido en el centro del sofá, examinándose las pesadas piernas.

—Es esa gente del piso treinta y uno.

—¿Quiénes? —preguntó Laing. Supo que ella hablaba de algún grupo determinado, una camarilla de agresivos actores de cine, o de asesores de impuestos, o tal vez una estrafalaria congregación de dipsomaníacos. Pero Charlotte se encogió vagamente de hombros como si no necesitara ser más específica. Era obvio que en la mente de ella operaba alguna clase de demarcación, así como él identificaba a la gente según los pisos en que vivían.

—De paso, ¿qué estamos celebrando? —preguntó Laing mientras volvían a la sala.

—¿No lo sabe? —Wilder señaló las paredes y el techo—. No hay más localidades. Llegamos a la masa crítica.

—Richard quiere decir que han ocupado el último apartamento —explicó Charlotte—. A propósito, los contratistas prometieron una fiesta gratis para cuando se vendiera el número mil.

—Me gustaría ver si cumplen —observó Wilder. Evidentemente se divertía criticando el edificio—. Se suponía que nuestro esquivo Anthony Royal se iba a encargar de la bebida. Creo que usted lo conoce —le dijo a Laing—. El arquitecto que diseñó el paraíso colgante.

—Jugamos juntos al tenis —replicó Laing, sorprendido por el tono desafiante de Wilder. Y en seguida añadió—: Una vez por semana... No conozco mucho al hombre, pero me cae bien.

Wilder se inclinó hacia adelante, meciendo la

cabeza pesada entre los puños. Laing advirtió que se tocaba constantemente el vello de las macizas pantorrillas, oliéndose el dorso de las manos surcadas de cicatrices, como si acabara de descubrir su propio cuerpo.

—Puede considerarse un privilegio —dijo Wilder—. Me sorprende que tenga esa relación con usted. Es un tipo solitario... Tendría que sentirme molesto, pero en cierto modo lo compadezco, siempre revoloteando sobre nosotros como una especie de ángel caído.

—Tiene un ático —comentó Laing. No deseaba desencadenar ahora una guerra a propósito de esa fugaz amistad con Royal. Había conocido a este prestigioso arquitecto, ex integrante del equipo que diseñara la urbanización, en las etapas finales de la convalecencia de Royal, después de un accidente menor de automóvil. Laing lo había ayudado a instalar los complejos aparatos de calistenia en el ático donde Royal mataba el tiempo, foco de la atención y la curiosidad de muchos. Como todos repetían continuamente, Royal vivía «en la cima» del edificio, como en una especie de cabaña misteriosa.

—Royal fue el primero en mudarse aquí —le informó Wilder—. Hay algo en él que aún no comprendo del todo. Quizá un sentimiento de Culpa... Se pasea por ahí arriba como esperando a que lo descubran. Supuse que se iría hace meses. La mujer es joven y rica, ¿para qué quedarse en este gallinero de lujo? —Antes que Laing protestara Wilder insistió—: Sé que Charlotte no las (¿jane todas consigo a propósito de la vida aquí... el problema es que estos lugares no están hechos para los niños. El único espacio abierto termina siendo el sitio del coche. De paso, doctor, estoy planeando un documental acerca de los rascacielos de apartamentos, una mirada directa a las presiones físicas y psicológicas de la vida en un condominio de estas proporciones.

—Dispondrá de mucho material.

—Demasiado, como de costumbre. Me pregunto si Royal querría... usted podría preguntarle, doctor. Tratándose de uno de los diseñadores y del primer ocupante, los puntos de vista de Royal serían interesantes. Los de usted también...

Mientras Wilder hablaba con prisa y las palabras se le adelantaban por encima del humo del cigarrillo que le salía de la boca, Laing se volvió a Charlotte. Ella observaba abiertamente a Wilder aprobando con un gesto cada una de sus opiniones.

A Laing le gustaba esa determinación a mantenerse fiel a sí misma y a su pequeño hijo, obviamente la parte de cordura y sentido común de Charlotte. El matrimonio de él, en cambio, con una colega especializada en medicina tropical, había sido un desastre breve pero completo, reflejo no sabía de qué necesidades. Laing se había unido sin titubeos a esa doctora joven, dinámica y ambiciosa, para quien la negativa de Laing a renunciar a la docencia —de por sí sospechosa—, y comprometerse sin rodeos con los aspectos políticos de la medicina preventiva, había sido un ilimitado pretexto para enfrentamientos y riñas. Luego de seis meses de vida en común, ella entró de repente en una organización internacional contra el hambre y se fue de viaje por tres años. Pero Laing ni siquiera intentó seguirla. Por razones que aún no podía explicar, se negaba a renunciar a la enseñanza, y a la seguridad obviamente dudosa de tratar con estudiantes de casi su misma edad.

Charlotte en cambio, suponía él, podría comprenderlo. Imaginó el curso posible de una relación con esta mujer. La proximidad y la distancia que el edificio

proporcionaba simultáneamente, escenario de emociones neutras en el que podían desarrollarse las más intrigantes de las relaciones, habían empezado a interesar a Laing. Por alguna razón se sorprendía dando un paso atrás, aun en este vínculo todavía imaginario, sintiendo que ellos mismos no se daban cuenta de hasta qué punto estaban ya unidos, envueltos juntos en una urdimbre cada vez más apretada de intrigas y rivalidades.

Como había supuesto, hasta este encuentro en apariencia casual en el apartamento de Charlotte había sido preparado para saber qué pensaba él de los residentes de los pisos superiores, que intentaban ahora excluir a los niños de la piscina del treinta y cinco.

—De acuerdo con el contrato todos aquí tenemos los mismos derechos — explicaba Charlotte—. Hemos resuelto organizar una liga de padres.

—¿Eso no me excluye?

—Necesitamos un médico en el comité. El argumento pediátrico tendría más peso si viene de ti, Robert.

—Bueno, quizá... —Laing titubeaba. De buenas a primeras podía convertirse en un personaje de un documental de televisión absolutamente tendencioso, o participar en una manifestación de protesta frente a la oficina del gerente. Sin ganas de verse envuelto en una querrela interna, Laing se incorporó para despedirse. Mientras se iba, Charlotte sacó a relucir una lista de quejas. Sentada junto a Wilder, enumeró los reclamos que le presentarían al gerente del edificio, como una profesora concienzuda que prepara el programa para la próxima temporada de clases.

Cuando Laing volvió al apartamento, la fiesta del piso treinta y uno ya había concluido. Se quedó en el balcón, de pie y en silencio, disfrutando del magnífico juego de luces en el edificio vecino, a cuatrocientos metros. Acababan de terminarlo, y por coincidencia los primeros ocupantes llegaban esa misma mañana junto con los últimos que venían a instalarse en el edificio de Laing. Un camión de mudanzas retrocedía por la entrada hacia el montacargas, y las alfombras y los altavoces estéreos, las mesitas de tocador y las lámparas de dormitorio no tardarían en ascender por el hueco del montacargas para convertirse en elementos de un universo privado.

Pensando en el arrebató de placer y entusiasmo que sentirían los recién llegados cuando se asomaran por vez primera al mirador en la fachada vertical, Laing lo comparó con el diálogo que acababan de tener Wilder y Charlotte Melville. Por mucho que le disgustara, tenía que aceptar algo que hasta ahora había tratado de ignorar: que los seis meses últimos habían sido períodos de riñas constantes entre vecinos, con disputas triviales acerca de las deficiencias de los ascensores y el aire acondicionado, con inexplicables cortes de luz, ruido, luchas por conseguir sitio para el coche, y, en síntesis, todos los inconvenientes menores que los arquitectos presuntamente se habían preocupado por eliminar de estos costosos apartamentos.

Las tensiones internas eran muy poderosas, aunque sofocadas en parte por el tono civilizado del edificio. Y en parte por la obvia necesidad de que el enorme bloque de apartamentos fuese un éxito.

Laing recordó un incidente de escasa importancia, aunque desagradable, que había ocurrido la tarde anterior en la galería comercial del décimo.

Mientras esperaba en el banco para cobrar un cheque, hubo un altercado frente a las puertas de la piscina. Un grupo de niños todavía empapados retrocedían ante la figura imponente de un contador del piso diecisiete. Helen Wilder lo encaraba en un enfrentamiento desigual. La belicosidad de su marido le había quitado hacía tiempo toda confianza en sí misma. Mientras procuraba nerviosamente dominar a los niños, escuchaba con estoicismo la reprimenda del contador, intercalando alguna débil réplica ocasional.

Laing se apartó del mostrador del banco y fue hacia ellos, dejando atrás las colas de las cajas registradoras del supermercado y las hileras de mujeres sentadas bajo los secadores de la peluquería. De pie junto a la señora Wilder, esperando i que ella lo reconociera, se enteró de que el contador se quejaba de que los hijos de ella, y no por primera vez, habían orinado en la piscina.

Laing intercedió fugazmente, pero el contador se retiró por las puertas-vaivén convencido de que había intimidado a la señora Wilder y de que aquellos críos nunca volverían.

—Gracias por defenderme... Richard debía estar aquí. —Se apartó un mechón de pelo húmedo de los ojos—. Se está volviendo imposible... Pusimos horarios para los niños pero los adultos vienen igual. —Tomó a Laing por el brazo y echó una nerviosa mirada de soslayo a la atestada galería—. Le molestaría acompañarme al ascensor? Le parecerá paranoide, pero me está obsesionando la Idea de que un día llegarán a atacarnos... —Tiritó bajo la toalla mojada mientras hacía avanzar los niños—. Es casi como si ésta no fuera la gente que vive realmente aquí.

Durante la tarde Laing se sorprendió reflexionando acerca de esa última observación de Helen Wilder. Por absurda que pareciera, la afirmación tenía algo de verdad. De vez en cuando los vecinos de al lado, el cirujano dental y su mujer, salían al balcón y arrugaban el ceño como si reprobaran la laxitud con que Laing estaba tendido en la silla reclinable. Laing trataba de imaginar la vida en común de ese matrimonio, sus predilecciones, diálogos, actos sexuales. Era difícil concebir cualquier tipo de realidad doméstica, como si los Steele fueran un par de agentes secretos que trataban en vano de parecer un matrimonio. Wilder, en cambio, era bastante real, pero apenas pertenecía al mundo del rascacielos.

Laing yacía en el balcón observando la caída del crepúsculo en las fachadas de los bloques adyacentes. El tamaño de los edificios parecía variar de acuerdo con los

movimientos de la luz sobre las superficies blancas. A veces, cuando al atardecer regresaba de la escuela médica, tenía la convicción de que el rascacielos se había agrandado durante el día. Asentado sobre los pilares de hormigón, ese bloque de cuarenta pisos parecía aún más alto, como si una de las cuadrillas de construcción que trabajaba en los estudios de enfrente hubiera aprovechado las horas libres para añadir otra planta. Los cinco edificios de apartamentos del perímetro oriental eran una maciza muralla que a la caída de la tarde ya habían echado una sombra oscura sobre las calles suburbanas del otro lado.

Los rascacielos parecían alzarse casi como si desafiaran al sol. Anthony Royal y los arquitectos que habían diseñado el complejo no podían haber previsto esa conformidad cotidiana entre el sol naciente y estas losas de cemento. No era raro que el sol despuntara entre los pilares de los edificios y se asomara al horizonte como si temiese despertar a esta hilera de gigantes. Durante la mañana, desde la oficina del último piso en la escuela médica, Laing observaba cómo las sombras de los bloques barrían los parques de estacionamiento y las plazas abandonadas, compuertas que le abrían para admitir el día. Pese a todas sus reservas, Laing fue el primero en reconocer que estos enormes edificios habían triunfado en la tarea de colonizar el cielo.

Poco después de las nueve de esa noche, un desperfecto dejó sin electricidad a los pisos noveno, décimo y undécimo. A Laing le había sorprendido la confusión que dominó a todos durante los quince minutos del apagón. En la galería del décimo había unas doscientas personas y muchas se hirieron en la estampida hacia los ascensores y las escaleras. Una serie de absurdos pero desagradables altercados estallaron en la oscuridad entre los que querían descender a los apartamentos de los pisos bajos y los ocupantes de los pisos superiores, quienes insistían en huir hacia arriba, hacia las alturas más frescas del edificio. Durante el apagón, dos de los veinte ascensores quedaron inutilizados. Habían desconectado los acondicionadores de aire, y una mujer atrapada en un ascensor entre el décimo y el once se puso histérica, quizá víctima de una agresión sexual menor. Cuando por fin volvió la luz, reveló una cosecha de relaciones ilícitas que florecían al amparo de las sombras como una voraz especie vegetal.

A Laing el corte de luz lo sorprendió camino del gimnasio. Como no deseaba unirse a la confusión de la galería, esperó en un aula desierta de la escuela. Sentado a solas en uno de los pupitres, rodeado por los borrosos perfiles de los dibujos clavados en la pared, escuchó los forcejeos y alaridos de los adultos frente al ascensor. Cuando volvió la luz, Laing se acercó a los perplejos residentes e hizo todo lo que pudo por serenarlos. Vigiló el traslado de la mujer histérica del ascensor a un sofá del vestíbulo. Se trataba de la corpulenta esposa de un joyero del piso cuarenta que se aferró con fuerza al brazo de Laing y no lo soltó hasta que apareció el marido.

Mientras la multitud se dispersaba apretando botones de ascensor, Laing vio a dos niños que se habían refugiado en otra de las aulas. Ahora estaban a la entrada de la piscina, retrocediendo tímidamente ante la alta figura del contador del piso diecisiete. Se había nombrado a sí mismo custodio de las aguas y esgrimía una red de limpiar piscinas como un arma extravagante.

Enfurecido, Laing corrió hacia él. Pero no echaban a los niños de la piscina. Cuando Laing se acercó, se hicieron a un lado. El contador estaba en el borde, barriendo torpemente la calma superficie con la red. En el otro extremo tres nadadores que habían permanecido en el agua durante el corte de luz subían por la escalerilla. Laing advirtió de pronto que uno de ellos era Richard Wilder. Empuñó el mango de la red. Los niños observaron cómo ayudaba al contador a extenderla sobre el agua.

En el centro de la piscina flotaba el cadáver de un perro afgano.

2

TIEMPO DE FIESTA

Durante los días posteriores a la muerte del peno, la atmósfera de sobreexcitación que había en el edificio se disipó poco a poco, pero para el doctor Laing esta calma relativa era en verdad más ominosa. La piscina del décimo permanecía desierta, en parte, pensaba Laing, porque todos suponían que el afgano muerto había contaminado el agua. Un miasma casi tangible flotaba sobre la superficie inmóvil, como si el espíritu de la bestia ahogada estuviera atrayendo y juntando en sí mismo todas las fuerzas de venganza y castigo presentes en el rascacielos.

Pocos días después del incidente, Laing pasó por la galería del décimo mientras iba a la escuela médica. Luego de reservar una cancha de tenis para el partido semanal que esa misma noche Miraría con Anthony Royal, caminó hacia la entrada de la piscina. Recordó el pánico y la estampida durante el apagón. Ahora, en cambio, la galería comercial estaba casi desierta, y sólo había un cliente en la tienda de licores, comprando unas botellas de vino. Laing empujó las puertas-vaivén y se paseó alrededor de la piscina. Los vestuarios permanecían cerrados, y los cubículos de las duchas tenían las cortinas corridas. El encargado, un profesor de educación física jubilado, no estaba en la cabina detrás de los trampolines. Sin duda la profanación de las aguas había sido demasiado para él.

Laing se detuvo junto al borde embaldosado de la parte más profunda, bajo la inmutable luz fluorescente. De vez en cuando la leve oscilación del edificio movía una onda de advertencia en la superficie chata del agua, como si en aquellas pelágicas profundidades una enorme criatura se agitara en sueños. Laing recordó que había ayudado al contador a sacar al afgano del agua, y que le había sorprendido lo liviano que era. El perro, la hermosa pelambre empapada en agua con cloro, había quedado tendido como un armiño gigante sobre las losas de color. Mientras esperaban a que la dueña, una actriz de televisión del piso treinta y siete, bajara a buscar al animal, Laing lo examinó con cuidado. No había lesiones externas ni señales de violencia. Era posible que se hubiese metido en un ascensor, irrumpiendo en la galería durante la confusión del corte de luz y cayera en la piscina, donde había muerto de agotamiento. Pero la explicación no parecía convincente. El corte había durado poco más de quince minutos, y un perro de este tamaño hubiera podido nadar durante horas. Además, le habría bastado con sostenerse en dos patas en la parte menos profunda. Pero si lo hubiesen arrojado a la piscina y un nadador vigoroso lo hubiese mantenido bajo el agua en la oscuridad...

Asombrado por sus propias sospechas, Laing dio otra vuelta alrededor de la

piscina. Algo le hacía pensar que la muerte del perro había sido una provocación, y que se esperaba una respuesta análoga. Hacía tiempo que la cincuentena de perros que habitaba en el edificio era un motivo de irritación entre los vecinos. Casi todos pertenecían a los ocupantes de los diez pisos de arriba, así como, inversamente, la mayor parte de la cincuentena de niños vivía en los diez pisos de abajo. En conjunto los perros constituían un grupo de mimadas mascotas de raza a cuyos dueños importaba poco la comodidad y tranquilidad de los otros propietarios. Los perros ladraban en el parque cuando los sacaban a pasear por la noche, ensuciando los pasajes entre los coches. A menudo, las puertas de los ascensores aparecían rociadas de orina. Helen Wilder se había quejado de que los dueños de los perros, en lugar de utilizar los cinco ascensores de alta velocidad que los llevaban directamente a los pisos superiores desde un vestíbulo lateral, tenían por costumbre subir en los ascensores comunes, incitando a los animales a que los usaran como lavatorios.

La rivalidad entre los dueños de los perros y los padres de niños de corta edad, en cierta forma ya había dividido el edificio en dos facciones. Los apartamentos que se encontraban en el medio, entre los pisos de arriba y de abajo —entre el décimo y el treinta, aproximadamente—, consumían un estado neutral. Durante el breve interregno posterior a la muerte del perro, una especie de calma expectante imperó en ese sector intermedio, como si los residentes ya hubiesen comprendido lo que ocurría dentro del edificio.

Laing lo descubrió esa tarde, al regresar de la escuela médica. A eso de las seis, el sector para los propietarios del piso veinte al veinticinco estaba todo ocupado, y tuvo que dejar el coche en el sector de las visitas, a unos trescientos metros del edificio. Con un criterio bastante razonable, los arquitectos habían dividido el parque de modo que cuanto más alto se encontrara un apartamento (lo que prolongaba el viaje en ascensor) el propietario estacionaba el coche más cerca del rascacielos. Los ocupantes de los pisos inferiores tenían que caminar un buen trecho todos los días hacia y desde los coches, un espectáculo —había observado Laing— que no dejaba de ser satisfactorio. En cierto modo el edificio tenía en cuenta las necesidades más insignificantes.

Esta tarde, sin embargo, cuando llegó al parque ya atestado de vehículos, la conducta tolerante de los propietarios sorprendió a Laing. Llegó al mismo tiempo que un vecino, el doctor Steele. Habitualmente se hubieran apresurado a ocupar el último sitio disponible para luego subir en ascensores separados. Pero esta vez los dos, cediéndose el paso en una exhibición de exagerada cortesía, aguardaron a que el otro estacionara. Inclusive caminaron juntos hasta la entrada principal.

En el vestíbulo había un grupo de propietarios frente a la oficina del administrador, discutiendo ruidosamente con el secretario. Los sistemas eléctricos del noveno continuaban interrumpidos, y de noche el piso quedaba a oscuras. Por fortuna

estaban en verano y había luz natural hasta muy tarde, pero para los cincuenta habitantes del piso los perjuicios eran considerables. En los apartamentos no funcionaba ningún artefacto eléctrico, y ya no podía esperarse que los vecinos de abajo y de arriba continuaran cooperando.

Steele los observó con cierto desdén. Aunque aún no había cumplido los treinta, se conducía con el aplomo de un hombre maduro. Laing se sorprendió mirando fascinado el peinado de Steele, de immaculada raya al medio.

—Siempre están quejándose de algo —Steele le confió a Laing mientras subían en el ascensor—. Si no es por una cosa es por otra. Les cuesta aceptar, parece, que los servicios de un edificio nuevo necesitan tiempo para funcionar de un modo adecuado.

—Bueno, pero estar sin luz tiene que ser molesto.

Steele meneó la cabeza. —Se pasan el día recargando los fusibles con sofisticados aparatos estéreos y otros artefactos innecesarios. Niñeras electrónicas porque las madres son demasiado perezosas para abandonar sus sillones, trituradoras especiales para la comida de los niños...

Laing esperó a que el viaje terminara, ya arrepentido de esta imprevista solidaridad con su vecino. Por alguna razón Steele lo ponía nervioso. Lamentó, y no por primera vez, no haber comprado un apartamento por encima del piso treinta. Esos ascensores de alta velocidad eran una bendición.

—Los chicos del edificio me parecen bastante saludables —señaló cuando salieron al piso veinticinco.

El cirujano le aferró el codo con un vigor sorprendente. Lo tranquilizó con una sonrisa, y la boca le destelló como una minúscula catedral de marfil bruñido.

—Créame, Laing. Yo les veo los dientes.

El tono punitivo de la voz de Steele, como si describiera a una banda de jornaleros tradicionalmente irresponsables, y no a sus acomodados vecinos, fue una sorpresa para Laing. Por casualidad conocía a algunos de los habitantes del noveno: un sociólogo que era amigo de Charlotte Melville, y un funcionario de aeropuerto que tocaba tríos de cuerda con unos amigos del veinticinco, un hombre divertido y refinado con quien Laing solía conversar cuando lo encontraba en el ascensor con el violoncelo. Pero la distancia frustraba toda posible amistad.

Cuando Laing subió más tarde para jugar al tenis con Anthony Royal, comprendió hasta qué punto las lealtades estaban divididas. Tomó un ascensor hasta el piso cuarenta y como de costumbre llegó diez minutos antes, de modo que pudo pasear un rato por la terraza. Esa vista espectacular siempre recordaba a Laing los sentimientos ambivalentes que el paisaje de cemento despertaba en él. Era obvio que parte de esta seducción había que atribuirle al hecho de que éste era un ambiente construido no para el hombre sino para la ausencia del hombre.

Laing se apoyó contra el parapeto, tiritando complacido en ropa deportiva. Se

protegió los ojos de las violentas corrientes de aire que se elevaban desde el frente del edificio. Ese conjunto de tejados de auditorios, terraplenes curvos y muros rectilíneos se ordenaba en intrigantes geometrías, menos una arquitectura habitable, reflexionó Laing, que el diagrama inconsciente de un misterioso acontecimiento psíquico.

Quince metros a la izquierda de Laing unas gentes estaban de fiesta. En dos mesas cubiertas con manteles blancos había bandejas, vasos y canapés, y un camarero servía bebidas detrás de un gabinete portátil. Unos treinta invitados con ropa de noche charlaban en pequeños grupos. Durante unos minutos Laing los ignoró golpeteando distraídamente las raquetas contra el parapeto, pero algo en ese animado y persistente parloteo hizo que se volviera. Algunos de los invitados estaban mirándolo, y Laing tuvo la certeza de que hablaban de él. El grupo se había desplazado, y ahora los invitados más próximos no estaban a más de tres metros. Todos eran gente de los tres pisos de arriba. Lo más inusitado era la deliberada formalidad de las vestimentas. En las fiestas del edificio, Laing nunca había visto a nadie que no vistiera ropas ordinarias, pero aquí los hombres llevaban trajes de etiqueta y corbata negra y las mujeres largos vestidos de noche. Se movían de un modo que parecía deliberado, como si la reunión fuera menos una fiesta que una asamblea de especialistas.

Casi al alcance de la mano, la figura impecable de un acaudalado comerciante de arte se cuadró frente a Laing, las solapas del smoking fruncidas como un fuelle gastado. Las esposas maduras de un agente de bolsa y un fotógrafo de sociedad miraron con disgusto la ropa deportiva y las zapatillas blancas de Laing.

Laing recogió las raquetas y el bolso, pero la gente de alrededor le cerró el paso de la escalera. Todo el grupo se había desplazado a lo largo de la terraza, y el camarero estaba ahora solo entre las mesas y el gabinete.

Laing se inclinó sobre el parapeto, dándose cuenta por primera vez de la enorme distancia que lo separaba del suelo de allá abajo. Un grupo de invitados lo rodeaba respirando pesadamente, tan cerca de él que podía oler la combinación de costosos perfumes y colonias. Sentía curiosidad por saber qué se proponían con exactitud, pero a la vez comprendía que en cualquier momento podía desencadenarse un insensato acto de violencia.

—Doctor Laing... Señoras, les ruego que dejen pasar al doctor. —En lo que parecía el último instante, una figura familiar de manos movedizas y paso ligero llamó en un tono tranquilizador, Laing reconoció al joyero a cuya esposa histérica había examinado fugazmente durante el corte de luz. Cuando el hombre saludó a Laing, los invitados se dispersaron despreocupadamente, como un grupo de extras que se trasladaba a otro escenario. Con aire distraído regresaron a las bebidas y a los canapés.

—¿Fue una suerte que yo viniera? —El joyero escrutó a Laing como si le

sorprendiera verlo en este sector privado—. ¿Está aquí para jugar al tenis con Anthony Royal? Me temo que haya decidido no venir. —Luego le dijo a Laing como si se hablara a sí mismo—: Mi mujer tendría que estar aquí con nosotros. La trataron de un modo horrible, sabe... Se comportaron como bestias...

Laing, ligeramente aturdido, lo acompañó a la escalera. Miró de soslayo la reunión y a aquellos selectos invitados, preguntándose si no había imaginado el ataque inminente. ¿Qué podrían haberle hecho al fin y al cabo? No lo hubieran empujado por encima del parapeto...

Mientras lo pensaba, descubrió una figura familiar de pelo corto, vestida con una chaquetilla blanca, que apoyaba una mano en el aparato de calistenia, dentro del ático, en el extremo norte de la terraza. A los pies del hombre yacía el ovejero alemán arrebujado en un abrigo, obviamente el perro más fino del rascacielos. Sin tratar de ocultarse, Anthony Royal observaba a Laing con una mirada pensativa. Como siempre, tenía una expresión en la que se mezclaban de un modo raro arrogancia e inseguridad, como si conociera mejor que nadie las fallas estructurales de este rascacielos que había ayudado a diseñar, pero a la vez estuviera resuelto a desafiar abiertamente todas las críticas, aun al precio de ciertas teatralidades como el ovejero alemán y una chaquetilla blanca de cazador. Aunque tenía más de cincuenta años, los cabellos rubios y largos que le llegaban a los hombros le daban una apariencia perturbadoramente juvenil, como si el aire más fresco de estas alturas lo hubiese preservado de algún modo contra los procesos ordinarios del envejecimiento. La frente huesuda, aún surcada por las cicatrices del accidente, se inclinaba a un lado, como si estuviera verificando el resultado de un experimento que él mismo había puesto en marcha.

Laing levantó una mano saludándolo mientras el joyero se apresuraba a conducirlo escaleras abajo, pero Royal no respondió. ¿Por qué no lo había llamado por teléfono para cancelar la partida de tenis? Por un instante Laing tuvo la certeza de que Royal lo había hecho venir a la terraza a propósito, sabiendo que se celebraba una fiesta, solo para observar las reacciones y la conducta de los invitados.

A la mañana siguiente Laing se levantó temprano, con ganas de ponerse a trabajar. Se sentía despedido y fresco, pero en seguida, sin saber por qué, decidió tomarse el día libre. A las nueve, luego de dar vueltas durante dos horas, telefoneó a la secretaria de la escuela médica y postergó la supervisión programada para esa tarde. Cuando ella dijo que lamentaba que estuviese enfermo, Laing se apresuró a replicar: —No, no estoy enfermo. Se me ha presentado un asunto importante.

¿Qué? Intrigado por su propia conducta, Laing recorrió de un lado a otro el pequeño apartamento. Charlotte Melville también estaba en casa. Se había vestido para ir a la oficina, pero no tenía prisa en irse. Invitó a Laing a tomar café, y cuando él llegó, una hora más tarde, le ofreció distraídamente un vaso de jerez. Laing no

tardó en descubrir que la invitación era sólo un pretexto para que examinara al hijo de Charlotte.

El niño estaba jugando en su cuarto, pero según Charlotte no se sentía del todo bien como para asistir a la escuela del décimo. Lamentablemente, la joven hermana de la mujer de un piloto comercial del primer piso había rehusado quedarse a cuidarlo.

—Es una lástima, suele ser tan servicial. Dependí de ella durante meses. Me sonó bastante vaga por teléfono, como evasiva...

Laing la escuchó atentamente, preguntándose si tendría que ofrecerse a cuidar del niño. Pero en la voz de Charlotte nada parecía insinuarlo. Jugando con el niño, Laing advirtió que estaba perfectamente sano. Vivaz como siempre, preguntó a su madre si también esa tarde iría a jugar al tercer piso. Ella se apresuró a decir que no. Laing la observaba con creciente interés. Lo mismo que él, Charlotte estaba esperando a que algo pasara.

No tuvieron que esperar mucho. En las tempranas horas de la tarde ocurrió la primera de una nueva serie de provocaciones entre los pisos rivales, poniendo otra vez en marcha la adormecida maquinaria de hostilidades y rupturas. Los incidentes parecían bastante triviales, pero Laing ya sabía que eran un reflejo de otros antagonismos, hondamente arraigados, que afloraban cada vez más a menudo a la superficie de la vida del rascacielos. Muchos de esos elementos eran evidentes desde tiempo atrás: las quejas acerca del ruido y la utilización abusiva de las comodidades del edificio, rivalidades a propósito de los apartamentos mejor situados (los más alejados del ronroneo constante de ascensores y montacargas). Inclusive había quienes envidiaban a las mujeres más atractivas, que habitaban presuntamente los pisos superiores, una creencia común que Laing se había complacido en comprobar. Durante el corte de luz, una desconocida había atacado en la peluquería a la mujer de dieciocho años de un fotógrafo del piso treinta y ocho. En lo que pareció una represalia, tres azafatas del segundo fueron maltratadas por un grupo de matronas de los pisos superiores, que merodeaban al mando de la robusta esposa del joyero.

Mirando desde el balcón de Charlotte, Laing esperó mientras se desarrollaba el primero de los incidentes. De pie allí, con una copa en la mano y en compañía de una mujer bonita, se sentía agradablemente aturdido. Abajo, en el noveno, había una animada fiesta infantil. Los padres no se preocupaban por contener la efusividad de los niños; por el contrario, los alentaban a hacer el mayor ruido posible. Al cabo de media hora, excitados por una dosis ininterrumpida de alcohol, los padres eran ya los dueños de la fiesta. Charlotte rió abiertamente cuando vio que derramaban bellidas sobre los automóviles de abajo, empapando los parabrisas y los techos de las costosas limusinas y los coches deportivos de las primeras hileras.

Unos cuantos centenares de residentes habían salido a los balcones a observar el

alboroto. Estimulados por la presencia de estos espectadores, los padres azuzaron a los hijos. La fiesta pronto se trastornó por completo. Niños ebrios se tambaleaban de un lado a otro. Muy por encima de ellos, en el piso treinta y siete, una abogada se puso a gritar irritada por las salpicaduras de helado que se derretían en los asientos de cuero de un convertible deportivo.

Una agradable atmósfera de carnaval dominaba el edificio. Al menos era un cambio, pensó Laing, en la conducta formal de costumbre. El y Charlotte se unieron irreflexivamente a las risas y los aplausos como si presenciaran un improvisado circo de aficionados.

Esa noche había varias fiestas a la vez. Por lo general eran raras fuera del fin de semana, pero la noche de este miércoles todo el mundo parecía dispuesto a celebrar algo. Los teléfonos sonaban continuamente, y Charlotte y Laing fueron invitados a no menos de seis reuniones.

—Tendría que ir a que me peinaran. —Charlotte le apretó animosamente el brazo, casi abrazando a Laing—. ¿Qué festejamos, exactamente?

La pregunta sorprendió a Laing. Tomó el hombro de Charlotte como para protegerla. —Dios sabrá... Nada que ver con juegos y diversiones.

Una de las invitaciones había venido de Richard Wilder. Tanto Laing como Charlotte la rechazaron inmediatamente.

—¿Por qué nos negamos a ir? —preguntó Charlotte con una mano todavía en el receptor—. Estaba esperando que dijéramos que no.

—Los Wilder habitan en el segundo —explicó Laing—. Las cosas están realmente alborotadas ahí abajo...

—Robert, no racionalices.

A espaldas de ella, mientras hablaba, la pantalla de televisión mostraba una tentativa de fuga en una cárcel. Habían bajado el sonido, y las silenciosas imágenes de carceleros y policías agazapados y de hileras de celdas con barricadas titilaban entre las piernas de Charlotte. En el rascacielos, se dijo Laing, todos miraban la televisión con el sonido apagado. Las mismas imágenes centelleaban a través de las puertas vecinas cuando regresó al apartamento. Por vez primera la gente dejaba las puertas entornadas e iba y venía de un apartamento a otro.

Esa familiaridad, sin embargo, no se extendía más allá del piso de cada propietario. Por lo demás, la polarización del edificio progresaba ineluctablemente. Descubriendo que no tenía nada para beber, Laing bajó en ascensor a la galería del décimo. Tal como esperaba, había una gran demanda de alcohol, y pobladas filas de personas impacientes esperaban frente a la licorería. Viendo a su hermana Alice cerca del mostrador, Laing I rato de pedirle ayuda. Ella se negó rotundamente y se apresuró a espetarle un enérgico reproche por el alboroto de esa tarde. Era evidente que asociaba de algún modo a Laing con los propietarios de los pisos de abajo,

identificándolo con Richard Wilder y su conducta revoltosa.

Mientras Laing esperaba a que lo atendieran, lo que parecía una expedición punitiva de los pisos superiores armó una baraúnda en la piscina. *Un* grupo de residentes de los tres pisos de arriba, llegó con ánimo beligerante. Entre ellos estaba la actriz cuyo afgano había muerto ahogado en la piscina. Ella y sus compañeros se pusieron a bromear en el agua. Bebían champaña a bordo de una balsa de goma, infringiendo las normas de la piscina, y salpicaban a la gente que salía de los vestuarios. El viejo encargado trató de intervenir, pero al fin desistió y se retiró a la cabina detrás de los trampolines.

En los ascensores se sucedían los empujones y los atropellos agresivos. Los botones de señales funcionaban de cualquier modo, y los huecos de los ascensores retumbaban con los golpes impacientes que la gente descargaba sobre las puertas. Mientras iban a una fiesta en el piso veintisiete, Laing y Charlotte fueron atropellados por un trío de pilotos borrachos cuando el ascensor bajó de pronto al tercero. Hacía media hora que esperaban con las botellas en la mano para subir al décimo. Tomando ¿alegremente a Charlotte por la cintura, uno de los pilotos casi la arrastró a la pequeña sala de proyecciones contigua a la escuela, que previamente había sido utilizada para pasar películas infantiles. Ahora proyectaba un programa de películas pornográficas, incluido un film rodado al parecer en el edificio, con la participación de algunos residentes.

En la fiesta del piso veintisiete, ofrecida por Adrián Talbot, un afeminado pero agradable psiquiatra de la escuela médica, Laing empezó a sentirse cómodo por primera vez en el día. No tardó en advertir que casi todos los invitados provenían de los apartamentos más próximos. Las caras y las voces eran de una tranquilizadora familiaridad. En cierto sentido, tal como le señaló a Talbot, todos habitaban en una misma aldea.

—Tal vez un clan sería más exacto —comentó Talbot—. La población de este bloque de apartamentos no es tan homogénea como pudiera parecer a primera vista. Pronto nos negaremos a hablar con gente de otras zonas. Una botella cayó esta tarde sobre mi coche, destrozando el parabrisas. —Añadió—: ¿Podría llevarlo al lugar de ustedes? —Como psiquiatra calificado, Talbot tenía derecho a dejar el coche en las zonas más próximas al edificio. Laing, tal vez adivinando los peligros de la proximidad, nunca había aprovechado esa ventaja. La solicitud del psiquiatra fue aprobada en seguida por los otros vecinos, como una llamada a la solidaridad que ningún miembro del clan podía rechazar.

La fiesta fue una de las más brillantes a las que Laing había asistido. Al contrario de la mayor parte de las reuniones en el rascacielos, donde huéspedes distinguidos merodeaban intercambiando charlas profesionales antes de despedirse, en ésta había un auténtico entusiasmo, una atmósfera de verdadera excitación. Al cabo de media

hora casi todas las mujeres estaban ebrias, una pauta que Laing utilizaba desde hacía tiempo para medir el éxito de una reunión.

Cuando felicitó a Talbot, el psiquiatra no parecía muy convencido. —Hay una cierta vibración en el aire, de acuerdo, ¿pero tiene algo que ver con el buen humor, o la camaradería? Quizá lo contrario, diría yo.

—¿No está preocupado?

—Por algún motivo menos de lo razonable...

Estas observaciones cordialmente expresadas alertaron a Laing. Escuchando las animosas conversaciones de alrededor le sorprendió hasta qué punto expresaban diversos antagonismos, una hostilidad abierta contra quienes vivían en los otros sectores del rascacielos. El humor malicioso, la propensión a creer cualquier chisme o historia improbable acerca de la desidia de los propietarios de los pisos de abajo o la arrogancia de los de arriba, tenían toda la intensidad de un prejuicio racial.

Pero como Talbot había señalado, esto no alarmaba a Laing. Inclusive sintió una cierta complacencia grosera uniéndose a los chistes y observando cómo Charlotte Melville, por lo general circunspecta, bebía una copa tras otra. Quizá así, al menos, podrían comunicarse entre ellos.

Al concluir la fiesta, sin embargo, ocurrió un incidente menor pero desagradable frente a las puertas del ascensor del piso veintisiete. Aunque eran más de las diez, todo el edificio estaba alborotado. Los residentes se escabullían de un apartamento a otro, gritándose por las escaleras como niños que se niegan a ir a la cama. Confundidos por los incesantes golpes en los botones, los ascensores se habían detenido y docenas de pasajeros impacientes atestaban los pasillos. Aunque el próximo destino de todos, una fiesta ofrecida por un lexicógrafo del veintiséis, se encontraba a sólo un piso por debajo de ellos, ninguno de los que dejaba la fiesta de Talbot tenía la intención de utilizar las escaleras. Hasta Charlotte, con las mejillas encendidas y tambaleándose feliz sobre el brazo de Laing, se sumó a la salvaje algarabía del corredor y golpeteó con fuerza las puertas de los ascensores.

Cuando por fin apareció un ascensor, las puertas se abrieron y mostraron una pasajera solitaria, una joven masajista neurasténica y estrecha de hombros que vivía con su madre en el quinto. Laing reconoció inmediatamente a una de las «vagabundas» que abundaban en el rascacielos, amas de casa aburridas e hijas adultas que se pasaban buena parte del tiempo viajando en ascensores y errando por los corredores del vasto edificio, emigrando sin cesar en busca de un cambio o un motivo de excitación.

Asustada por la ebria multitud que avanzaba hacia ella, la muchacha reaccionó y apretó un botón al azar. La turba tambaleante lanzó un aullido de burla. En cuestión de segundos fue arrancada del ascensor y sometida a un grotesco interrogatorio. La sobreexcitada esposa de un especialista en estadísticas le gritó ásperamente a la pobre

muchacha, sacó un brazo vigoroso por entre la primera fila de inquisidores, y le asestó una bofetada.

Apartándose de Charlotte, Laing dio un paso adelante. La actitud del grupo le desagradaba, pero era difícil tomarla en serio. Parecían un grupo de extras sin experiencia rodando una escena de linchamiento.

—Venga... la acompañaré a las escaleras. —Tomando a la muchacha por los hombros menudos trató de guiarla hacia la puerta, pero en ese momento estalló un coro de alaridos reprobatorios. Las mujeres apartaron a los maridos y se pusieron a golpear los brazos y el pecho de la muchacha.

Laing desistió y se alejó. Observó cómo la aturdida muchacha era obligada a desfilar entre dos hileras y sometida a una granizada de golpes antes que le permitiesen desaparecer en la escalera. La caballerosidad y el sentido común no bastaban para contener a esta cohorte de maduros ángeles vengadores. Pensó con inquietud: cuidado, Laing, o la mujer de un agente de bolsa te va a castrar con la misma pericia con que le saca el hueso a un aguacate.

La noche transcurrió bulliciosamente, con movimientos constantes en los pasillos, gritos y ruidos de vidrios rotos en los huecos de los ascensores, y un estruendo de música que caía en el aire nocturno.

3

MUERTE DE UN RESIDENTE

Un cielo sin nubes, mortecino como el aire sobre una cisterna fría, cubría los muros y terraplenes de cemento de los edificios en construcción. De madrugada, después de una noche confusa, Laing salió al balcón y observó las silenciosas hileras de automóviles. Media milla hacia el sur el río continuaba fluyendo, pero Laing escudriñó el paisaje, como esperando descubrir algún cambio radical. Arrebujado en la bata de baño, se masajeó los hombros amoratados. Aunque no lo notara en el momento, durante las fiestas había habido una notoria abundancia de violencia física. Se tocó la piel dolorida, palpándose los músculos como si buscara otro yo, el del fisiólogo que había adquirido un apartamento tranquilo en este costoso edificio seis meses atrás. Luego todo empezó a escapársele de las manos. Perturbado por el ruido incesante, había dormido poco más de una hora. El rascacielos estaba ahora en silencio, pero la última de las innumerables fiestas que se habían celebrado separadamente había concluido hacía apenas cinco minutos.

Allá abajo, los coches que ocupaban las primeras hileras estaban manchados de huevos rotos, vino y helado derretido. Las botellas arrojadas desde lo alto habían fracturado una docena de parabrisas. Aun a esta hora temprana por lo menos veinte residentes estaban asomados a los balcones, observando los desperdicios que se acumulaban al pie del acantilado.

Aturdido, Laing preparó el desayuno, y sin darse cuenta derramó casi todo el café recalentado antes de que pudiera probarlo. Luego de un esfuerzo consiguió recordar que esa mañana tenía que dictar una clase en el departamento de fisiología. Casi no pensaba en otra cosa que en los acontecimientos que se sucedían en el rascacielos, como si el descomunal edificio fuera sólo una cosa mental y pudiera desvanecerse si él dejaba de recordarlo. Se miró en el espejo de la cocina, observándose las manos manchadas de vino y la cara sin afeitado, de un buen color sorprendente. Por una vez, se dijo a sí mismo, trata de salir de dentro de tu propia cabeza. La imagen inquietante de esa turba de mujeres maduras zurrando a la joven masajista modificaba todo lo que rodeaba a Laing, como si fuera parte de otra realidad. Su propia reacción —ese rápido esguince a un lado— resumía el curso de los acontecimientos más de lo que él pensaba.

A las ocho Laing partió para la escuela médica. El ascensor estaba sembrado de vidrios rotos y latas de cerveza. Habían dañado parte del panel, obviamente para evitar que los pisos inferiores llamaran al ascensor. Mientras atravesaba el parque de los coches, Laing se volvió a mirar el rascacielos, comprendiendo que dejaba atrás

una parte de sí mismo. Cuando llegó a la escuela, recorrió los pasillos desiertos y tardó bastante en restablecer la identidad de las oficinas y las aulas. Entró en las salas de disección del departamento de anatomía y se paseó entre las hileras de mesas de vidrio, observando los cadáveres parcialmente diseccionados. La pulcra amputación de miembros, tórax, cabeza y abdomen, practicada por equipos de estudiantes, que cuando concluyera el semestre habrían reducido cada cadáver a una pila de huesos y un marbete necrológico, reproducía con exactitud la erosión del mundo alrededor del rascacielos.

Ese día, mientras Laing se encargaba de la supervisión y almorzaba con sus colegas en el refectorio, no dejaba de pensar en el edificio, una caja de Pandora de mil tapas, que ahora eran abiertas desde dentro, una por una. Los personajes dominantes del rascacielos, reflexionaba Laing, los que mejor se habían adaptado a esa vida, no eran los bulliciosos pilotos comerciales y técnicos de cine de los pisos inferiores, ni las malhumoradas y agresivas esposas de los encumbrados asesores de impuestos de los niveles más altos. Aunque a primera vista eran ellos quienes provocaban tensiones y hostilidades, los verdaderos responsables había que buscarlos entre los propietarios apacibles y mesurados, como el cirujano dental y su esposa. El edificio de apartamentos estaba creando un nuevo tipo social, una personalidad fría y cerebral impermeable a las presiones psicológicas de la vida en un rascacielos, con necesidades mínimas de intimidad, y que proliferaba como una avanzada especie mecánica en esa atmósfera neutra. Era el tipo de gente que se contentaba con no hacer otra cosa que estar sentada en el costoso apartamento, mirar la televisión con el sonido apagado, y esperar a que los vecinos cometieran algún error.

Quizá los episodios recientes habían sido una última tentativa de rebelión, encabezada por Wilder y los pilotos contra esta lógica ineluctable. Por desgracia, no tenían muchas posibilidades de triunfo, precisamente porque sus enemigos eran personas que no tenían nada que objetar a este impersonal paisaje de acero y cemento, que no se quejaban de que las agencias del gobierno y las máquinas ordenadoras hicieran imposible la vida privada. En todo caso recibían con gusto estas intrusiones invisibles, utilizándolas para sus propios propósitos. Eran sin duda los primeros en dominar uno de los nuevos modos de vida de la segunda mitad del siglo veinte. Parecían prosperar mediante un rápido cambio de amistades, una continua falta de lealtad hacia los demás y unas vidas que se bastaban por completo a sí mismas y nunca eran decepcionantes porque no necesitaban nada.

Las verdaderas necesidades, en cambio, quizás apareciesen más tarde. Cuanto más árida y desprovista de afectos fuera la vida en el rascacielos, más posibilidades había. La eficiencia misma del rascacielos se encargaba de mantener la estructura social que los sustentaba. Por primera vez eliminaba la necesidad de reprimir cualquier tipo de conducta extravagante, y les permitía dedicarse a investigar los

impulsos más anómalos y perversos. Era precisamente en estas zonas donde se manifestarían los aspectos más importantes e interesantes de la vida de esta gente. A salvo dentro del caparazón del rascacielos, como pasajeros a bordo de un avión con piloto automático, tenían la libertad de comportarse como se les antojara, de explorar los rincones más tenebrosos que pudieran descubrir. En muchos sentidos, el edificio de apartamentos era un modelo de todo lo que la tecnología había desarrollado, haciendo posible de este modo la expresión de una psicopatología auténticamente «libre».

Durante la prolongada tarde, Laing durmió en la oficina, esperando el momento de poder irse de la escuela y volver a casa. Cuando por fin se marchó, dejó atrás rápidamente los estudios de televisión aún no acabados, y tuvo que detenerse cinco minutos para dar paso a una hilera de camiones que llevaban sacos de cemento al sitio de la construcción. Aquí era donde habían herido a Anthony Royal, cuando el coche fue embestido por una aplanadora que retrocedía. Con frecuencia a Laing le parecía irónico, y en cierto modo típico de la ambigua personalidad de Royal, que no sólo hubiera sido el primero en tener un accidente de automóvil en la zona del complejo, sino que hubiera contribuido a diseñar el escenario del accidente.

Laing acarició el volante, impacientado por la demora. Por alguna razón tenía el convencimiento de que mientras él estaba ausente ocurrían allí hechos importantes. Por cierto, cuando llegó al edificio a las seis supo que había habido una sucesión de nuevos incidentes. Se cambió y fue a tomar una copa con Charlotte Melville, que había vuelto de la agencia de publicidad antes del mediodía, preocupada por su hijo.

—No quería dejarlo solo aquí... No se puede confiar en las niñeras. —Sirvió whisky para los dos, gesticulando de un modo alarmante con la botella, como si estuviera a punto de arrojarla por encima de la baranda del balcón—. Robert, ¿qué diablos ocurre? Todo parece estar en crisis... Me da miedo entrar sola en el ascensor.

—Charlotte, las cosas no están tan mal —Laing se oyó decir—. No hay por qué preocuparse.

¿De veras creía que la vida en el edificio transcurría sin dificultades? Laing se escuchó a sí mismo y el tono le pareció convincente. La lista de desórdenes y provocaciones era larga, aun para una sola tarde. Dos sucesivos grupos de niños de los pisos inferiores habían sido echados del jardín de juegos de la terraza. Este recinto amurallado con columpios, tiovivos y esculturas escalables, había sido diseñado por Anthony Royal para diversión de los niños del edificio. Ahora los portones estaban cerrados con candado y a los niños que se acercaban a la terraza se les ordenaba que se alejasen. Entretanto, las esposas de varios ocupantes de los pisos superiores proclamaban que se las había manoseado en el ascensor. Otros residentes, al partir esa mañana para la oficina habían descubierto que les habían acuchillado los neumáticos de los coches. Unos vándalos habían irrumpido en las aulas de la escuela del décimo

y habían desgarrado los afiches de los niños. Los vestíbulos de los cinco pisos más bajos habían sido misteriosamente ensuciados con excrementos de perro; los residentes se habían apresurado a juntarlos en un ascensor y los habían despachado de vuelta al último piso.

Cuando Laing se rió del episodio, Charlotte le golpeteó el brazo con los dedos, como tratando de despertarlo.

—¡Robert! ¡Tienes que tomarlo en serio!

—Es lo que hago...

—¡Estás en *trance*!

Laing la miró, advirtiendo de pronto que esta mujer afable y sagaz no atinaba a ver el lado gracioso de la historia. Le pasó el brazo por los hombros y no se sorprendió cuando ella lo abrazó, apoyándose contra la puerta de la cocina e ignorando los esfuerzos de su hijo pequeño que trataba de abrirla. Se apretó contra Laing y le frotó los brazos como tratando de convencerse de que aquí al menos había una forma que ella podía cambiar.

Durante la hora en que esperaron a que el niño se durmiera, las manos de Charlotte nunca se apartaron de Laing. Pero aun antes que se sentaran juntos en la cama, Laing supo que, casi como una ilustración de la lógica desconcertante del edificio, este primer acto sexual sería el fin y no el principio de la relación entre ellos. En realidad contribuiría a separarlos antes que a unirlos. Por una paradoja similar, el efecto y el interés que sentía por ella mientras estaban tendidos en la cama parecían más desaprensivos que tiernos, precisamente porque estas emociones no tenían ninguna relación con las realidades del mundo circundante. En los signos que ellos intercambiarían como señales de un verdadero interés recíproco, los materiales eran mucho más inciertos: lo erótico y lo perverso.

Cuando ella se durmió a la luz del atardecer, Laing se escurrió fuera del apartamento y fue en busca de sus nuevos amigos.

Afuera, en los pasillos y frente a los ascensores, había decenas de propietarios. Sin prisa por regresar al apartamento, Laing caminó de un grupo a otro escuchando la charla. Estas reuniones informales pronto tendrían un carácter casi oficial, foros donde se ventilaban problemas y prejuicios. La mayor parte de las quejas, observó Laing, iban dirigidas ahora contra los otros residentes antes que contra el edificio. Los culpables del mal funcionamiento de los ascensores eran gen-le que vivía en los pisos de más arriba o de más abajo, no los arquitectos ni la deficiencia de los servicios.

La boca del incinerador que Laing compartía con los Steele había vuelto a atascarse. Trató de telefonar al administrador, pero el hombre estaba exhausto, abrumado por protestas y requerimientos de toda índole. Algunos de los empleados habían renunciado, y las energías del resto estaban ahora dedicadas a preservar el

funcionamiento de los ascensores y a tratar de restablecer la corriente eléctrica en el noveno.

Laing juntó las herramientas que pudo encontrar y fue al pasillo a destapar él mismo la boca del incinerador.

Steele lo ayudó en seguida trayendo un complicado artefacto de muchas hojas. Mientras los dos hombres trabajaban para quitar el bulto de una cortina de brocado que sostenía una columna de desechos de cocina, Steele entretuvo a Laing con una descripción de los propietarios que sobrecargaban los conductos.

—Hay algunos que producen los desperdicios más insólitos, cosas que sin duda no esperábamos encontrar aquí —le confió a Laing—. Objetos que podrían interesar a la policía. Esa experta en belleza del treinta y tres, y esas que se dicen radiólogas y viven juntas en el veintidós. Son muchachas extrañas, aun para esta época...

Hasta cierto punto Laing estaba de acuerdo. Por muy mezquinas que parecieran esas quejas, la cincuentona dueña de la peluquería nunca dejaba de decorar su apartamento del treinta y tres, y echaba en el conducto felpudos viejos y aun piezas enteras de pequeños muebles.

Steele retrocedió mientras la columna de desperdicios se hundía en un alud gelatinoso. Aferró el brazo de Laing y le señaló una lata de cerveza en el piso del corredor.

—Aunque sin duda todos somos culpables... Oí decir que en los pisos de más abajo la gente está dejando pequeños bultos de basura a la puerta de los apartamentos y en los corredores. En fin, lo invito a tomar una copa. Mi mujer tiene ganas de volver a verlo.

Aunque recordaba la pelea que habían tenido, Laing no se resistió. Tal como esperaba, el clima de agresividad generalizada no tardó en disipar las tensiones particulares. Con los cabellos impecablemente peinados, la señora Steele revoloteó alrededor de Laing con la sonrisa complacida de una madama que agasaja a un primer cliente. Hasta llegó a felicitar a Laing por su afición a la buena música, pues alcanzaba a oírla a través de los muros. Laing escuchó una exaltada descripción de las continuas fallas de los servicios en el rascacielos y de los vestuarios de la piscina del décimo. Hablaban del rascacielos como de una vasta presencia animada atenta a cualquier acontecimiento y que los vigilaba con una mirada magistral. Ese sentimiento no era del todo injustificado: los ascensores que subían y bajaban por los huecos parecían pistones en la cámara de un corazón. Las gentes que se desplazaban por los corredores eran las células de una red artificial, las luces de los apartamentos las neuronas cerebrales.

A través de la oscuridad Laing observó los brillantes pisos iluminados del rascacielos más próximo, apenas prestando atención a los otros invitados que acababan de llegar y estaban sentados alrededor: el locutor de televisión Paul

Crosland y una crítica de cine llamada Eleanor Powell. A esta pelirroja, bebedora empedernida, Laing la encontraba a menudo subiendo y bajando en los ascensores mientras buscaba confusamente cómo salir del edificio.

Crosland se había convertido en el líder nominal de un clan, un conglomerado de alrededor de treinta apartamentos adyacentes de los pisos veinticinco, veintiséis y veintisiete. Proyectaban una expedición conjunta para ir de compras al día siguiente al supermercado del décimo, como un grupo de aldeanos a punto de aventurarse en una ciudad sin policías.

Sentada junto a Laing, Eleanor Powell observaba glacialmente a Crosland que con un florido estilo de locutor de televisión delineaba planes de seguridad para los apartamentos. De vez en cuando la pelirroja extendía la mano como si tratara de ajustar la imagen de Crosland, o quizá cambiar los contrastes cromáticos de las mejillas abultadas o bajar el volumen de la voz.

—¿El departamento de usted no está cerca del ascensor? —le preguntó Laing—. Tendrá que atrincherarse dentro.

—¿Para qué? siempre dejo la puerta abierta. —Advirtió la perplejidad de Laing y dijo—: ¿Acaso no es parte de la diversión?

—¿Usted piensa que de algún modo disfrutamos de todo esto?

—¿Usted no? Yo opino que sí, doctor. Estar unidos es golpear un ascensor vacío. Por primera vez desde que teníamos tres años no importa lo que hagamos. En verdad, no deja de ser interesante...

Cuando ella se inclinó, apoyando la cabeza en el hombro de Laing, él dijo: — Parece que el aire acondicionado no anduviera bien... ¿Por qué no salimos al balcón, a tomar un poco de aire fresco?

Ella le retuvo el brazo y recogió la cartera.

—Está bien. Ayúdeme a levantarme. Es usted un Don Juan tímido, doctor...

Habían llegado a las puertas cuando una explosión de vidrios rotos estalló en un balcón muy por encima de ellos. Fragmentos de vidrio centellearon como cuchillos en el aire nocturno. Un objeto grande y pesado pasó dando vueltas a no más de seis metros del balcón. Eleanor, sorprendida, se abrazó torpemente a Laing. Cuando recobraron el equilibrio oyeron el ruido de una áspera colisión metálica en el suelo, parecida al choque de un automóvil. Siguió un silencio breve pero absoluto, el primer instante de verdadera calma, comprendió Laing, que había conocido el edificio en los últimos días.

Todos se precipitaban al balcón, Crosland y Steele aferrándose como si los dos quisieran impedir que el otro saltara por encima de la baranda. Inclínándose, Laing vio su propio balcón vacío a unos tres metros de distancia. En un absurdo momento de pánico temió que él mismo fuera la víctima. Alrededor la gente se asomaba a los balcones, copa en mano, escudriñando la oscuridad.

Abajo, incrustado en el techo aplastado de un coche de la primera fila, se veía el cuerpo de un hombre con ropa de noche. Eleanor Powell apartó a Crosland con brusquedad y se alejó de la baranda con un rictus de dolor. Laing se aferró con firmeza a la barra metálica, espantado y excitado a la vez. Casi todos los balcones de la vasta fachada del rascacielos estaban ocupados, y los residentes miraban hacia abajo como desde los palcos de un enorme teatro de ópera al aire libre.

Nadie se acercó al auto aplastado ni al cuerpo incrustado en el techo. Observando el smoking desgarrado y los pequeños zapatos de charol, Laing creyó reconocer en el cadáver al joyero del piso cuarenta. Los anteojos de cristal de roca estaban en el suelo junto a la rueda delantera del coche y los lentes intactos reflejaban las luces brillantes del edificio.

4

¡ARRIBA!

En la semana que siguió a la muerte del joyero, los hechos se sucedieron atropelladamente y en una dirección más inquietante. Richard Wilder, veinticuatro pisos más abajo del doctor Laing y por lo tanto mucho más expuesto a las presiones generadas dentro del edificio, fue uno de los primeros en advertir la magnitud de los cambios.

Wilder había estado fuera tres días, rodando escenas para un nuevo documental sobre problemas carcelarios. Una huelga de convictos en una gran prisión provincial, muy comentada en los diarios y la televisión, le habían dado la oportunidad de incluir algunas escenas tópicas. Regresó en las primeras horas de la tarde. Todas las noches había telefoneado a Helen desde el hotel para enterarse de la situación en el rascacielos, pero ella no tenía nada de qué quejarse.

No obstante, el tono esquivo de Helen lo tenía preocupado.

Luego de estacionar el coche, Wilder abrió bruscamente la portezuela y se incorporó del asiento con pesadez. Desde el extremo del parque escrutó cautelosamente la fachada del enorme edificio. A primera vista todo estaba tranquilo. Los centenares de coches estaban estacionados en hileras ordenadas. Las filas de balcones se elevaban en la luz diáfana, y las macetas con plantas se multiplicaban detrás de las barandillas. Por un momento Wilder lamentó lo que veía: siempre había creído en la acción directa y la semana anterior había disfrutado de las escaramuzas, provocando a la gente agresiva, sobre todo a los propietarios de los pisos superiores, que les habían hecho la vida imposible a Helen y a los dos niños.

La única nota discordante era la ventana fracturada del piso cuarenta, por la que había salido el infortunado joyero. Había un ático en los dos extremos del piso; el de la esquina norte pertenecía a Anthony Royal, el otro al joyero y su mujer. El panel roto no había sido reemplazado y ese asterisco de bordes filosos le recordó a Wilder una especie de signo críptico, una marca en el fuselaje de un avión de combate, que señalaba una baja enemiga.

Wilder bajó la maleta del auto, y un bolso con regalos para Helen y los niños. En el asiento trasero había una cámara de cine liviana con la que planeaba rodar algunas secuencias piloto para el documental de televisión. La muerte inexplicable del joyero lo había convencido todavía más de la necesidad de filmar un documental importante sobre la vida en los rascacielos, tal vez utilizando esa muerte como punto de partida. Era una afortunada coincidencia que él viviera en el mismo edificio que el muerto,

pues la película tendría así todo el impacto de una biografía personal. Cuando la investigación policial concluyera, el caso pasaría a los tribunales, y un enorme signo interrogatorio de notoriedad pendería inmovible sobre esta costosa residencia, este palacio colgante que se sembraba él mismo con semillas de intriga y destrucción.

Cargando el equipaje en los brazos robustos, Wilder emprendió el largo camino de regreso al edificio. El apartamento de ellos estaba directamente encima del proscenio de la entrada principal. Esperó a que Helen saliera al balcón y lo saludara con la mano, una de las pocas cosas que compensaban tener que dejar el coche en el linde del terreno. Sin embargo, excepto una, todas las persianas estaban cerradas.

Apretando el paso, Wilder se acercó a las primeras filas de coches. De pronto, la ilusión de normalidad empezó a desvanecerse. Los coches de las tres primeras hileras estaban salpicados de desperdicios, y en las que fueran carrocerías bruñidas había ahora manchas y lamparones. En los senderos que rodeaban el edificio se amontonaban botellas, latas y vidrios rotos, en grandes pilas, como si estuvieran arrojándolos continuamente desde los balcones.

En la entrada principal Wilder descubrió que dos ascensores no funcionaban. El vestíbulo estaba desierto y silencioso, como si todo el rascacielos hubiese sido abandonado. La oficina del gerente estaba cerrada, y la correspondencia sin clasificar se apilaba en el piso de baldosas junto a las puertas de vidrio. En la pared, frente a los ascensores, habían garabateado un mensaje ahora en parte borroso, el primero de una serie de lemas y signos privados que más tarde cubrirían todas las superficies disponibles del edificio. Estos graffiti eran un apropiado reflejo de la inteligencia y la educación de los propietarios. A pesar del ingenio y la imaginación de estos complejos acrósticos, palíndromos y obscenidades cultas trazados con aerosol en las paredes, no tardaron en convertirse en un caos coloreado pero indescifrable, no muy distinto de los empapelados baratos de las lavanderías y agencias de viaje que los ocupantes del rascacielos tanto aparentaban desdeñar.

Wilder aguardó con impaciencia frente a los ascensores, exasperándose. Apretaba irritado los botones de llamada, pero ningún ascensor parecía dispuesto a responder. Todos estaban permanentemente suspendidos entre el piso veinte y el treinta, y hacían cortos viajes en ese tramo. Wilder recogió el equipaje y fue hacia las escaleras. Cuando llegó al segundo piso encontró el corredor a oscuras y tropezó con una bolsa de plástico atiborrada de basura que le bloqueaba la puerta de entrada.

La primera impresión que tuvo al entrar en el apartamento fue que Helen se había marchado llevándose a los chicos. Las persianas de la sala estaban bajas, y el acondicionador de aire desconectado. Había juguetes y ropas de niño desparramados por el suelo.

Wilder abrió la puerta del dormitorio de los niños. Dormían juntos, respirando entrecortadamente el aire estancado. Entre las camas había una bandeja con restos de

una comida del día anterior.

Wilder cruzó la sala hacia el dormitorio. Una persiana estaba levantada y la luz del día cruzaba con una franja imperturbable las paredes blancas. Wilder, inquieto, recordó una celda que había filmado dos días atrás en el pabellón de psiquiatría de la prisión. Helen yacía vestida de pies a cabeza en la cama pulcramente tendida. Wilder supuso que dormía, pero cuando atravesó la habitación tratando de apoyar apenas los pies pesados, los ojos de ella lo observaron inexpresivamente.

—Richard... no te preocupes. —Habló con una voz tranquila—. Estoy despierta... bueno, desde ayer cuando llamaste. ¿Viajaste bien?

Intentó levantarse pero Wilder le sostuvo la cabeza contra la almohada.

—Los niños... ¿qué está pasando aquí?

—Nada. —Ella le tocó la mano y lo miró con una sonrisa tranquilizadora—. Querían dormir, así que los dejé. No tienen otra cosa que hacer. De noche hay demasiado ruido. Lamento que todo esté tan desordenado.

—Eso no importa. ¿Por qué no fueron a la escuela?

—Está cerrada... No van desde que te marchaste.

—¿Por qué no? —Irritado por la pasividad de su mujer, Wilder juntó las manos pesadas, apretándolas una contra otra—. Helen, uno no puede quedarse ahí tirado todo el día. ¿Y el jardín de la terraza? ¿O la piscina?

—Me parece que sólo existen dentro de mi cabeza. Es muy difícil... —Señaló en el suelo la cámara cinematográfica, entre los pies de Wilder—. ¿Eso para qué es?

—Quiero filmar algunas secuencias... para el documental del rascacielos.

—Otro documental sobre las prisiones. —Helen sonrió sin una pizca de humor—. Yo puedo decirte por dónde empezar.

Wilder le tomó la cara entre las manos. Palpó los huesos delgados, como para asegurarse de que esa frágil armadura todavía existía. De alguna manera tenía que tratar de animarla. Siete años antes, cuando la había conocido mientras trabajaban en una compañía de publicidad para la TV, ella era una asistente de producción brillante y segura de sí misma, con una aptitud para la réplica que dejaba a Wilder desarmado.

El tiempo que no estaban en la cama lo pasaban discutiendo. Ahora, después de la combinación de dos hijos y un año en el rascacielos, ella parecía cada vez más retraída, obsesivamente interesada en las actividades más elementales de los niños. Hasta las reseñas de libros infantiles eran parte de esa misma retirada.

Wilder le trajo una copa del licor dulce que ella prefería. Tratando de decidir qué convenía hacer, se frotó los músculos del pecho. Lo que en un principio lo había complacido, pero que ahora lo inquietaba más que ninguna otra cosa, era que Helen había dejado de reparar en las relaciones de él con las mujeres solteras del edificio. Aunque viera a su marido hablando con una de ellas, Helen se acercaba con los niños a la rastra como si ya no le importaran las irregularidades de la vida sexual de Wilder.

Varias de esas mujeres, como la actriz de televisión cuyo afgano él había ahogado en la piscina durante el corte de luz, o la asistente de cámara del piso de arriba, eran ahora amigas de Helen. Esta última, una muchacha circunspecta que leía a Byron en las colas del supermercado, trabajaba para un productor independiente de películas pornográficas, o al menos eso fue lo que Helen le informó sin rodeos a Wilder. «Tiene que anotar la posición sexual precisa entre una toma y otra. Un trabajo interesante... Me pregunto cuáles serán los requisitos, o las exigencias.»

Wilder se había quedado desconcertado. Una sombra de mojigatería le había impedido interrogar abiertamente a la muchacha. Cuando hacían el amor en el apartamento del tercer piso, Wilder tenía la turbadora impresión de que ella memorizaba automáticamente todos los abrazos y posturas de la cópula, de modo que si él tenía que marcharse de improviso, ella podría empezar con otro amante partiendo exactamente del mismo punto. La ilimitada pericia profesional del rascacielos tenía aspectos inquietantes.

Wilder observó cómo ella sorbía el licor. Le acarició los muslos menudos tratando de animarla.

—Vamos, Helen..., parece que estuvieras esperando el fin. Pondremos todo en orden y llevaremos a los niños a la piscina.

Helen meneó la cabeza.

—Hay demasiada hostilidad. Siempre la hubo, pero ahora es evidente. La gente se ensaña con los chicos..., a veces creo que sin darse cuenta. —Se sentó en el borde de la cama mientras Wilder se cambiaba de ropa, y miró por la ventana la hilera de rascacielos que retrocedían hacia el horizonte—. En realidad, no se trata sólo de las personas. Es el edificio...

—Lo sé. Pero en cuanto haya concluido la investigación policial verás que todo se normaliza. Entre otras razones, todos tendrán un abrumador sentimiento de culpa.

—¿Qué están investigando?

—La muerte, por supuesto. De nuestro joyero acróbata. —Wilder recogió la cámara y quitó la tapa de la lente—. ¿Hablaste con la policía?

—No sé. Estuve eludiendo a todo el mundo. —Tratando de reanimarse, se acercó a Wilder—. Richard, ¿nunca pensaste en vender el apartamento? Podríamos irnos de aquí. Lo digo en serio.

—Helen... —Perplejo, Wilder le miró la figura menuda y resuelta. Se quitó los pantalones, como si al exponer el pecho vigoroso y la abultada entrepierna recobrar de algún modo el dominio de sí mismo—. Eso equivale a dejarse echar. Además nunca recuperaríamos lo que pagamos.

Esperó hasta que Helen agachó la cabeza y volvió a la cama. Seis meses atrás ella había insistido para que se mudaran del apartamento en la planta baja. Esa vez habían discutido seriamente la posibilidad de marcharse del edificio sin más trámite, pero

Wilder la había convencido de que se quedaran por razones que él mismo nunca había comprendido del todo. En primer lugar, no estaba dispuesto a declararse incapaz de enfrentar en términos de igualdad a los profesionales del edificio, de mirar con la frente alta a esos engreídos contadores y gerentes de ventas.

Mientras los niños irrumpían en el cuarto con pasos somnolientos, Helen comentó: —Quizá pudiéramos mudarnos a un piso más alto.

Afeitándose la barbilla, Wilder reflexionó acerca de este último comentario de Helen. Esa débil súplica tenía un significado especial, como si una vieja ambición hubiera despertado en él. Para Helen, por supuesto, era una cuestión de nivel social, mudarse a una «vecindad mejor», lejos de este suburbio de clase baja, a un piso alto en elegantes distritos residenciales entre los pisos quince y veinte, de corredores limpios, donde los niños no tenían que jugar fuera, y la tolerancia y la sofisticación civilizaban el aire.

Wilder tenía otra cosa en mente. Mientras escuchaba la serena voz de Helen que les hablaba a los niños como murmurando desde un sueño profundo, se examinó en el espejo. Como un luchador que se da ánimo antes del combate, se palmeó los músculos del estómago y los hombros. Tanto física como mentalmente, era casi con seguridad el hombre más fuerte del edificio, y la falta de energía de Helen lo fastidiaba de veras. Sabía que no era capaz de enfrentar ese tipo de pasividad. Reaccionaba, como siempre, condicionado por la educación de una madre ansiosa, que lo había amado devotamente en una infancia que ella misma había tratado de prolongar, dándole lo que él siempre había sentido como una incommovible confianza en sí mismo. Ella se había separado del padre de Wilder —una figura sombría de costumbres dudosas— cuando él era aún un niño pequeño. El segundo matrimonio, con un agradable pero pasivo contador aficionado al ajedrez, había estado totalmente dominado por la relación entre la madre y ese hijo de complexión taurina. Cuando conoció a la que sería su mujer, Wilder creyó candorosamente que deseaba transmitir estas ventajas a Helen, cuidarla y proporcionarle un flujo incesante de seguridad y buen humor. Por supuesto, como ahora entendía, nadie cambiaba jamás, y aunque nunca dejaba de sentirse seguro, necesitaba como siempre que alguien lo cuidara. Un par de veces, en los primeros tiempos del matrimonio, cuando nadie vigilaba al otro, había intentado volver a los juegos infantiles de que había disfrutado con su madre. Pero a Helen le fue imposible tratar a Wilder como a un hijo. En cuanto a ella misma, presumía Wilder, lo último que quería era amor y cuidado. Quizá el fracaso de la vida en el rascacielos colmara en Helen muchas expectativas inconscientes, más de lo que ella imaginaba.

Mientras se masajeara las mejillas, Wilder escuchó el impreciso ronroneo del aire acondicionado detrás de la ducha, bombeado desde la azotea del edificio, treinta y nueve pisos más arriba. Observó el agua que salía del grifo. También ella había

descendido desde los lejanos tanques del tejado, fluyendo por los interminables conductos que horadaban el interior del bloque de apartamentos, como las corrientes heladas que se escurren a través de una caverna subterránea.

La decisión de filmar el documento respondía a evidentes razones personales, parte de un intento premeditado de enfrentarse con el rascacielos, aceptar el implícito desafío físico, y luego dominarlo. Había advertido ya hacía tiempo que el edificio estaba desarrollando en él una fobia poderosa. No podía dejar de pensar en la enorme masa de hormigón apilada encima de él, ni en la impresión de que él mismo era el foco de las líneas de fuerza que recorrían el edificio, casi como si Anthony Royal le hubiese diseñado un cuerpo con la deliberada intención de que esas líneas lo inmovilizaran. De noche, tendido junto a su mujer dormida en el cuarto sofocante, despertaba con frecuencia de un sueño perturbador, consciente de cada uno de los otros novecientos noventa y nueve apartamentos que presionaban a través de las paredes y el techo, sacándole el aire de los pulmones. Estaba seguro de que había ahogado al afgano no porque no le gustara el perro, ni porque quisiera irritar a la dueña, sino para vengarse de los pisos de arriba. Había sorprendido al perro en la oscuridad, cuando el animal cayó en la piscina. Cediendo a un impulso cruel pero irresistible, lo había arrastrado debajo del agua. Mientras sostenía de algún modo el cuerpo excitado y convulso, había luchado bajo la superficie contra el edificio mismo.

Pensando en esas alturas distantes, Wilder se duchó, abriendo del todo el grifo de agua fría y dejando que el chorro helado le cayera ruidosamente sobre el pecho y las ingles. Ahora que Helen titubeaba, él se sentía más decidido, como un alpinista que por fin ha llegado al pie de la montaña que durante toda la vida ha proyectado escalar.

5

LA CIUDAD VERTICAL

Cualquiera que fuese el plan que pudiese elegir para emprender el ascenso, o el camino que lo llevara a la cima, Wilder no tardó en comprender que si la erosión actual continuaba, poco quedaría del rascacielos. La deficiencia de los servicios se advertía ya en casi todo. Ayudó a Helen a ordenar el apartamento y trató de inyectar cierta vitalidad a esa familia somnolienta abriendo las persianas y deambulando ruidosamente por los cuartos.

Le costó reavivarlos. El aparato refrigerador se interrumpía cada cinco minutos y el aire inmóvil del cálido verano pesaba en el apartamento. Wilder notó que ya había empezado a aceptar como normal esa atmósfera fétida. Helen le dijo que había oído el rumor de que los propietarios de los pisos superiores habían arrojado deliberadamente excrementos de perro en los conductos del aire acondicionado. El viento soplaba en ráfagas por los patios abiertos de los edificios en construcción, golpeando los pisos inferiores del rascacielos mientras pasaba en remolinos entre los pilares. Wilder abrió las ventanas buscando un poco de aire fresco, pero el apartamento pronto se llenó de arena y cemento en polvo. Una pátina cenicienta cubría ya la superficie de los armarios y las repisas.

Al caer la tarde los residentes empezaron a volver de las oficinas. Los ascensores subían bulliciosos y atestados. Ahora eran tres los que no funcionaban y en los restaurantes se apretujaban unos propietarios impacientes. Por la puerta abierta del apartamento Wilder observó a los vecinos que forcejeaban entre ellos como mineros malhumorados que salen a la superficie. Pasaban frente a él empuñando portafolios y carteras como instrumentos de una agresiva armadura.

De pronto, Wilder decidió probar su derecho a moverse con libertad por el edificio y tener acceso a todas las comodidades, en especial la piscina del treinta y cinco y el jardín recreativo en la galería del tejado. Tomando la cámara, partió rumbo a la terraza con su hijo mayor. Sin embargo pronto descubrió que los ascensores rápidos estaban en reparaciones, o permanecían en los pisos de arriba con las puertas abiertas y atascadas. El único acceso era el vestíbulo privado de la planta baja, de la que Wilder no tenía la llave.

Más resuelto que nunca a subir a la terraza, Wilder esperó uno de los ascensores intermedios que llegaban al piso treinta y cinco. Cuando se abrieron las puertas, entró a empellones en la cabina atestada, rodeado de pasajeros que observaban a su hijo de seis años con abierta hostilidad. En el piso veintitrés el ascensor rehusó seguir

adelante. Los pasajeros salieron empujándose y luego golpearon los portafolios contra las puertas cerradas de los ascensores en lo que pareció un despliegue ritual de mal humor.

Wilder inició el ascenso por las escaleras, llevando a su hijito en brazos; era lo bastante fuerte como para llegar a la terraza a pie. Dos pisos más arriba, sin embargo, la escalera estaba bloqueada por un grupo de residentes locales —entre ellos el agresivo cirujano dental vecino de Laing— empeñados en destapar una boca de incinerador. Sospechando que se proponían dañar los conductos del aire acondicionado, Wilder se abrió paso entre ellos, pero un hombre en quien reconoció al locutor de una empresa de televisión rival, lo hizo a un lado empujándolo con el hombro.

—¡La escalera está clausurada, Wilder! ¿No te das cuenta?

—¿Qué? —Wilder quedó pasmado ante esa insolencia—. ¿Qué quieres decir?

—¡*Clausurada!* Además, ¿qué estás haciendo tú aquí arriba?

Los dos hombres se plantaron frente a frente. Divertido por los modales agresivos del locutor, Wilder levantó la cámara como para filmarle la cara rubicunda. Cuando Crosland le indicó imperiosamente que se fuera, tuvo la tentación de tumbarlo de un puñetazo. Para no intranquilizar a su hijo, ya bastante alterado por esta atmósfera de irritabilidad, retrocedió hacia el ascensor y volvió a los pisos inferiores.

Esa confrontación, aunque no había pasado a mayores, exasperó a Wilder. Ignorando a Helen, deambuló por el apartamento meciendo la cámara de un lado a otro. Se sentía excitado y confundido, en parte por sus planes para la película, pero también por la creciente atmósfera de agresión y hostilidad.

Observó desde el balcón los rascacielos vecinos, enormes y carcelarios. El material de estos edificios, tanto visual como sociológico, era prácticamente ilimitado. Filmarían los exteriores desde un helicóptero, y desde el bloque más cercano, a cuatrocientos metros. Ya alcanzaba a imaginar un prolongado zoom de sesenta segundos, avanzando con lentitud hacia todo el edificio hasta encuadrar en primer plano un solo apartamento, una celda de este hormiguero de pesadilla.

La primera mitad del programa examinaría la vida en el rascacielos en relación con los errores de diseño y los inconvenientes menores, mientras que el resto indagaría la psicología de quienes viven en una comunidad de dos mil personas proyectadas al cielo, desde la incidencia de crímenes, divorcios y descarríos sexuales hasta los cambios en el estado físico de los ocupantes, los frecuentes insomnios y otros desórdenes psicosomáticos. Toda la evidencia acumulada en varias décadas ponía en cuestión la viabilidad de semejante estructura social; sin embargo, la reducción de las inversiones en el área de la vivienda pública y la alta rentabilidad de las mismas en el sector privado continuaban proyectando al cielo estas aerociudades verticales, en contra de las verdaderas necesidades de los residentes.

El examen de la vida psicológica en un rascacielos había revelado características alarmantes. La ausencia de humor, por ejemplo, siempre le había parecido a Wilder el aspecto más significativo: todas las investigaciones confirmaban que los habitantes de un rascacielos no se lo tomaban en broma. En un sentido estricto, allí la vida era «inerte». De acuerdo con su propia experiencia, Wilder estaba convencido de que un apartamento de ese tipo era una cápsula poco flexible, incapaz de proporcionar una vivienda que incitara a otras actividades que no fueran comer y dormir. La vida en esos rascacielos exigía una conducta especial, caracterizada por la aquiescencia, por la represión, inclusive tal vez por un toque de locura. Un psicólogo organizaría allí un baile, reflexionó Wilder. El vandalismo había asolado desde un principio estas lápidas altas como torres. Las piezas destruidas en los equipos telefónicos, los picaportes arrancados en las puertas de emergencia, los contadores de electricidad destrozados a puntapiés, todo era parte de un mismo sistema defensivo contra la parálisis cerebral.

Lo que más enfurecía a Wilder a propósito de la vida en el edificio era la manera en que una colectividad aparentemente homogénea de profesionales acomodados se había dividido en tres bandos diferenciados y hostiles. Las viejas subdivisiones sociales, fundadas en el poder, el capital y la defensa de los propios intereses, se habían reafirmado aquí como en cualquier otra parte.

De hecho, el rascacielos ya estaba dividido en los tres grupos sociales clásicos, clase baja, media y alta. La galería comercial del décimo constituía un límite preciso entre los nueve pisos inferiores —con un «proletariado» de técnicos cinematográficos y azafatas— y la sección intermedia del edificio que se extendía desde el décimo piso hasta la piscina y el restaurante del treinta y cinco. Estos dos tercios centrales del bloque de apartamentos albergaban una clase media integrada por profesiones básicamente dóciles: los médicos y abogados, contadores y asesores de impuestos que no trabajaban por cuenta propia sino para institutos médicos y grandes empresas. Puritanos y disciplinados, los unía una aspiración común: alcanzar un segundo puesto.

Más arriba, en los cinco pisos superiores, vivía la clase alta, una discreta oligarquía de pequeños magnates y empresarios, actrices de televisión y académicos profesionales, con ascensores de alta velocidad, mejores servicios, y escaleras alfombradas. Las funciones del edificio se organizaban de acuerdo con los intereses y necesidades de los pisos superiores. Las quejas de esta gente eran atendidas antes que las otras, y eran ellos quienes dominaban sutilmente la vida del rascacielos, decidiendo cuándo los niños podían utilizar las piscinas y el jardín de la terraza, los menús de los restaurantes y los precios elevados que excluían a casi todos menos a ellos mismos. En primer lugar, este paternalismo sutil preservaba el orden de los grupos intermedios, sacudiendo constantemente ante ellos la zanahoria de la amistad y la aprobación.

Cuando pensaba en esos personajes, instalados por encima de él en elevados refugios, como señores feudales sobre siervos de la gleba, un sentimiento creciente de rencor e impaciencia dominaba a Wilder. No obstante, era difícil organizar un contraataque. No le hubiera costado demasiado trabajo desempeñar el papel de líder populista y transformarse en el vocero de los pisos inferiores, pero no había entre estos vecinos ninguna cohesión, ni intereses propios; nunca podrían rivalizar con los disciplinados profesionales del sector central del edificio. Había en ellos una desidia latente, y parecían dispuestos a tolerar las intromisiones más injustificadas o excesivas, y luego empacar y mudarse sin una protesta. En síntesis, el instinto territorial, en un sentido social y psicológico, se había atrofiado en ellos de tal modo que ahora estaban ya maduros para que cualquiera los explotase. Si quería organizar a esa gente, era indispensable que él, Wilder, les diera algo, ayudándoles a tener conciencia de sí mismos. El documental cumpliría perfectamente esta función, y además en términos que ellos podrían comprender. El film dramatizaría todos los resentimientos de los propietarios, y expondría hasta qué punto los servicios y comodidades eran usurpados por quienes residían en los pisos de arriba. Quizá hasta fuera adecuado que fomentase subrepticamente los problemas, exagerando las tensiones en el rascacielos.

Sin embargo, como Wilder no tardó en descubrir, las circunstancias ya estaban determinando la estructura del documental.

Inflamado por la decisión de devolver el golpe, Wilder resolvió que durante un tiempo mantendría alejados a su mujer y a los niños de este deambular incesante.

Ahora; el aire acondicionado sólo funcionaba cinco minutos por hora, y al anochecer la atmósfera del apartamento era sofocante y húmeda. El ruido de las voces que dialogaban a gritos y de los tocadiscos a todo volumen reverberaba desde los balcones de arriba. Helen Wilder se paseaba a lo largo de las ventanas cerradas, apretando las manos menudas contra los pestillos como si tratara de impedir la llegada de la noche.

Demasiado preocupado para ayudarla, Wilder partió para la piscina del décimo con una toalla y un pantalón de baño. Unas pocas llamadas telefónicas a los vecinos de los pisos inferiores le habían confirmado que estaban dispuestos a participar en el documental, pero Wilder necesitaba encontrar colaboradores en los niveles superior y medio del rascacielos.

Los ascensores fuera de servicio aún no habían sido reparados, y Wilder se encaminó a las escaleras. La gente de arriba utilizaba ya algunos tramos como vaciaderos de residuos. Los escalones estaban sembrados de vidrios rotos que desgarraban el cuero de los zapatos.

En la galería comercial la gente iba de un lado a otro y hablaba a voz en cuello como si esperara el comienzo de un mitin político.

La piscina, por lo general desierta a estas horas, estaba atestada de residentes que bromeaban en el agua, empujándose desde los bordes y salpicando los vestuarios. El encargado se había ido, abandonando la casilla, y en la piscina se advertía ya la falta de cuidado, con toallas abandonadas en los desagües.

En las duchas, Wilder reconoció a Robert Laing. Aunque el médico le volvió la espalda, Wilder no reaccionó y ocupó la ducha contigua. Los dos hombres hablaron un momento, en un tono despreocupado. Wilder siempre había disfrutado de la compañía de Laing, que tenía buen ojo para las mujeres jóvenes, pero hoy el médico parecía eludirlo. También él, como todos, había sido afectado por aquel clima de agresividad.

—¿Todavía no vino la policía?—preguntó Wilder por encima del ruido, mientras iban hacia los trampolines.

—No... ¿Usted espera que vengan? —Laing parecía genuinamente sorprendido.

—Querrán interrogar a los testigos. ¿Qué ocurrió en realidad? ¿Lo empujaron? A la mujer se la ve demasiado animosa. Quizá quería un divorcio rápido.

Laing esbozó una sonrisa tolerante, como si esta observación de dudoso gusto fuera todo lo que cabía esperar de Wilder. Lo miró con un aire de indiferencia deliberada, los ojos cerrados a cualquier sondeo.

—No sé nada acerca del accidente, Wilder. Pudo tratarse de un suicidio, supongo. ¿Usted tiene un interés personal?

—¿Usted no, Laing? Es raro que un hombre caiga desde un piso cuarenta y no haya ningún tipo de investigación...

Laing avanzó en el trampolín. Wilder le observó el cuerpo, más musculoso que de costumbre, casi como si Laing se hubiera dedicado últimamente a ejercicios gimnásticos, haciendo docenas de flexiones.

Laing esperó a que hubiera un espacio libre en el agua. —Creo que podemos dejar que los vecinos se encarguen de todo.

—He empezado a planear el documental para la televisión. —Wilder alzó la voz —: Esa muerte sería un buen punto de partida.

Laing observó a Wilder con repentino interés. Meneó firmemente la cabeza.

—Si yo fuera usted, me olvidaría de todo eso, Wilder. —Avanzó hasta el borde del trampolín, dio un par de brincos, y se zambulló con fuerza y precisión en el agua amarillenta.

Nadando a solas en la parte baja de la piscina, Wilder observó a Laing y su grupo de amigos, que retozaban en el extremo más profundo. En otras circunstancias Wilder se habría unido a ellos, sobre todo teniendo en cuenta que en el grupo había dos mujeres atractivas: Charlotte Melville, con quien no había hablado en los últimos días

de la proyectada liga de padres, y Eleanor Powell, la alcohólica novicia. Evidentemente habían excluido a Wilder. El énfasis con que Laing lo había llamado por el apellido señalaba la distancia que había ahora entre ellos, así como la vaguedad con que se había referido a la muerte del joyero y lo poco que parecía interesarle el documental, aunque en otro tiempo lo había aprobado con entusiasmo, animando a Wilder a llevar adelante la parte teórica del proyecto. Era de presumir que Laing, celoso defensor de su propia intimidad, no tenía ganas de que la locura colectiva del edificio, esas riñas y celos pueriles, fueran expuestos a todo el país en las pantallas de televisión.

¿O estaba quizá impulsado por otra cosa: la necesidad de mantenerse apartado de lo que realmente ocurría en el rascacielos, para que los acontecimientos se desarrollaran así de acuerdo con su propia lógica y ya no fuera posible dominarlos? A pesar de todo su proclamado entusiasmo por el documental, Wilder sabía que nunca lo había discutido con nadie que no viviera en el edificio.

Hasta Helen, hablando con su madre por teléfono esa misma tarde, había comentado vagamente: «Todo anda bien. Hay un pequeño problema con el aire acondicionado, pero ya lo están arreglando».

Este creciente desdén por la realidad había dejado de asombrar a Wilder. La decisión de que el caos dentro del rascacielos sólo concernía a los residentes mismos explicaba el misterio del joyero muerto. Al menos un millar de personas tenían que haber visto el cadáver. Wilder recordaba haber salido al balcón y quedarse sorprendido, no de ver el cadáver, sino de la vasta audiencia que se elevaba hacia el cielo. ¿Habría avisado alguien a la policía? El había supuesto que sí, pero ahora no estaba tan convencido. A Wilder le costaba creer que ese hombre sofisticado y seguro de sí mismo se hubiera suicidado. Y sin embargo nadie se preocupaba, y parecían aceptar la posibilidad de un asesinato así como los nadadores de la piscina aceptaban las botellas de vino y las latas de cerveza que rodaban en el piso de baldosas.

Durante la noche, las especulaciones de Wilder fueron menos importantes que la necesidad de mantenerse cuerdo. Luego de instalar a los niños en el dormitorio, cuando él y su mujer se sentaron a cenar, un apagón imprevisto los dejó a oscuras. Sentados uno frente al otro a la mesa del comedor, escucharon el bullicio continuo del pasillo, los vecinos que reñían frente al ascensor, las radios de transistores que vociferaban a través de las puertas abiertas de los apartamentos.

Helen se echó a reír, distendiéndose por primera vez en varias semanas: —Dick, esta es una enorme fiesta infantil que se nos ha ido de las manos.

Tocó el brazo de Wilder, tranquilizándolo. El la miró a la luz lánguida que llegaba desde el rascacielos vecino: el rostro delgado mostraba una calma casi irreal, como si ella sintiera ya que no era parte de lo que ocurría alrededor.

Tratando de dominarse, Wilder se desplomó pesadamente sobre la mesa, en la oscuridad. Más de una vez tuvo la tentación de hundir el puño en la sopa. Cuando volvió la luz, trató de telefonar al administrador, pero el conmutador parecía atascado.

Al fin una voz grabada le anunció que el gerente estaba enfermo, que se tomaría nota de todas las quejas y las atenderían en el futuro.

—Por Dios, de veras va a escuchar todas esas grabaciones... Tienen que ser kilómetros de cintas...

—¿Estás seguro? —Helen rió entre dientes—. Tal vez a nadie le importa. Sólo a ti.

La interrupción de la corriente eléctrica había afectado los acondicionadores de aire. De los conductos de la pared salían chorros de polvo. Exasperado, Wilder juntó los puños. Como un malhechor descomunal y agresivo, el rascacielos parecía decidido a hostilizarlos de cualquier manera. Wilder intentó tapan el enrejado, pero al cabo de unos minutos tuvo que refugiarse en el balcón. Los vecinos se agolpaban contra las barandas, escrutando la terraza como si esperaran poder avistar a los responsables.

Dejando a Helen, que vagabundeaba animosamente por el apartamento y sonreía al polvo arremolinado, Wilder salió al corredor. Todos los ascensores estaban detenidos en el sector elevado del edificio. Un numeroso grupo de vecinos se había reunido frente a las puertas de los ascensores, golpeándolas rítmicamente y quejándose de las actitudes provocativas de los residentes de los pisos altos.

Wilder se abrió paso hasta el centro de la reunión. Dos pilotos comerciales de pie sobre un sofá seleccionaban a los miembros de una partida que atacaría por sorpresa. Wilder esperó a que le llegara el turno, tratando de llamarles la atención, hasta que por la alborotada charla de los circunstantes comprendió que la proyectada aventura se limitaba a subir a la piscina del treinta y cinco y orinar públicamente en el agua.

Wilder estuvo a punto de ponerse a discutir con ellos, de advertirles que un acto pueril de esa naturaleza sería contraproducente, mientras no intentaran organizarse. La sola idea de una expedición punitiva era ya algo absurdo, pues luego estarían aún más expuestos a cualquier represalia. No obstante, en el último momento desistió. Se quedó junto a las puertas de la escalera, comprendiendo que ya no se sentía vinculado a esta turba de propietarios impulsivos que se azuzaban sutilmente unos a otros. El auténtico adversario no era la jerarquía de residentes que vivía en las alturas, sino la imagen mental que ellos tenían del edificio, las múltiples capas de cemento que los anclaban al suelo.

Estalló un hurra, seguido por un coro de abucheos. Un ascensor descendía al fin del piso treinta y cinco, y los números indicadores se iban encendiendo de derecha a

izquierda. Mientras la cabina se acercaba, Wilder se acordó de Helen y los niños, pero no estaba preocupado. No se había acordado de ellos cuando decidiera mantenerse apartado de los otros residentes.

El ascensor llegó al segundo piso y se detuvo. Cuando se abrieron las puertas, hubo un repentino silencio. Tendida en el suelo de la cabina yacía la aturdida figura de un vecino de Wilder, un homosexual que trabajaba en un aeropuerto y cenaba regularmente en el restaurante del piso treinta y cinco. Apartó la cara magullada de la multitud expectante y trató de abotonarse la camisa abierta. Cuando la multitud dio un paso atrás, sorprendida por aquella muestra de declarada violencia, Wilder oyó que alguien comentaba que dos pisos más arriba, el quinto y el octavo, estaban también a oscuras.

6

PELIGRO EN LAS CALLES DEL CIELO

Durante todo el día Richard Wilder había estado preparándose para la escalada. Luego de esa noche de alboroto, que dedicó a calmar a sus hijos y a la quejumbrosa Helen, Wilder partió rumbo a los estudios de televisión. Una vez allí, canceló sus compromisos y anunció a la secretaria que estaría ausente unos días. Mientras hablaba, apenas advirtió la perplejidad de la muchacha y la curiosidad de los colegas de las oficinas contiguas: sólo se había afeitado el lado izquierdo de la cara y no se cambiaba la ropa desde el día anterior. Agotado, apoyó la cadera en el escritorio, y observado por su secretaria roncó tumbado sobre la correspondencia sin abrir. No había estado ni una hora en los estudios cuando empacó el portafolios y regresó al rascacielos.

Para Wilder, este lapso fugaz lejos del edificio de apartamentos fue de una irrealidad casi onírica. Abandonó el coche en el parque sin echar llave a la portezuela y caminó hacia la entrada invadido por una creciente impresión de alivio. Hasta los desechos desparramados al pie del rascacielos, las botellas vacías y los coches sucios de basura y con los parabrisas rotos le devolvían de algún modo la convicción de que los únicos acontecimientos reales eran los que ocurrían dentro del edificio.

Aunque ya habían dado las once, Helen y los niños todavía dormían. Una película de polvo blanco cubría los muebles de la sala y los dormitorios; parecía que Wilder regresara al apartamento luego de que un inmenso período de tiempo se hubiera condensado alrededor de las figuras dormidas, como una escarcha pétrea. Durante la noche Wilder había bloqueado los acondicionadores de aire, y en el apartamento todo era silencio y quietud. Miró a su mujer tendida en la cama y rodeada por los libros infantiles que estaba reseñando. Sabiendo que la abandonaría dentro de unas horas, lamentó que ella fuera demasiado débil para acompañarlo. Podrían haber escalado juntos el rascacielos.

Tratando de pensar con más claridad, Wilder se puso a limpiar el apartamento. Salió al balcón y barrió las colillas, los fragmentos de vidrio, los periódicos rotos arrojados desde los pisos altos. Ya no podía recordar en qué momento había decidido escalar el edificio, y no sabía con exactitud qué iba a hacer cuando alcanzara por fin la cima. Tenía asimismo muy presente la diferencia entre el simple trámite de llegar al tejado —bastaba apretar el botón de un ascensor— y la versión mítica de ese ascenso que ahora lo obsesionaba.

Esa misma claudicación ante una lógica más poderosa que la razón era también evidente en la conducta de los vecinos de Wilder. Frente al ascensor escuchó los últimos rumores. En las primeras horas de esa mañana había estallado un serio conflicto entre los residentes del noveno y del undécimo. La galería del décimo era ahora la tierra de nadie de dos bandos beligerantes, los ocupantes de los nueve pisos de abajo y los del sector intermedio. Pese a la hostilidad y la violencia crecientes, estos hechos ya no lo sorprendían. Las rutinas de la vida cotidiana en el rascacielos, las visitas al supermercado, a la licorería y la peluquería, continuaban como de costumbre. De alguna manera el rascacielos podía conciliar los extremos de esta lógica ambivalente. Hasta los vecinos que describían los enfrentamientos hablaban en un tono sereno y preciso, como civiles que en una ciudad devastada por la guerra se aprestan a resistir un nuevo bombardeo aéreo. Por primera vez a Wilder lo asaltó la idea de que todos disfrutaban de la interrupción de los servicios y de la creciente belicosidad. Todo esto los unía, poniendo fin al frígido aislamiento de los meses anteriores.

Durante la tarde Wilder jugó con los niños y esperó la llegada de la noche. Helen se paseaba en silencio por el apartamento, casi sin prestar atención a su marido. Luego del acceso de risa compulsiva de la noche anterior, tenía una cara cerúlea e inexpresiva. De vez en cuando un tic le estremecía la comisura derecha de la boca, como reflejando una honda convulsión mental. Se sentó a la mesa y alisó mecánicamente el pelo de los niños. Observándola en silencio, e incapaz de pensar en cómo podría ayudarla, Wilder estuvo a punto de creer que era ella quien lo abandonaba y no a la inversa.

Cuando empezó a oscurecer, Wilder observó a los primeros residentes que regresaban de las oficinas. Entre ellos, apeándose del coche, vio a Jane Sheridan. Seis meses antes Wilder había interrumpido una fugaz relación con esta mujer, irónicamente a causa de lo difícil que era subir al piso treinta y siete. Le había costado sentirse a sus anchas en el apartamento de la actriz. No podía quitarse de la cabeza la distancia que lo separaba del suelo, ni la presencia, mucho más abajo, de Helen y los chicos, sepultados en las napas inferiores del edificio como las mujeres y niños proletarios del siglo diecinueve. Mientras hacían el amor mirando la televisión desde la cama, en ese dormitorio revestido de telas hindúes, se sentía como si volara sobre la ciudad en un lujoso avión privado provisto de bar y dormitorio. La charla entre ellos, y aun la dicción y el vocabulario, se estilizaba entonces, como si fueran dos desconocidos que se encuentran en los asientos contiguos de una aeronave.

La actriz se encaminó al vestíbulo de los ascensores que llevaban a los pisos altos, caminando distraídamente entre las botellas rotas y las latas vacías. Bastaba que fuese hacia el apartamento de ella para que Wilder se sintiera transportado a la cima misma

del edificio, como una pieza en un tablero de juego, con un solo golpe de dados.

Helen estaba acostando a los niños. Había arrimado el ropero y la cómoda a las camas, intentando protegerlos del bullicio y los disturbios que traería la noche.

—¿Richard...? ¿Te vas...?

Mientras hablaba, emergió fugazmente de un profundo pozo interior, como advirtiéndolo por un instante que ella y sus hijos estaban a punto de ser abandonados.

Wilder esperó a que transcurriera ese momento de lucidez, sabiendo que sería imposible describirle a Helen la misión que se había impuesto. Ella se sentó calladamente en la cama, apoyando una mano en la pila de libros infantiles y observándolo en el espejo con una expresión imperturbable mientras Wilder salía al corredor.

Wilder descubrió muy pronto que llegar al piso treinta y siete era más difícil de lo que había supuesto. Los cinco ascensores rápidos estaban fuera de servicio o bien se encontraban arriba, detenidos con las puertas abiertas y atascadas.

El vestíbulo del segundo estaba atestado de vecinos de Wilder, algunos de traje, otros en ropa de baño, riñendo entre ellos como turistas malhumorados sorprendidos por una crisis monetaria. Wilder se abrió paso a empujones hasta la escalera y emprendió el largo viaje hacia el décimo piso, donde había más posibilidades de tomar un ascensor.

Cuando llegó al quinto, se topó con la expedición de los pilotos comerciales, que regresaban de otra misión abortada. Crispados y furibundos, respondían con gritos a las burlas que desde arriba les lanzaban por el hueco de la escalera. Escritorios y sillas tomados de la escuela primaria y arrojados por el hueco de la escalera bloqueaban la entrada a la galería del décimo. La expedición, compuesta por padres de niños que iban a la escuela, había tratado de poner en orden los escritorios, mientras era hostigada por los ocupantes de los pisos intermedios que aguardaban impacientes a que la licorería recibiera una nueva partida de vinos.

Wilder se abrió paso entre ellos. Cuando llegó al décimo piso, el grupo opositor ya se había retirado. Wilder pasó sobre los escritorios destrozados en los escalones, los lápices y tizas desparramados alrededor. Lamentando no haber traído la cámara, vio a dos propietarios del piso dieciocho, un ingeniero químico y un gerente, de pie junto a la puerta. Cada uno empuñaba una cámara y filmaba cuidadosamente la escena, enfocando a Wilder mientras subía hacia ellos.

Dejando que completasen estos dudosos noticiarios privados, Wilder empujó la puerta vaivén y echó un vistazo al corredor de la galería comercial. Cientos de residentes forcejeaban entre sí, empujándose y avanzando entre las góndolas del vino, los anaqueles con detergente, los carritos de alambre unidos unos con otros en una red de metal cromado. Unas voces airadas se elevaban por encima del repiqueteo de

las registradoras. Entretanto, en medio de este alboroto, una hilera de mujeres permanecía sentada bajo los secadores de la peluquería, leyendo tranquilamente unas revistas. Los dos cajeros que trabajaban de noche en el banco contaban impasibles los billetes.

Desistiendo de cruzar la galería, Wilder se volvió hacia la piscina desierta. El nivel del agua había bajado por lo menos seis pulgadas, como si alguien hubiese estado robando el fluido amarillento. Wilder se paseó alrededor de la piscina. Una botella de vino vacía flotaba en el centro, escoltada por un círculo de paquetes de cigarrillos y colillas deshechas. Debajo de los trampolines, un diario colgaba flojamente en el agua, con trémulos titulares que eran como un mensaje de otro mundo.

En el vestíbulo del décimo una multitud impaciente se apretujaba contra las puertas de los ascensores, los brazos cargados con cajas de licores, quesos y fiambres, materia prima para las agresivas fiestas nocturnas, Wilder regresó a la escalera. Estos pasajeros bajarían en alguna parte y él tendría la oportunidad de tomar el ascensor.

Trepó por los escalones de dos en dos. La escalera estaba desierta. Cuanto más arriba vivían, más reacios eran los residentes a utilizar las escaleras, como si esto de algún modo implicara un ultraje. Mientras subía, Wilder atisbaba por las ventanas el parque de los coches, cada vez más distantes. El lejano brazo del río se extendía hacia el oscurecido perfil de la ciudad, una señal que indicaba un mundo olvidado.

Cuando entraba en el último tramo de escalones que llevaban al piso catorce, algo se movió por encima de él. Wilder se detuvo y alzó los ojos, respirando entrecortadamente en silencio. Una silla de cocina giró en el aire hacia su cabeza, arrojada por un atacante de tres pisos más arriba. Wilder se echó hacia atrás mientras la silla de acero golpeaba la baranda, rozándole el brazo derecho antes de alejarse dando vueltas en el aire.

Wilder se agazapó contra los escalones, escondiéndose bajo el reborde del piso superior. Se masajeó el brazo magullado. No menos de tres o cuatro individuos lo esperaban arriba, y armados con cachiporras golpeaban ostentosamente la baranda metálica. Cerrando los puños, Wilder tanteó los escalones en busca de un arma. Peligro en las calles del cielo... Pensó ante todo en precipitarse escaleras arriba y contraatacar. Sabía que era bastante fuerte como para arrojar por el aire a tres residentes a la vez, abogados y ejecutivos poco entrenados y hombres obesos azuzados a este paréntesis de violencia por agresivas esposas. No obstante se serenó, negándose a un ataque frontal. Llegaría a la cima del rascacielos, pero recurriría a la astucia antes que a la fuerza bruta.

Descendió al rellano del piso trece. A través de las paredes del hueco del ascensor alcanzaba a oír el chirrido de los cables y las poleas. Los pasajeros se apeaban de los ascensores en distintos pisos. Pero las puertas del vestíbulo del trece estaban

atrancadas. Una cara ceñuda se volvió hacia él, una mano manicurada le indicó que se fuera.

Del trece al décimo todas las puertas estaban cerradas. Wilder, frustrado, regresó a la galería comercial. Una nutrida multitud seguía esperando los ascensores. Se apretaban en grupos claramente diferenciados, de distintos pisos, vigilando cada uno su propio sistema de transporte.

Wilder se alejó y se encaminó al supermercado. Habían vaciado los estantes, y los empleados se habían ido, luego de echar llave a los molinetes. Wilder saltó por encima de un mostrador y avanzó hacia el depósito del fondo. Más allá de las pirámides de cajas vacías se extendía uno de los tres centros de servicio del rascacielos, con un montacargas, los conductos de agua y aire acondicionado, y los cables de electricidad.

Wilder aguardó mientras el montacargas descendía pesadamente. Del tamaño del elevador de un portaaviones, había sido diseñado para trasladar muebles de cocina, aparatos sanitarios, y las enormes pinturas pop y abstracto-expresionistas que gustaban a los ocupantes del edificio.

Al abrir la puerta enrejada vio a una joven de hombros huesudos que se ocultaba detrás del panel de control. Estaba pálida y parecía desnutrida, pero miraba a Wilder con interés, como si le agradara recibirlo en este dominio privado.

—¿Hasta dónde quiere ir? —le preguntó—. Podemos viajar a cualquier parte. Iré con usted.

Wilder reconoció a una masajista del quinto, una de las mujeres que se pasaban el tiempo vagabundeando por los corredores, ciudadanas de un mundo interior que constituían una segunda población invisible.

—Bien, de acuerdo... ¿Qué le parece el treinta y cinco?

—La gente del treinta es más amable. —La joven masajista presionó hábilmente los botones, activando las puertas pesadas. Al cabo de unos segundos el montacargas los transportó quejumbrosamente hacia arriba. Ella miró a Wilder con una sonrisa alentadora, como si el movimiento le hubiera devuelto la vida—. Si quiere ir más alto, le mostraré cómo. Hay muchos conductos de ventilación, sabe usted. El problema es que los perros los han invadido... Empiezan a tener hambre...

Una hora después, cuando Wilder salió al vestíbulo lujosamente alfombrado del piso treinta y siete, comprendió que acababa de descubrir un segundo edificio dentro del que había ocupado antes. Dejó atrás a la joven masajista, recorriendo sin cesar los conductos de servicio y de carga del rascacielos, en tránsitos que eran la exteriorización de una odisea mental. Durante el tortuoso trayecto con esa mujer —cambiando de montacargas para subir tres pisos hasta el veintiocho, moviéndose arriba y abajo por un dédalo de corredores en los lindes de zonas hostiles, tomando por último un ascensor de alta velocidad para ir de una planta a la siguiente— Wilder

había visto de qué modo los niveles medio y superior del rascacielos se habían organizado a sí mismos.

Mientras la gente de los pisos inferiores continuaba siendo una turba confusa, unida por una común sensación de impotencia, aquí todos se habían reunido en grupos de treinta apartamentos adyacentes, clanes informales, que abarcaban dos o tres plantas, de acuerdo con la arquitectura de los pasillos, vestíbulos y ascensores. Había ya unos veinte grupos de este tipo, que se habían aliado con los vecinos inmediatos. Habían reforzado y acrecentado la vigilancia, de muy distintos modos. Se levantaban barricadas, se aseguraban las puertas de emergencia, se arrojaba basura por las escaleras o bien se la acumulaba en los rellanos rivales.

En el piso veintinueve Wilder se topó con una comunidad compuesta exclusivamente por mujeres, un conglomerado de apartamentos dominado por una escritora de cuentos infantiles, una mujer madura de físico y personalidad intimidantes. Tres azafatas del primer piso compartían con ella un apartamento. Wilder avanzó con cautela por el corredor, contento de que lo acompañara la joven masajista. Lo que más lo intranquilizó, cuando las mujeres lo interrogaron en parejas desde las puertas entornadas, fue la hostilidad que le demostraban no sólo porque era hombre sino también porque intentaba obviamente subir un piso más arriba.

Wilder salió con alivio al vestíbulo desierto del piso treinta y siete. Esperó junto a la puerta de las escaleras; le sorprendía que no hubiera nadie vigilando. Era posible que los residentes no estuvieran aquí al tanto de lo que ocurría en los pisos inferiores. Las alfombras de los silenciosos pasillos eran bastante gruesas como para aislarlos del mismísimo infierno.

Atravesó el pasillo rumbo al apartamento de Jane Sheridan. Tal vez ella se sorprendiese al verlo, pero Wilder esperaba poder pasar allí la noche. Al día siguiente se mudaría en forma definitiva, y visitaría a Helen y los niños al salir para el trabajo y de vuelta por las tardes.

Tocó el timbre y alcanzó a oír la voz enérgica y grave a través de la puerta, un tono al que lo habían habituado innumerables melodramas televisivos. Al fin la puerta se abrió, sujeta por una cadena. Cuando ella miró a Wilder, reconociéndolo en seguida, él supo que había estado esperándolo. Se la veía distante e inquieta al mismo tiempo, como un espectador obligado a mirar a alguien que va a tener un accidente. Wilder recordó que había dicho a dónde iba a una de las mujeres de los clanes femeninos.

—Jane, me esperabas. Me siento halagado.

—Wilder..., no puedo...

Antes que Wilder hablara otra vez, la puerta del apartamento contiguo se abrió con brusquedad. Dos hombres se asomaron: un asesor de impuestos del piso cuarenta y un musculoso coreógrafo con quien Wilder había jugado a la pelota más de una vez

en el gimnasio del décimo. Lo miraron con una abierta hostilidad.

Comprendiendo al fin que esta gente había estado esperando a que él llegara, Wilder se volvió para marcharse, pero el corredor estaba bloqueado. Un grupo de seis había salido del vestíbulo. Vestían ropas de gimnasia y zapatillas blancas, y a primera vista parecían un equipo de aficionados a levantar pesas. Cada uno empuñaba un garrote bruñido. Al frente de esta troupe madura pero temible, integrada por un agente bursátil, dos pediatras y tres catedráticos universitarios, venía Anthony Royal. Vestía como de costumbre una chaquetilla blanca de cazador, atuendo que siempre irritaba a Wilder, el tipo de uniforme que luciría el excéntrico comandante de un campo de concentración o el guardián de un zoológico. La luz del pasillo le inflamaba el cabello rubio y le marcaba las cicatrices de la frente, una notación confusa que colgaba como una serie de burlones signos de interrogación sobre la expresión adusta de Royal. Mientras se acercaba a Wilder, el bastón cromado centelleó como un arma. Wilder observó el reflejo luminoso sobre el mango metálico, anticipando con placer el momento en que lo retorcería sobre el cuello de Royal.

Aunque advertía a las claras que estaba acorralado, Wilder se sorprendió riéndose sin disimulo ante el espectáculo de esta tropa estafalaria. Cuando se apagó la luz, con un previo centelleo de advertencia, Wilder se apoyó contra la pared para dejar que el grupo pasara. Los garrotes de madera resonaron en la oscuridad, con golpes acompasados, ensayados sin duda previamente. En la puerta abierta del apartamento de Jane Sheridan apareció una linterna, encandilándolo.

Alrededor de Wilder la troupe de levantadores de pesas empezó a actuar. Los primeros garrotazos zumbaron de pronto y sin aviso a la luz de la linterna. Wilder sintió los golpes sobre los hombros. Antes de caer, alcanzó a aferrar un garrote, pero los otros lo golpearon hasta tenderlo en el suelo, a los pies de Anthony Royal.

Cuando despertó yacía tendido en un sofá, en el vestíbulo de entrada de la planta baja. Las luces fluorescentes brillaban alrededor reflejadas en los paneles de vidrio. Le pareció que habían estado brillando desde siempre dentro de él, en alguna zona del cerebro, con ese mismo fulgor incoloro. Dos residentes que habían vuelto tarde al edificio esperaban el ascensor. Aferraban con firmeza los portafolios e ignoraban a Wilder; creían sin duda que estaba borracho.

Sintiendo el dolor en los hombros magullados, Wilder levantó el brazo y se masajeó el mastoide hinchado detrás de la oreja derecha. Cuando pudo incorporarse, se alejó del sofá, fue hacia la entrada y se apoyó contra las puertas de vidrio. Las hileras de coches estacionados se extendían en la oscuridad, medios de transporte suficientes para evacuarlo a mil y un destinos. Salió al fresco de la noche. Tocándose el cuello, elevó los ojos hacia la fachada del edificio. Casi podía distinguir las luces del piso treinta y siete. Se sintió abrumado, de pronto, tanto por el peso y la masa del edificio como por su propio fracaso. La tentativa de escalar el rascacielos, irreflexiva

e incidental, había tenido un final humillante. En cierto modo era el edificio el que lo había rechazado, más que Royal y sus amigos.

Bajando los ojos con lentitud, vio a su mujer, que a quince metros de altura lo observaba desde el balcón del apartamento. Pese a las ropas desaliñadas y la cara tumefacta de Wilder, Helen no mostraba ninguna inquietud, como si ya no lo reconociera.

7 PREPARANDO LA PARTIDA

Muy en lo alto, en el piso cuarenta, los dos primeros residentes se disponían a marcharse.

Anthony Royal y su mujer habían estado empacando todo el día. Tras almorzar en el restaurante vacío del piso treinta y cinco, regresaron al apartamento, donde Royal se puso a cerrar el estudio, sabiendo que éstas eran las últimas horas que pasaba en el rascacielos. Sin prisa por irse, ahora que había llegado el momento de que abandonaran el edificio, Royal se demoró con deliberación en esta tarea última y ritual.

El aire acondicionado no funcionaba, y la falta de ese zumbido familiar —antes levemente irritante— intranquilizaba a Royal. Por mucho que le disgustara, ahora se veía obligado a reconocer lo que en el curso del último mes había negado tantas veces, a pesar de las pruebas visibles. El enorme edificio que había contribuido a diseñar agonizaba, las funciones vitales se extinguían una a una: la presión del agua disminuía, las bombas fallaban, la corriente eléctrica de las distintas plantas se interrumpía, los ascensores se detenían entre piso y piso.

Como por un reflejo simpático, las viejas heridas de las piernas y la espalda le molestaban otra vez. Royal se inclinó contra la mesa de dibujo, sintiendo el dolor que le subía de las rodillas a las ingles. Empuñando el bastón cromado, salió del estudio y avanzó entre las mesas y sillones de la sala, todos envueltos en fundas. Había pasado un año desde el accidente, y Royal había descubierto que sólo el ejercicio constante podía contener el dolor. Ahora extrañaba los partidos de tenis con Robert Laing. Como los otros médicos, Laing le había dicho que las heridas de los accidentes de automóvil tardaban en cerrar, pero en los últimos tiempos Royal había empezado a sospechar que estas lesiones actuaban con una perversidad propia.

Las tres maletas que había empacado esa mañana estaban listas en el vestíbulo. Royal las miró, deseando por un momento que pertenecieran a algún otro. Nunca las había usado, y el importante papel que pronto desempeñarían en este Dunkerque personal era como un recordatorio humillante.

Royal regresó al estudio y siguió desprendiendo los bocetos y estudios arquitectónicos pinchados en las paredes. Había pasado muchas horas en esta pequeña oficina, un dormitorio refaccionado, mientras trabajaba en el proyecto, y la colección de planos y de libros, fotografías y tablas de dibujo, cuyo propósito original consistía en dar algún sentido a la convalecencia, pronto se había convertido en una

suerte de museo privado. La mayor parte de los planos y estudios habían sido supervisados por otros luego del accidente, pero la imagen de la fachada de la sala de conciertos y de los estudios de televisión, lo mismo que la foto que lo mostraba de pie en la terraza del rascacielos el día de la entrega, describían curiosamente un mundo más real que el edificio del que estaba a punto de irse. Había postergado demasiado la decisión de abandonar el apartamento. Pese a toda su identificación profesional con el edificio, la contribución arquitectónica de Royal había sido de escasa magnitud, aunque lamentaba haber trabajado precisamente en los sectores que habían sido piedra de escándalo: la galería del piso décimo, la escalera, la terraza panorámica con el jardín de recreo para los niños, y el diseño y decoración de los vestíbulos frente a los ascensores. Royal había escogido escrupulosamente los colores de las paredes ahora cubiertas con miles de obscenidades escritas con aerosol. Quizá era una reacción estúpida, pero le costaba no tomarlas como una cuestión personal, sobre todo teniendo en cuenta que no ignoraba la hostilidad de los vecinos: el bastón cromado y el ovejero alemán blanco ya no eran implementos teatrales.

En principio, el motín de estos profesionales acomodados contra el edificio que habían adquirido entre todos, no difería de las muchas y bien documentadas revueltas de la posguerra y que los propietarios de las clases bajas habían protagonizado a menudo en los edificios municipales. Pero aun así, Royal no podía evitar sentirse personalmente afectado por esos actos vandálicos. El derrumbe de la estructura social del edificio implicaba una rebelión contra él mismo, al punto de que en los primeros días que siguieron a la muerte inexplicable del joyero, Royal había estado esperando que en cualquier momento lo agredieran físicamente.

Más tarde, sin embargo, junto con el colapso del rascacielos creció en él la necesidad de no ciarse por vencido. Poner a prueba el edificio que había ayudado a diseñar equivalía a ponerlo a prueba a él. Ante todo, comprendió que un nuevo orden social empezaba a gestarse alrededor. Estaba seguro de que la clave del posible éxito de estos enormes edificios era una rígida jerarquización. Como a menudo le comentaba a Anne, los bloques de oficinas, con una población de no menos de treinta mil empleados, funcionaban sin dificultades durante décadas, gracias a un ordenamiento social tan rígido y formalizado como el de un hormiguero, con índices de crímenes, inestabilidad social y mala conducta prácticamente nulos. La confusa pero inequívoca emergencia de este nuevo orden social —al parecer basado en pequeños grupos tribales— fascinaba a Royal. Ante todo, y pese a las dificultades y la hostilidad que tendría que afrontar, había decidido quedarse con la esperanza de actuar como partera. De hecho, sólo por ese motivo se había abstenido de hablarles a sus ex colegas del caos creciente que dominaba el edificio. Como se repetía a sí mismo, el colapso presente era quizá una señal de triunfo y no de fracaso. Sin advertirlo, había proporcionado a esta gente un modo de escapar a una nueva vida, y

un modelo de organización social que llegaría a ser el paradigma de todos los futuros rascacielos.

Pero estos sueños de conducir a dos millares de personas hacia una nueva Jerusalén no significaban nada para Anne. Cuando el aire acondicionado y la electricidad empezaron a fallar, y andar a solas por el edificio se hizo peligroso, le anunció a Royal que se marchaban. Aprovechando la preocupación que Royal sentía por ella, y la culpa que lo agobiaba a causa de la crisis del rascacielos, no le costó mucho persuadirlo.

Royal entró en el dormitorio de su mujer para ver cuánto le quedaba por empacar. Dos baúles y una colección de maletas grandes y pequeñas, cofres y bolsos, yacían abiertos en el piso y la cómoda como en el escaparate de una marroquinería. Anne estaba empacando, o desempacando, una de las maletas frente al espejo de la cómoda. Recientemente Royal había notado que su mujer se obstinaba en rodearse de espejos, como si esa multiplicación de su propia imagen le proporcionará algún tipo de seguridad. Anne siempre había dado por supuesta la deferencia del mundo, y las últimas semanas, pese a la relativa seguridad de este apartamento en la cima del edificio, habían sido para ella cada vez más insoportables. Los rasgos infantiles de su carácter habían empezado a aflorar otra vez, como si ella acomodara su conducta a esa generalizada fiesta de no-cumpleaños a la que se veía obligada a asistir como una Alicia reticente. El descenso al restaurante del piso treinta y cinco se había convertido en una ordalía cotidiana, y sólo la perspectiva de marcharse para siempre del apartamento la ayudaba a seguir adelante.

Se levantó y abrazó a Royal. Como de costumbre, sin pensarlo, le rozó con los labios las cicatrices de la frente, como si tratara de leer una síntesis de los veinticinco años que los separaban, una clave de esa vida de Royal que nunca había conocido.

Mientras se recobraba del accidente de coche, sentado de frente a la ventana del ático o haciendo ejercicios de calistenia, Royal había advertido la curiosidad de Helen por estas heridas.

—Qué lío. —Anne echó una mirada esperanzada al despliegue de las maletas—. Terminaré en una hora... ¿Llamaste un taxi?

—Necesitaremos por lo menos dos. Ahora se niegan a esperar, así que no tiene sentido llamarlos hasta que estemos abajo.

Los dos automóviles, el de Helen y el de él, estacionados en la fila más cercana al edificio, habían sido dañados por los propietarios de los pisos inferiores. Las botellas habían fracturado los parabrisas.

Anne volvió a la tarea de empacar.

—Lo importante es que nos vamos. Teníamos que habernos ido hace un mes, cuando yo dije. No acierto a comprender por qué todo el mundo se queda.

—Anne, estamos *marchándonos*...

—Era hora. ¿Y por qué nadie llamó a la policía? ¿O se quejó a los dueños?

—Nosotros somos los dueños. —Royal desvió la mirada, y la sonrisa afectuosa se le endureció en una mueca. A través de las ventanas observó la luz que se desvanecía en los muros de los edificios vecinos. Era inevitable; las críticas de Anne le parecían siempre un comentario sobre él mismo.

Como Royal entendía ahora, Anne nunca sería feliz en la peculiar atmósfera del rascacielos. Hija única de un industrial de provincias, se había criado en el aislado mundo de una extensa finca rural, copia escrupulosa de un *château* del Loire, mantenida por un equipo de criados en el pomposo estilo del siglo diecinueve. En el edificio de apartamentos, en cambio, los criados eran un invisible ejército de termostatos, medidores de humedad y dispositivos automáticos que regulaban el funcionamiento de los ascensores, en una versión harto más sofisticada y abstracta de la relación amo-sirviente. Sin embargo, en el mundo de Anne no sólo era necesario que las tareas se hicieran, sino que se viera cómo las hacían. La progresiva paralización de los servicios del rascacielos y los enfrentamientos entre propietarios rivales habían sido demasiado para ella, acrecentando su inseguridad, sus arraigadas incertidumbres de clase alta a propósito de la estabilidad del sitio que ocupaba en el mundo. Los problemas del bloque de apartamentos habían expuesto sin piedad esos puntos débiles. Cuando la conoció, Royal había dado por supuesto que ella se sentía muy segura de sí misma, pero la verdad era lo contrario: en vez de confiar en sí misma, Anne necesitaba reafirmar una y otra vez que se encontraba en el último peldaño de la escalera.

Comparados con ella, los profesionales que la rodeaban, que todo lo habían conseguido por ellos mismos, eran modelos de suficiencia y aplomo.

Al principio, cuando se mudaron al rascacielos como primeros propietarios, el apartamento sólo era para los dos un *pied a terre* adecuadamente próximo al trabajo de Royal en el proyecto de urbanización. No bien encontraran una casa en Londres se mudarían. Pero Royal pronto advirtió que postergaba la decisión de marcharse. Lo intrigaba la vida en la próxima ciudad vertical, y también esas gentes atraídas por una supuesta funcionalidad impecable. Como primer propietario, dueño del apartamento más alto, se sentía el amo de la mansión, tomando en préstamo una frase poco feliz del repertorio de Anne. La superioridad física que sentía él mismo, como ex campeón de tenis amateur —un título menor, aunque no por eso menos importante—, se había debilitado por supuesto con el curso de los años, pero en cierto modo había vuelto a reanimarse con la presencia de tanta gente que vivía directamente debajo de él, en habitáculos mucho más modestos, sobre cuyos hombros el suyo descansaba con firmeza.

Aun después del accidente, cuando se vio obligado a vender su parte en la

sociedad y retirarse a una silla de ruedas en el ático, había disfrutado de esta renovada sensación de autoridad física. En los meses de la convalecencia, mientras se le curaban las heridas y él se recuperaba, los nuevos propietarios parecían identificarse de algún modo con esos músculos y tendones cada vez más fuertes, con los reflejos cada vez más rápidos, todos trayendo una invisible ofrenda al bienestar de Royal.

Para Anne, en cambio, la continua llegada de nuevos ocupantes era un motivo de estupor e irritación. Había disfrutado de ese apartamento cuando estaban a solas en el edificio, dando por sentado que no vendría nadie más. Viajaba en los ascensores como si fueran las cabinas suntuosamente tapizadas de un funicular privado, nadaba a solas en las tranquilas aguas de las dos piscinas y se paseaba por la galería comercial como única dueña del banco, la peluquería y el supermercado. Desde la llegada del último de los *dos mil* residentes, Anne estaba impaciente por marcharse.

Pero a Royal lo atraían estos nuevos vecinos, ejemplares que superaban cuanto había imaginado antes de la ética puritana del trabajo. Además, sabía por Anne que para esos vecinos él era una figura distante y enigmática, un lisiado en silla de ruedas que ocupaba la cima del rascacielos y mantenía una desaprensiva relación con una mujer rica y joven; la doblaba en años, y se complacía en verla salir con otros hombres. A pasar de esta emasculación simbólica, Royal aún era considerado de algún modo la única persona que conocía la clave del edificio. Las cicatrices de la frente y el bastón de cromo, la chaquetilla que vestía y exhibía como un blanco, parecían ser los elementos de un código que ocultaba la verdadera relación entre el arquitecto de este enorme edificio y los inquietos habitantes. Hasta las siempre inminentes promiscuidades de Anne eran parte del mismo sistema de ironías, la afición de Royal por las situaciones «lúdicas», en las que uno podía arriesgarlo todo sin perder nada.

El efecto que todo esto producía en sus vecinos interesaba a Royal, sobre todo tratándose de disidentes como Richard Wilder, un individuo irritable dispuesto a escalar el Everest sólo porque la montaña era más alta que él, o como el doctor Laing, que se pasaba el día mirando desde el balcón como si estuviera distanciado por completo del edificio, cuando en verdad era probablemente el propietario más auténtico. Al menos Laing sabía a qué atenerse; tres noches antes se habían visto en la obligación de darle a Wilder una lección breve y contundente.

Pensando en la intrusión de Wilder —sólo una entre diversas tentativas de las gentes de abajo, que pretendían asaltar los apartamentos de los pisos superiores—, Royal dejó el dormitorio y examinó los cerrojos de la puerta de entrada.

Anne esperó mientras él permanecía en el corredor desierto. Un murmullo hosco y continuo subía desde los pisos de abajo por los huecos de los ascensores. Anne señaló las tres maletas de Royal: —¿Eso es todo lo que llevas?

—Por ahora sí. Ya volveré a buscar lo que falta.

—¿Volver? ¿Para qué? ¿O preferirías quedarte?

Más para sí mismo que para su mujer, Royal observó: —Primero en llegar, último en irse...

—¿Es una broma?

—*Claro* que no.

Anne le apoyó una mano en el pecho, como si tanteara en busca de una vieja herida. —Todo ha concluido, sabes. Odio decírtelo, pero este lugar no funcionó.

—Quizá no... —El tono conmisericordioso de Anne no era del todo convincente. Sin advertirlo, ella insistía en sacar a la superficie la impresión de fracaso de Royal, temerosa de las resoluciones que él pudiese tomar para probarse a sí mismo que el edificio, al fin y al cabo, era quizá un éxito. Además, los residentes se habían mostrado demasiado dispuestos a aceptarlo como líder.

La participación de Royal en el consorcio se había pagado en gran medida con los trabajos que el padre de Anne le había conseguido, hecho que ella jamás le permitía olvidar, no tanto para humillarlo como para probarle que ella también era importante. Sin embargo, la suerte estaba echada. Era cierto, había ascendido en el mundo en más de un sentido. Tal vez el accidente había sido una insensata tentativa de escapar a la trampa.

Pero todo eso pertenecía ahora al pasado. Royal no ignoraba que se estaban marchando justo a tiempo. En los últimos días la vida en el rascacielos se había vuelto intolerable. Por primera vez los ocupantes de los pisos superiores estaban directamente comprometidos. Esa unánime erosión continuaba, un lento alud psicológico que los arrastraría a todos al fondo.

En apariencia, la vida en el edificio era bastante normal. La mayoría de los ocupantes iba a trabajar todos los días, el supermercado seguía abierto, el banco y la peluquería funcionaban como de costumbre. No obstante, la atmósfera que se respiraba era en verdad la de tres campamentos armados que coexistían en equilibrio inestable. Las posiciones se habían endurecido, y casi no había contactos entre los grupos de arriba, los del medio y los de abajo. En las primeras horas del día era posible andar libremente por el edificio, pero a medida que pasaba la tarde iba haciéndose cada vez más difícil. Al caer la noche ya era imposible moverse. El banco y el supermercado cerraban a las tres. La escuela se había trasladado a dos apartamentos del séptimo, abandonando las aulas destruidas. Solían verse pocos niños más arriba del décimo y mucho menos en el jardín de recreo que Royal había diseñado con tanto cuidado. La piscina del décimo era un pozo de aguas amarillentas y bajas, cubiertas de desechos flotantes. Una de las canchas de tenis estaba cerrada, y en las otras tres se apiñaban desperdicios y muebles escolares rotos. De los veinte ascensores, tres estaban permanentemente fuera de servicio, y durante la noche los restantes se convertían en el medio de transporte exclusivo de los grupos rivales que

lograban capturarlos. En cinco de las plantas no había electricidad. Por la noche las franjas oscuras se extendían en la fachada del rascacielos como los estratos muertos de un cerebro agonizante.

Por fortuna, para Royal y sus vecinos, las condiciones en la zona superior del edificio no habían empeorado de un modo tan brusco. El restaurante había interrumpido el servicio nocturno, pero aún servían un refrigerio frugal todos los días, en las escasas horas en que el reducido personal podía entrar y salir sin peligro. Sin embargo, los dos mozos ya se habían marchado, y Royal presumía que el chef y su mujer no tardarían en seguirlos. La piscina del treinta y cinco aún podía utilizarse, pero el nivel estaba más bajo, y la provisión de agua, lo mismo que la del apartamento, dependía de los caprichos de los tanques y las bombas automáticas.

Desde el ventanal de la sala, Royal observó el parque de estacionamiento. Muchos de esos coches no se habían movido durante semanas. Con los parabrisas destrozados por las botellas, las cabinas colmadas de basura, se alzaban sobre los neumáticos desinflados en medio de un mar de desperdicios que se extendía como una mancha alrededor del rascacielos.

Los testimonios visibles de la decadencia del edificio señalaban además hasta qué punto los residentes aceptaban este proceso de erosión. A veces Royal pensaba que ellos mismos deseaban inconscientemente que la decadencia se agravara todavía más. Había comprobado que la oficina del gerente administrativo ya no era asediada por propietarios coléricos. Hasta los vecinos de los pisos altos, que al principio eran los primeros en quejarse de todo, habían dejado de criticar el edificio. En ausencia del gerente —quien se recuperaba de una postración nerviosa en un apartamento de la planta baja—, los miembros del reducido personal administrativo, las esposas de un técnico de grabaciones y de un primer violinista del tercero, ocupaban estoicamente los escritorios del vestíbulo de entrada, indiferentes al deterioro inexorable que ocurría por encima de ellas.

Lo que fascinaba a Royal era la exagerada crudeza de las reacciones de los residentes, los perjuicios deliberados en los ascensores y acondicionadores de aire, la utilización irresponsable de la electricidad. Esta negligencia a propósito de las comodidades de los propios residentes, señalaba un cambio en las prioridades mentales, y tal vez la emergencia de ese nuevo ordenamiento social y psicológico que Royal estaba esperando. Recordó el ataque a Wilder, quien había reído a carcajadas mientras el grupo de pediatras y académicos lo agredía a garrotazos como una troupe de gimnastas dementes. A Royal el episodio le había parecido grotesco, pero sospechaba que Wilder había sentido una oscura satisfacción cuando lo arrojaron casi inconsciente dentro de un ascensor.

Royal se paseó entre los muebles enfundados. Alzó el bastón y fustigó el aire

enrarecido con un golpe similar al que había utilizado contra Wilder. En cualquier momento llegaría una patrulla policial para llevarse a todo el mundo a la cárcel más cercana. ¿O no? Lo que quizá protegía a los residentes era la naturaleza notoriamente cerrada del rascacielos, una comunidad que se bastaba a sí misma dentro del dominio privado de la nueva urbanización. El gerente y su personal, lo mismo que los empleados del supermercado, el banco y la peluquería, vivían todos en el rascacielos; la poca gente de fuera se había marchado, o la habían despedido. Los ingenieros* que cuidaban del edificio actuaban de acuerdo con las instrucciones del gerente, y era obvio que éste no había abierto la boca. Hasta era posible que les hubiera pedido que no vinieran, pues ningún vehículo de recolección de residuos había aparecido en varios días y muchos conductos estaban atascados.

Pese al caos que proliferaba en torno, los residentes parecían cada vez menos interesados en el mundo exterior. Montones de correspondencia sin clasificar yacían dispersos en el vestíbulo de la planta baja. En cuanto a los desperdicios desparramados alrededor, las botellas rotas y las latas ya invadían prácticamente todo el terreno. Hasta los coches dañados estaban tapados a medias por pilas de materiales de construcción: marcos de madera y montículos de arena que aún no habían sido retirados. Además, como parte de esa conspiración inconsciente para excluir el mundo de fuera, ningún visitante venía al rascacielos. Hacía tiempo que Royal y Anne no invitaban a ningún amigo.

Royal observó los vagos movimientos de su mujer en el dormitorio. Jane Sheridan, la mejor amiga de Anne, había venido de visita y ahora la ayudaba a empacar. Las dos mujeres estaban trasladando una pila de vestidos del ropero a los baúles, y al mismo tiempo devolvían a los estantes blusas y pantalones desechados. En toda esa actividad era difícil discernir si estaba empacando para la partida o desempacando porque acababan de llegar.

—Anne... ¿Te vas o vienes? —^preguntó Royal—. No creo que esta noche podamos resistir mucho.

Anne hizo un gesto de impotencia frente a las maletas medio vacías.

—Es el aire acondicionado —dijo—. No me deja pensar.

—No podrán irse aunque quieran —comentó Jane—. Estamos aislados, por lo que pude ver. Todos los ascensores están en otros pisos.

—¿Qué? ¿Oíste lo que dice? —Anne miró enojada a Royal, como si la desacertada disposición de los ascensores fuera directamente responsable de estos actos de piratería-. Muy bien, nos vamos mañana a primera hora. ¿Qué comemos? El restaurante estará cerrado.

Nunca habían comido en el apartamento. Anne desdeñaba a esas vecinas que se afanaban interminablemente por preparar elaborados manjares.

Lo único que había en el refrigerador era la comida del perro.

Royal se miró en el espejo, ajustándose la chaquetilla blanca. A la luz del crepúsculo la imagen reflejada parecía tener una vibración espectral, como un cadáver iluminado.

—Pensaremos en algo. —Una extraña respuesta, advirtió, que implicaba que había otras fuentes de comestibles además del supermercado. Observó la figura rolliza de Jane Sheridan. Había advertido la expresión apagada de Royal y estaba mirándolo con una sonrisa tranquilizadora. Luego de la muerte del afgano, Royal había decidido cuidar de esta joven amable.

—Es posible que en una hora los ascensores estén libres —les dijo—. Bajaremos al supermercado. —Se acordó del ovejero alemán, que dormía presumiblemente en la cama, y decidió sacarlo a pasear por la terraza.

Anne había empezado a deshacer las maletas. Parecía apenas consciente de lo que hacía, como si le hubieran desconectado una amplia zona del cerebro. Aunque se pasaba el día protestando, nunca había telefonado al gerente del edificio. Quizá creía que ese acto era indigno de ella, pero tampoco había transmitido sus quejas a nadie que viviera fuera del rascacielos.

Mientras lo pensaba, Royal notó que el teléfono de la cama de Anne estaba desenchufado, y que el cable había sido enrollado pulcramente alrededor del auricular.

Paseándose por el apartamento antes de ir a buscar al perro, vio que los otros tres teléfonos externos, en el vestíbulo, la sala y la cocina, también estaban desconectados. Royal comprendió por qué no habían recibido ninguna llamada de fuera en esa semana, y tuvo una clara sensación de seguridad al pensar que nadie los llamaría tampoco en el futuro. Ya adivinaba que a pesar de todas aquellas intenciones expresas no se marcharían a la mañana siguiente ni en ninguna otra.

8

LAS AVES PREDATORIAS

Desde las ventanas abiertas del ático, Royal observaba las enormes aves arracimadas en los cabezales de los ascensores, a quince metros de distancia. Gaviotas de una rara especie, en los últimos meses habían remontado el río y empezaban a congregarse entre los conductos de ventilación y los tanques de agua, infestando los túneles abandonados del jardín de esculturas. Durante la convalecencia, desde la terraza privada, sentado en la silla de ruedas, había visto cómo iban llegando. Más tarde, ya instalado el aparato de calistenia, las aves brincaban por la terraza mientras él hacía ejercicio. En cierto modo las atraía la chaquetilla blanca y el cabello claro de Royal, de tono tan parecido al brillante plumaje de ellas mismas. ¿Suponían tal vez que era un congénere, un viejo albatros imposibilitado que había buscado refugio en esta remota terraza junto al río? A Royal le complacía la idea y lo pensaba a menudo.

Las persianas se mecían en la brisa del atardecer. El ovejero alemán había escapado para cazar por su cuenta en esa extensión de ciento cincuenta metros de largo. Ahora que había concluido el verano, eran pocos los que subían a la terraza. Los restos de un toldo que habían utilizado para un cóctel al aire libre yacían en la alcantarilla al pie de la balaustrada, ensuciados por la lluvia. Las gaviotas, las alas plegadas y la cabeza erguida, se paseaban entre los trozos de queso desparramados alrededor de una caja de cartón. Las palmeras de las macetas habían sido descuidadas durante meses, y todo el lugar se parecía cada vez más a un jardín silvestre.

Royal bajó a la terraza. Disfrutaba de la mirada hostil de las aves posadas en los cabezales. Una atmósfera de renovada barbarie flotaba sobre las sillas volcadas y las palmeras marchitas, sobre el par de anteojos enjoyados al que habían quitado los brillantes. ¿Qué atraía a las aves a este aislado reino de la terraza? Cuando Royal se acercó, un grupo de gaviotas se zambulló en el aire, bajando para apresar las sobras arrojadas desde un balcón diez pisos más abajo. Se alimentaban de los desechos que tiraban al parque de estacionamiento, pero a Royal le gustaba creer que los motivos por los que se habían instalado en la terraza no eran diferentes de los suyos, y que habían volado hasta aquí desde un paisaje arcaico, respondiendo a la misma imagen de violencia sagrada que le parecía inminente. Temeroso de que se marcharan, con frecuencia les traía comida, como para convencerlas de que valía la pena esperar.

Empujó el portón herrumbrado del jardín. Del nicho de una lámpara de adorno sacó una caja de cereales, reservada para el ovejero. Se puso a esparcir los granos entre los túneles de cemento y las formas geométricas de las esculturas. Diseñando el

jardín, había sentido una particular satisfacción, y deploraba que los niños ya no lo utilizaran. Al menos estaba al alcance de las aves. Las gaviotas lo seguían ávidamente, batiendo las alas y casi trancándole la caja de cereal de las manos.

Apoyándose en el bastón, Royal cojeaba entre los charcos de agua del piso de cemento. Siempre había deseado un zoológico propio, con media docena de grandes gatos y sobre todo una enorme pajarera, con muchas especies de aves. A lo largo de los años había bosquejado los planos de numerosos zoológicos, uno de ellos — irónicamente— alto como un rascacielos, para que las aves pudieran moverse con libertad por esas zonas del cielo que eran el verdadero hogar de todas ellas. Los zoológicos, y la arquitectura de vastas construcciones, siempre habían interesado particularmente a Royal.

El cuerpo empapado de un gato siamés yacía en la alcantarilla donde lo habían acorralado las aves. El pequeño animal había trepado por un conducto de ventilación desde el cálido bienestar de un apartamento, bañándose en la luz del día durante unos pocos segundos antes que las aves lo destruyesen. Junto al gato había una gaviota muerta. Royal la recogió, sorprendido por el peso del animal, corrió unos pasos tomando impulso y la arrojó al cielo. La gaviota se precipitó a tierra en un descenso casi interminable, hasta que estalló como una bomba blanca sobre el capot de un coche.

Nadie lo había visto, pero a Royal tampoco le habría importado. Aunque la conducta de sus vecinos le interesaba mucho, le era difícil no mirarlos de arriba abajo. En los cinco años de matrimonio con Anne había adquirido toda una nueva serie de prejuicios. Admitía de mala gana que desdeñaba a los otros residentes por la docilidad con que habían aceptado los sitios que les habían asignado en el rascacielos, por el exage rado sentido de la responsabilidad que todos ellos exhibían y por no ser demasiado excéntricos. Pero los despreciaba ante todo porque eran gente de buen gusto. El edificio mismo era un monumento al buen gusto, a la cocina bien diseñada, a las telas y utensilios sofisticados, a los muebles elegantes y nunca ostentosos, en síntesis a toda la sensibilidad estética que estos cultos profesionales habían heredado de las escuelas de diseño industrial, de todos los cánones de decoración interior institucionalizados y galardonados por el último cuarto de siglo. Royal aborrecía esa ortodoxia de los inteligentes. Cuando visitaba los otros apartamentos, sentía una repulsión física observando los contornos de una estilizada cafetera, la armonía de los matices cromáticos, el buen gusto y la inteligencia que habían transformado, como Midas, todos los elementos de esas habitaciones en una boda ideal entre la función y el diseño. En cierto modo, esas gentes eran la vanguardia de un culto y acaudalado proletariado del futuro, encapsuladas en costosos apartamentos de mobiliario elegante e inteligentes toques, y sin posibilidad de evadirse. Royal habría dado cualquier cosa por una estatuilla vulgar, por un lavabo

cuya blancura no reluciera como la nieve, por un destello de esperanza. Gracias a Dios que al fin iban a fugarse de esa prisión revestida de pieles.

A ambos lados, el cemento humedecido por la lluvia se perdía en la neblina del atardecer. El ovejero blanco no estaba a la vista. Royal había llegado al centro de la terraza. Las gaviotas posadas en los conductos de ventilación y los cabezales de los ascensores lo observaban con ojos inusitadamente alertas. Temiendo que hubiesen devorado al perro, Royal pateó una silla volcada y fue hacia la escalera gritando el nombre del animal.

A tres metros de la terraza privada, en el extremo sur del tejado, una mujer madura vestida con un largo abrigo de piel estaba de pie junto a la balaustrada. Tiritando continuamente, observaba el lomo plateado del río más allá de los edificios en construcción. Un trío de barcas seguía a un remolcador corriente arriba, y una lancha de la policía navegaba a lo largo de la ribera norte.

Al acercarse, Royal reconoció a la viuda del joyero. ¿Estaba aguardando la llegada de la policía, ya que un orgullo demasiado perverso le impedía llamarlos? Estuvo a punto de preguntarle si había visto el ovejero alemán, pero ya sabía que ella no iba a responder. La cara de la mujer estaba impecablemente maquillada, aunque a través del polvo y el rouge asomaba una expresión de hostilidad externa, una mirada dura como el dolor. Royal empuñó el bastón con firmeza. Las manos de la mujer permanecían ocultas, y él llegó a pensar que debajo del abrigo los dedos enjorjados aferraban un par de cuchillos desnudos. Por algún motivo se le ocurrió de pronto que ella era culpable de la muerte del marido, y que en cualquier momento se le echaría encima para arrojarlo por encima del parapeto. Al mismo tiempo, descubrió que deseaba tocarla, abrazarla por los hombros, impulsado por una especie de torcida sexualidad. Durante un instante grotesco tuvo la tentación de desnudarse delante de ella.

—Estoy buscando el ovejero de Anne —explicó con voz sumisa. La mujer no respondió y él dijo entonces—: Hemos resuelto quedarnos.

Confundido por las reacciones que esta mujer acongojada provocaba en él, Royal se volvió y bajó las escaleras hasta el piso siguiente. Pese al dolor que sentía en la pierna avanzó con rapidez por el pasillo, golpeando las paredes con el bastón.

Cuando llegó al vestíbulo central los ladridos frenéticos del ovejero retumbaron inconfundibles en el hueco del ascensor más cercano. El ascensor estaba detenido en el piso quince, con las puertas atascadas, y el ovejero gruñía y brincaba dentro. Royal pudo oír los pesados golpes de una barra metálica contra el suelo y las paredes, y los gritos de tres atacantes —entre ellos una mujer— que golpeaban al animal.

Cuando el perro dejó de gimotear, el ascensor respondió al fin a la presión del botón. Subió hasta el piso cuarenta y las puertas se abrieron y mostraron al perro apenas consciente, arrastrándose en el piso ensangrentado. La cabeza y el lomo del

animal estaban empapados de sangre. Unos mechones de pelo manchaban las paredes de la cabina.

Royal trató de ayudarlo, pero el ovejero le soltó un mordisco asustado por el bastón. Un grupo de vecinos se acercó esgrimiendo diversas armas: raquetas de tenis, barras de acero, bastones. Fueron apartados por un amigo de Royal, un ginecólogo llamado Pangbourne que vivía en el apartamento próximo al vestíbulo central. Compañero de natación de Anne, a menudo jugaba con el perro en la terraza.

—Deja que lo mire... Pobre diablo, cómo te han maltratado esos salvajes... —Se escurrió en el ascensor y se puso a calmar al perro—. Lo llevaremos a tu apartamento, Royal. Luego sugiero que discutamos la posición del ascensor.

Pangbourne se hincó de rodillas en el suelo, hablándole al perro con unos silbidos extraños. Hacía semanas que el ginecólogo le pedía a Royal que hiciese algo en las llaves maestras del sistema electrónico, como represalia contra los pisos inferiores. Este presunto poder sobre el rascacielos era la razón principal de la autoridad de Royal entre los demás residentes, aunque sospechaba que Pangbourne sabía bien que él nunca trataría de aprovechar esta situación. El ginecólogo, de manos suaves y modales de consultorio, incomodaba ligeramente a Royal. Daba la impresión de que estuviese siempre a punto de poner a alguna paciente incauta en una postura obstétrica comprometedora. Sin embargo, Pangbourne pertenecía a esa nueva generación de ginecólogos que nunca tocaban a los pacientes, y que por cierto no intervenían en los partos. La especialidad de Pangbourne era el análisis computado del llanto de los recién nacidos, procedimiento que le permitía diagnosticar infinidad de males futuros. Jugeteaba con estas cintas grabadas como un joven arúspice que examina las entrañas de un animal. De un modo característico, la única relación amorosa de Pangbourne en el rascacielos había sido una investigadora de laboratorio del segundo, una morena parca y delgada que tal vez se pasaba todo el tiempo atormentando a pequeños mamíferos. Pangbourne había interrumpido esa relación poco después de las primeras hostilidades.

No obstante, sabía como tratar al ovejero herido. Royal esperó mientras el ginecólogo tranquilizaba al perro y le examinaba las heridas. Le tomó el hocico entre las manos blancas como si acabara de librar a la pobre bestia de una membrana fetal. Entre Royal y él, un poco levantándolo y un poco arrastrándolo, llevaron al perro al apartamento del arquitecto.

Por fortuna, Anne y Jane Sheridan habían ido al supermercado del décimo, tomando el único ascensor que llegaba a todos los pisos.

Pangbourne depositó al perro sobre un sofá enfundado.

—Me alegra que estuvieras aquí —le dijo Royal—. ¿Hoy no tenías consultorio?

Pangbourne acarició la cabeza hinchada del ovejero; la sangre hacía aún más delicadas las manos blanquecinas. —Sólo voy dos mañanas por semana, con eso me

sobra para escuchar las últimas grabaciones. Si no, me quedo de guardia aquí. —Miró a Royal a los ojos—. Yo en tu lugar, vigilaría un poco a Anne, a menos que quieras que ella...

—Un buen consejo. ¿Nunca pensaste en marcharte? Las condiciones actuales...

El ginecólogo miró a Royal con el ceño fruncido, como preguntándose si le hablaba en serio.

—Acabo de mudarme aquí. ¿Por qué hacer concesiones a esa gentuza? —Señaló enfáticamente el suelo con el dedo manchado de sangre.

Impresionado por la determinación de este hombre puntilloso y refinado, decidido a defender su territorio, Royal lo acompañó hasta la puerta, dándole las gracias y prometiéndole que discutiría con él el sabotaje de los ascensores. Durante la media hora siguiente, limpió las heridas del ovejero. Por último el perro se echó a dormir, pero las manchas de sangre sobre la funda hacían que Royal se sintiese cada vez más inquieto. La agresión había liberado en él un casi consciente deseo de conflicto. Hasta entonces había sido una influencia conciliadora, impidiendo que algunos vecinos recurrieran a represalias inútiles. Ahora quería un enfrentamiento a cualquier precio.

En algún balcón de abajo estalló una botella, una breve explosión sobre un fondo creciente y estruendoso de tocadiscos, alaridos y martilleos. La luz se desvanecía ya en el apartamento, y los muebles amortajados flotaban alrededor como cabezas de tormenta. Había pasado la tarde, y pronto se iniciaría el período de peligro. Pensando en Anne, que tenía que regresar desde el décimo, Royal se volvió para salir del apartamento.

Al llegar a la puerta, se detuvo, con una mano apoyada sobre el reloj de pulsera. Estaba tan preocupado por Anne como siempre —en todo caso se sentía más posesivo—, pero decidió dejar que pasara media hora antes de ir a buscarla. De un modo perverso, esto incrementaba el peligro, la posibilidad de una confrontación. Se paseó con calma por el apartamento, advirtiendo los teléfonos en el suelo y los cables cuidadosamente enrollados. Aunque la sitiaran en alguna parte, Anne no podría llamarlo.

Mientras esperaba la oscuridad, Royal subió al ático y observó las gaviotas posadas en los cabezales de los ascensores. En el atardecer, las plumas relucían con un blanco vibrante. Como pájaros crepusculares que esperan entre las cornisas de un mausoleo, batían las alas contra la ósea superficie del hormigón. Como excitadas por el confuso estado de Royal, de pronto se elevaron en el aire. Royal pensó en su mujer, en las posibles agresiones, y una fiebre casi sexual de peligro y venganza le atenazó los nervios. En veinte minutos más saldría del apartamento y la muerte bajaría por los huecos del edificio, el crimen descendería. Deseó poder llevarse los pájaros con él. Alcanzaba a imaginarlos zambulléndose por los huecos de los ascensores, volando en espiral sobre las escaleras para irrumpir en los pasillos. Observó cómo revoloteaban

por el aire, y oyó cómo gritaban mientras pensaba en la violencia próxima.

9

EN LA ZONA DE COMBATE

A las siete Anthony Royal salió en busca de su mujer, acompañado por el ovejero blanco. El perro se había recobrado en parte de los golpes y lo precedía arrastrando una pata. La pelambre húmeda estaba marcada por una vivida florescencia carmesí. Como las manchas de sangre en la chaquetilla blanca, estas señales de combate enorgullecían a Royal. Lo mismo que el perro, tenía sangre en el pecho y las caderas, insignias de un atuendo de verdugo que aún estaba por diseñarse.

Inició el descenso hacia las profundidades del edificio en el vestíbulo de los ascensores rápidos. Un grupo de vecinos excitados acababa de salir de un ascensor. Cuatro pisos más abajo una partida de propietarios del quince había saqueado un apartamento. Estas incursiones esporádicas eran cada vez más frecuentes. Los apartamentos que quedaban vacíos, aunque sólo fuera por un día, eran los más vulnerables. Un inconsciente sistema de comunicación advertía a los merodeadores que doce pisos más arriba o más abajo había un apartamento disponible para el saqueo.

No sin dificultad Royal encontró un ascensor que lo condujo al piso treinta y cinco. El restaurante estaba cerrado. Después de servir un último almuerzo a los Royal, el chef y su mujer se habían marchado para siempre. Las sillas y las mesas estaban apiladas alrededor de la cocina en una barricada, y habían cerrado con candado la puerta giratoria. Las amplias ventanas panorámicas tenían las persianas bajas y aseguradas con cadenas, y las sombras ocultaban el extremo norte de la piscina.

El último nadador, un analista de mercado del piso treinta y ocho, se iba de la piscina. Su mujer esperaba con aire protector fuera del cubículo. Mientras él se cambiaba, ella observó al ovejero alemán, que lamía el agua de las baldosas sucias de musgo junto al trampolín. Cuando el perro orinó contra la puerta de un cubículo vacío, la mujer lo miró con una cara inexpresiva. Royal sintió un modesto orgullo por ese acto, que daba nueva vida a un primitivo reflejo territorial. El cubículo marcado con la orina reluciente del perro señalaba el pequeño territorio que desde ahora pertenecía a Royal.

Royal continuó buscando durante una hora, descendiendo cada vez más en el sector intermedio del rascacielos. Al pasar de un piso a otro, de un ascensor a otro, comprendió la magnitud de los daños. La rebelión de los residentes contra el edificio parecía ya incontenible. La basura se acumulaba junto a las bocas atascadas de los

incineradores. Las escaleras estaban cubiertas de vidrios rotos, sillas de cocina astilladas y tramos de barandilla; y los teléfonos públicos de los corredores habían sido arrancados, como si los propietarios, lo mismo que Anne y Royal, hubieran convenido en interrumpir todo contacto con el mundo exterior.

Cuanto más descendía, más destrozos encontraba. Puertas de emergencia desvencijadas, miradores de cuarzo destrozados a puñetazos. Las luces escaseaban en las escaleras y pasillos, y nadie se había preocupado por reemplazar las lámparas rotas. A eso de las ocho la luz natural ya no entraba en los corredores, que se transformaban en túneles oscuros sembrados con bolsas de residuos. Los perfiles espectrales de los lemas inscritos con pintura luminosa se multiplicaban en las paredes de alrededor como el decorado de una pesadilla.

Grupos rivales de residentes merodeaban por los vestíbulos, custodiando los ascensores y observándose a lo largo de los pasillos. Casi todas las mujeres llevaban radios portátiles colgadas del hombro, pasando de una emisora a otra como si se entrenaran para una guerra acústica. Otros llevaban cámaras y flashes, listos para registrar cualquier acto de hostilidad, cualquier incursión invasora.

Cambiando de ascensor y parando cada dos pisos, Royal llegó por fin a los niveles inferiores del rascacielos. Nadie lo molestó. Lo miraban entrar en el vestíbulo de cada planta y se apartaban de él dejándolo pasar. El ovejero herido y la chaquetilla manchada de sangre le permitían pasearse libremente entre las filas enemigas, como un terrateniente traicionado que ha bajado del castillo y exhibe sus heridas a unos feudos rebeldes.

Cuando llegó al décimo, la galería estaba casi desierta. Unas pocas personas vagabundeaban por el corredor, los ojos clavados en los mostradores vacíos. El banco y la licorería habían cerrado y las puertas estaban aseguradas con cadenas. No había rastro de Anne. Royal llevó al ovejero alemán a la piscina, que apenas tenía agua. En la superficie amarilla había basuras y desperdicios, y el suelo de la parte baja emergía como la playa de un lago de desechos. Un colchón flotaba entre las botellas, rodeado de periódicos y cajas de cartón.

Aquí hasta un cadáver habría pasado inadvertido, reflexionó Royal. Mientras el ovejero alemán olisqueaba los vestuarios destrozados, Royal golpeó el aire húmedo con el bastón, tratando de volverlo a la vida. Pronto se sentiría sofocado, en esta parte baja del edificio. Aun durante esta breve visita, se había sentido abrumado por la presión de toda la gente que había encima de él, por esos miles de vidas individuales, todas en un espacio-tiempo confinado.

Desde el vestíbulo del extremo de la piscina llegó un griterío. Azuzando al perro, Royal caminó hacia la puerta trasera, detrás de los trampolines. A través de las puertas de vidrio observó una acalorada discusión frente a la escuela. Eran unas

veinte personas, hombres y mujeres de los pisos inferiores que intentaban llevarse escritorios y sillas, una pizarra y un caballete; un grupo rival trataba de impedir que ocuparan de nuevo las aulas.

Las primeras escaramuzas se iniciaron en seguida. Incitados por un técnico de montaje que enarbolaba un escritorio por encima de la cabeza, el grupo de padres avanzó con determinación. Los que se oponían, gente del once y el doce, se mantuvieron firmes, alineados en un cordón jadeante. Muy pronto se desencadenó una riña alborotada en la que hombres y mujeres forcejeaban torpemente.

Royal contuvo al animal, decidiendo dejar que los contrincantes se arreglaran entre ellos. Se volvía para reanudar la búsqueda de Anne cuando las puertas del vestíbulo se abrieron de golpe. Un grupo de residentes, todos de los pisos catorce y quince, irrumpió lanzándose en medio de la pelea. Los conducía Richard Wilder, empuñando la cámara como un estandarte. Royal pensó un momento que Wilder estaba filmando un episodio para el documental del que tanto hablaba, y que él mismo había planeado toda la escena. Pero Wilder se encontraba en medio de la estacada, manipulando agresivamente la cámara mientras azuzaba a sus nuevos aliados contra sus ex vecinos. Los incursos se atropellaron retrocediendo hacia las escaleras y los padres dejaron caer los escritorios y la pizarra.

Wilder cerró la puerta detrás del grupo. Expulsar a quienes habían sido sus vecinos y amigos le había dado sin duda una enorme satisfacción. Agitando la cámara, señaló el aula de la escuela. Dos mujeres jóvenes, la esposa de Royal y Jane Sheridan, estaban agazapadas detrás de un escritorio volcado. Como niñas sorprendidas en una travesura, observaban las teatrales gesticulaciones de Wilder.

Sujetando con fuerza la correa del ovejero, Royal empujó las puertas de vidrio. Se abrió paso entre la multitud, ahora dedicada a destrozar alegremente los escritorios de los niños.

—Está bien, Wilder —gritó con voz firme pero contenida—. Yo me haré cargo.

Pasó junto a Wilder y entró en el aula. Ayudó a Anne a ponerse de pie. —Yo te sacaré de aquí... no te preocupes por Wilder.

—Yo no... —Teniendo en cuenta las pruebas por las que había pasado, la serenidad de Anne era sorprendente. Miraba a Wilder con evidente perplejidad—. Por Dios, se ha vuelto loco...

Royal esperó el ataque de Wilder. Pese a los veinte años que los separaban, se sentía tranquilo y dueño de sí mismo, listo para un enfrentamiento. Pero Wilder no intentó moverse. Observaba a Royal con interés, palmeándose una axila de un modo casi bestial, como si le satisficiera ver a Royal aquí abajo, al fin directamente comprometido en la lucha por el territorio y las mujeres. Llevaba la camisa abierta hasta la cintura, exponiendo un torso de barril que mostraba con cierto orgullo. Se

apoyaba la cámara contra la mejilla como si estuviera imaginando el decorado y la coreografía de un duelo complejo que en el momento adecuado se libraría en el lugar más alto del edificio.

Esa noche, una vez que regresaron al apartamento del piso cuarenta, Royal se dedicó a reafirmarse como líder de los niveles superiores del rascacielos. En primer lugar, mientras Anne y Jane Sheridan, descansaban juntas en el apartamento, Royal atendió al ovejero alemán. En la cocina le dio de comer lo que quedaba del alimento para perros. Las heridas del lomo y la cabeza eran duras ahora como monedas. A Royal lo exasperaban más las lesiones del perro que cualquier indignidad a que hubiese sido sometida su mujer. Al postergar deliberadamente la búsqueda de Anne, casi había hecho cierta esa ordalía. Tal como esperaba, ella y Jane no habían podido encontrar un ascensor al salir del supermercado. En el vestíbulo, un hombre borracho, un ingeniero de grabación, había intentado molestarlas y ellas se habían refugiado en el aula vacía.

—Ahí abajo están rodando sus propias películas —le dijo Anne, obviamente deslumbrada por la dura experiencia de lo que ocurría y se representaba en los niveles inferiores—. Cada vez que aporrean a alguno hay diez cámaras filmándolo.

—Las pasan en la sala de proyección —confirmó Jane—. Se apretujan allí para ver las peleas de todos los otros.

—Excepto Wilder. Está esperando a que ocurra algo realmente espantoso.

Las dos mujeres se volvieron involuntariamente hacia Royal, pero él se apartó. Oscuramente, era afecto por Anne lo que lo había impulsado a exponerla a los vecinos de abajo, como una contribución al nuevo reino que crearían juntos. El ovejero alemán pertenecía en cambio a un mundo más práctico. Royal comprendía ya que el perro podía serle útil, de un valor comercial superior al de cualquier mujer, en el futuro próximo. Decidió no librarse de la chaquetilla ensangrentada; le complacería llevar la sangre del perro contra el pecho. Rechazó todas las ofertas de las vecinas que querían limpiarle la chaquetilla y que habían venido a confortar a las dos mujeres.

Las vejaciones soportadas por el ovejero y la mujer de Royal habían transformado el apartamento en foco natural de las discusiones de los vecinos, decididos a reconquistar la iniciativa antes que los acorralasen en la terraza del rascacielos. Le habló a Pangbourne de la importancia de contar con el apoyo de los propietarios de pisos cercanos, debajo del treinta y cinco.

—Para sobrevivir, necesitamos aliados, que contengan los ataques de los pisos de abajo, y así disponer de más ascensores. El peligro es que quedemos aislados de la masa central del edificio.

—De acuerdo —convino el ginecólogo, contento de ver que Royal había despertado al fin a la realidad—. Una vez que afirmemos nuestra posición podríamos

azuzar a esa gente contra los de más abajo. En otras palabras, balcanizar el sector intermedio y luego iniciar la colonización de todo el edificio.

Retrospectivamente, Royal se sorprendió de la facilidad con que lograron llevar a cabo este plan elemental. A las nueve, antes del comienzo de las fiestas nocturnas, se dedicó a convencer a los que vivían debajo del treinta y cinco. Pangbourne insistió con pericia en los posibles perjuicios. Esta gente compartía muchos de los problemas de los de arriba: también les habían destrozado los coches, y tenían las mismas luchas con el agua y el aire acondicionado, cada día más escasos. Con una generosidad premeditada, Royal y Pangbourne les ofrecieron los ascensores de los pisos altos. Para subir a los apartamentos ya no tendrían que entrar por el vestíbulo principal y exponerse a los peligros de treinta pisos intermedios. Ahora esperarían a que apareciese un vecino de arriba, entrarían con él en el vestíbulo privado y subirían directamente al piso treinta y cinco sin ninguna molestia. Luego bajarían unos pocos escalones hasta los apartamentos.

La oferta fue aceptada, y Royal y Pangbourne tuvieron la sagacidad de no pedir nada a cambio. Los delegados regresaron al piso cuarenta y allí se dispersaron hacia sus respectivos cuarteles, a prepararse para las reuniones nocturnas. En la última hora habían ocurrido algunos incidentes triviales: a la mujer de un ejecutivo del piso veintiocho la habían empujado a la piscina casi vacía, y ella se había desmayado; luego habían agredido a una radióloga del séptimo, entre los secadores de la peluquería. Pero dentro de ciertos límites todo era normal en el rascacielos. A medida que la noche avanzaba, el bullicio continuo de las fiestas fue invadiendo el edificio. Empezando por los» pisos inferiores, las reuniones proliferaron envolviendo el rascacielos en una armadura de luz y festividad. Sentado en el balcón, Royal escuchaba la música y las risas ascendentes mientras esperaba a que las dos mujeres terminaran de vestirse. Abajo, un coche cruzó la carretera hacia el rascacielos más próximo, y los tres ocupantes alzaron los ojos observando los centenares de balcones atestados. Cualquiera que contemplara esta nave de luces daría por sentado que las dos mil personas a bordo convivían en un estado de euforia corporativa.

Alentadas por esta atmósfera, Anne y Jane se habían repuesto con rapidez. Anne ya no hablaba de marcharse del rascacielos, y parecía no recordar que hubiera tomado esa decisión. Luego de la confusión y el tumulto en la escuela, se sentía unida de algún modo con los otros propietarios del edificio. En el futuro, la violencia se transformaría sin duda en una valiosa forma de cohesión social. Cuando Royal las llevó a la primera fiesta de la noche, en el apartamento de un periodista del treinta y siete, ella y Jane se pasearon del brazo y escucharon con entusiasmo los informes sobre nuevos enfrentamientos y la noticia de que dos pisos más, el sexto y el catorce, estaban ahora a oscuras.

Pangbourne felicitó a Royal, casi como si lo creyera responsable. Nadie, ni siquiera en los pisos altos, parecía advertir el contraste entre la dilapidación del edificio y la pulcritud de los residentes. A lo largo de los corredores atestados de desperdicios, frente a las bocas de incinerador atascadas y los ascensores arruinados, se movían hombres con chaquetas de noche bien cortadas. Mujeres elegantes caminaban levantándose las faldas entre restos de botellas rotas. El aroma de las lociones caras se mezclaba con la pestilencia de la basura.

La extravagancia de estos contrastes complacía a Royal, pues mostraban hasta qué punto estos profesionales cultos y aplomados habían olvidado lo que era una conducta razonable. Recordó su propia confrontación con Wilder, que resumía todas las fuerzas en conflicto dentro del rascacielos. Wilder obviamente había vuelto a escalar el edificio, y había conseguido llegar al piso quince. En verdad, no tendría que haber nadie en el rascacielos excepto Wilder y él. El verdadero duelo se resolvería en los corredores vacíos y los apartamentos abandonados del edificio que llevaban en la mente, observados sólo por los pájaros.

Ahora que Anne había aceptado la situación, la amenaza de violencia que había en el aire parecía haberla madurado. De pie junto al hogar de la sala del periodista, Royal la observaba con afecto. Anne ya no flirteaba con los ejecutivos maduros y los jóvenes empresarios, sino que escuchaba atentamente al doctor Pangbourne como si comprendiera que el ginecólogo podía serle útil y no sólo por sus habilidades profesionales. Aunque aún le complacía exhibir a Anne ante los otros residentes, Royal sentía ahora la necesidad de protegerla. Esta territorialidad sexual incluía también a Jane Sheridan.

—¿Has pensado en mudarte a nuestro apartamento? —le preguntó—. El tuyo está demasiado expuesto.

—Me gustaría... Anne me lo mencionó. Ya estuve llevando algunas cosas.

Royal bailó con ella en el vestíbulo atiborrado de basura, palpándole abiertamente las caderas y los muslos, como si este inventario estableciera su derecho a esas zonas del cuerpo de Jane en una fecha futura.

Horas más tarde, pasada la medianoche, cuando a Royal le parecía que estas fiestas habían comenzado hacía siglos, se encontró borracho en un apartamento vacío del piso treinta y nueve. Estaba tendido en un canapé con Jane apoyada en el hombro, rodeado por mesas con copas y ceniceros sucios, todos los desechos de una fiesta abandonada. El estrépito de esporádicos actos de violencia dominaba la música de los balcones vecinos. En alguna parte un grupo de residentes gritaba a voz en cuello golpeando las puertas de un ascensor.

Un apagón los había dejado sin luz. Royal yacía en la oscuridad, tratando de calmarse la mente, que rotaba con lentitud contra las luces del rascacielos vecino. De

pronto empezó a acariciar a Jane, rozándole los pechos opulentos. Ella no intentó apartarse. Unos momentos después, cuando volvió la electricidad, encendiendo una lámpara en el suelo del balcón, Jane reconoció a Royal y se tendió sobre él.

Royal oyó un ruido en la cocina y volvió los ojos. Anne estaba sentada a la mesa, una mano apoyada en la cafetera eléctrica que empezaba a calentarse. Royal rodeó con los brazos a Jane y la estrechó con deliberada lentitud, como si repitiera una escena en cámara lenta para Anne. Sabía que ella los veía, pero se quedó tranquilamente sentada a la mesa de la cocina, fumando un cigarrillo. Durante el coito que vino luego, Anne los observó con un silencio aprobatorio que no era una reacción ahora de moda a la infidelidad marital, sino, por lo que Royal llegó a comprender, una solidaridad de clan, una completa sumisión al jefe de la tribu.

10 EN LAGO SECO

Poco después del alba, a la mañana siguiente, Robert Laing estaba sentado en el balcón del piso veinticinco, tomando un desayuno frugal y atento a los primeros indicios de actividad en los apartamentos próximos. Unos pocos residentes ya dejaban el edificio para ir a trabajar, avanzando entre los desechos hacia los coches salpicados de basura. Todos los días varios cientos de personas partían hacia sus oficinas y estudios, aeropuertos y salas de subasta. Pese a la escasez de agua y calefacción, hombres y mujeres iban bien vestidos y acicalados, como si nada hubiera ocurrido en las semanas últimas. No obstante, sin darse cuenta, muchos de ellos se pasaban buena parte del día durmiendo en los escritorios de las oficinas.

Laing comió una rebanada de pan con metódica lentitud. Sentado en las baldosas resquebrajadas del balcón, se sentía como un pobre peregrino que hubiese emprendido un arriesgado viaje vertical y ahora celebrase un rito simple pero significativo en un altar al borde del sendero.

La noche anterior había sido testigo de un caos total: grupos de borrachos, riñas, el saqueo de apartamentos vacíos y ataques a todo residente aislado. Varios pisos más estaban a oscuras, incluyendo el veintidós, donde vivía su hermana Alice. Casi nadie había dormido. Asombrosamente, pocos parecían fatigados, como si el orden cotidiano estuviera adaptándose a una existencia nocturna. Laing sospechaba que el insomnio de muchos de sus vecinos había sido un recurso inconsciente para prepararse a afrontar esta emergencia. Por su parte se sentía alerta y confiado. A pesar de los magullones de los brazos y los hombros, se encontraba *en* buen estado físico. A las ocho decidió darse un baño y salir para la escuela médica.

Laing había pasado las primeras horas de la noche ordenando el apartamento de Charlotte Melville, que había sido saqueado mientras ella y su hijo estaban refugiados en las habitaciones de unos amigos. Más tarde, había ayudado a custodiar un ascensor que sus vecinos capturaron durante unas pocas horas. No habían ido a ninguna parte: una vez que se conseguía un ascensor lo que importaba era conservarlo un tiempo, en un efectivo intervalo psicológico.

La noche había comenzado, como de costumbre, con una fiesta ofrecida por Paul Crosland, locutor de televisión y ahora jefe de clan. Crosland se había demorado en los estudios, pero sus huéspedes pudieron verlo mientras transmitía las noticias de las nueve, comentando con su voz familiar y bien modulada un choque múltiple de automóviles donde habían muerto seis personas. Mientras sus vecinos se agolpaban

alrededor del televisor, Laing esperaba a que Crosland aludiera a los hechos no menos calamitosos que se sucedían en el edificio, la muerte del joyero (ahora totalmente olvidada), y la división de los propietarios en bandos rivales. Quizás al final del noticiario añadiera un mensaje especial para los miembros del clan, que en ese momento tomaban una copa entre las bolsas de residuos de la sala.

A la hora en que llegó Crosland, que entró en el apartamento con chaqueta de cuero y botas de piloto de guerra, como si regresara de una misión, todos estaban ebrios. Sonrojada y exultante, Eleanor Powell caminó tambaleándose hacia Laing, señalándolo y acusándolo de tratar de asaltarla en el apartamento. Todos festejaron esta noticia, como si la violación fuera un medio valioso y eficaz de cohesionar a los miembros de la tribu.

—Un índice bajo de crímenes, doctor —le dijo ella amablemente—, es un signo de depreciación social.

Bebiendo despreocupado una copa tras otra, Laing sintió las punzadas del alcohol en el cerebro. Sabía que estaba excitándose a propósito, reprimiendo cualquier reserva acerca del sentido común de personas como Crosland. En la práctica, estar borracho era casi el único modo de intimar con Eleanor Powell. Sobria, se ponía tediosa y sensiblera, y vagaba por los corredores con aire ausente como si hubiera perdido las llaves de la memoria. Después de unas copas se excitaba, y parecía un monitor de televisión descompuesto, proyectando pantallazos de programas extraordinarios que Laing sólo podía comprender cuando él también estaba ebrio. Aunque ella se obstinaba en tergiversar todo lo que él decía, mientras pisoteaba las bolsas de residuos que había debajo del bar, él la ayudó a mantenerse en pie, excitado por esas manos que jugueteaban con sus solapas. No era la primera vez que Laing sospechaba que tanto él como sus vecinos se busaban dificultades como un medio efectivo de dar variedad a la vida sexual.

Laing vació la cafetera por encima de la balaustrada. Un rocío grasiento perlaba la fachada del edificio, residuo de la cascada de desechos que se arrojaban por los balcones sin que a nadie le preocupara que el viento los metiese en los apartamentos de abajo. Llevó la bandeja del desayuno a la cocina.

La falta de electricidad había echado a perder los alimentos del refrigerador. Botellas de leche cortada se alineaban en una hilera mohosa. La manteca rancia goteaba entre los enrejados. El olor de estos alimentos putrefactos no dejaba de tener algún atractivo, pero Laing abrió una bolsa de plástico y echó todo adentro. Luego arrojó la bolsa a la penumbra del corredor, junto a otra docena de bolsas.

Un grupo de vecinos vociferaba furiosamente en el vestíbulo del ascensor, discutiendo con unas gentes del piso veintiocho. Crosland bramaba agresivamente en el hueco del ascensor vacío. Normalmente, a estas horas del día, Laing no le habría

hecho caso. Muy a menudo Crosland peleaba y discutía sin saber por qué; reñir era ya pretexto suficiente. Sin el maquillaje, la expresión de afrenta en el rostro de Crosland hacía que pareciese un locutor que por primera vez es víctima de la broma de tener que leer en público una serie de malas noticias acerca de sí mismo.

De las sombras del corredor emergió el cirujano dental, con aire de estudiada indiferencia. Hacía rato que Steele y su agresiva mujer aguardaban de pie entre las bolsas de residuos, observando la escena. El dentista se acercó a Laing y le tomó el brazo con un apretón gentil pero extraño, como si aferrara a alguien para practicar una extracción fuera de lo común. Señaló los pilos de arriba.

—Quieren sellar definitivamente las puertas —explicó—. Conectarán otra vez los circuitos de los ascensores, para que vayan directamente de la planta baja al veintiocho.

—¿Y nosotros? —preguntó Laing—. ¿Cómo haremos para salir del edificio?

—Mi estimado Laing, no creo que les preocupemos demasiado. Lo que en verdad quieren es dividir el edificio por la mitad... aquí, en el piso veintiocho. Un nivel clave para los servicios eléctricos. Si derrotan a los tres pisos de abajo, habrá una zona neutral que separará la mitad superior de la mitad inferior. Esperemos, doctor, que cuando esto ocurra, nos encontremos en el lado adecuado.

Se interrumpió al ver que se acercaba la hermana de Laing, quien traía la cafetera eléctrica. Steele saludó con un ademán y se perdió entre las sombras eludiendo hábilmente las bolsas de residuos, la raya al medio reluciendo bajo la débil luz. Laing observó cómo se escabullía en su apartamento sin hacer ruido. Sin duda Steele sortearía con la misma pericia todos los obstáculos. Laing había notado que ahora nunca salía del edificio. ¿Qué se había hecho de aquella ambición insaciable? Después de las batallas últimas tal vez contaba con un inminente aumento en la demanda de cirugía bucal avanzada.

Al saludar a Alice, Laing comprendió que si el cirujano estaba en lo cierto, ella también quedaría excluida, aislada en la oscuridad con el marido alcohólico, del lado equivocado de la línea divisoria. Al parecer había subido para enchufar la cafetera en la cocina de Laing, pero cuando entraron en el apartamento la dejó distraídamente en la mesa del vestíbulo. Fue al balcón y escudriñó el aire de la mañana, como contenta de encontrarse tres pisos más arriba.

—¿Cómo está Charles? —le preguntó Laing—. ¿Trabaja?

—No... Se tomó unas vacaciones. Definitivas, si quieres saberlo. ¿Y tú? No tendrías que descuidar a tus estudiantes. Si seguimos así, necesitaremos los servicios de todos ellos.

—Esta mañana voy para allá. ¿Te gustaría que le eche un vistazo a Charles cuando salga?

Alice ignoró esta oferta. Se aferró a la baranda y empezó a hamacarse como una

niña.

—Qué tranquilo este lugar. Robert, no tienes ni idea de cómo se sienten los otros.

Laing rió, divertido de que Alice pensara que los acontecimientos del rascacielos no lo habían afectado, suposición típica de una sufrida hermana mayor, obligada en la infancia a cuidar de un hermano pequeño.

—Ven cuando gustes. —Laing le pasó el brazo por los hombros, sosteniéndola por si perdía el equilibrio. En el pasado siempre se había sentido físicamente distante de Alice, que se parecía demasiado a la madre de ellos, pero por razones no específicamente sexuales ahora esta semejanza lo excitaba de algún modo. Quería acariciarle las caderas, ponerle la mano sobre un pecho. Como si advirtiera lo que ocurría, ella se reclinó pasivamente contra Laing.

—Esta noche usa mi cocina —le dijo Laing—. Por lo que acabo de oír, la situación será caótica. Aquí estarás más segura.

—De acuerdo... pero tu apartamento está tan sucio.

—Lo limpiaré.

Conteniéndose, Laing observó a Alice. ¿Se daba cuenta ella de lo que pasaba? Sin proponérselo, estaban concertando una cita.

En todo el rascacielos la gente empacaba las maletas preparándose para viajes breves pero significativos, unos pocos pisos hacia arriba o hacia abajo, o bien al extremo opuesto del corredor. Un cambio solapado aunque sustancial estaba ocurriendo en las parejas maritales. Charlotte Melville tenía ahora relaciones con un ingeniero de estadísticas del piso veintinueve, y en la práctica había abandonado su apartamento. Laing la había visto partir sin sentirse resentido. Charlotte necesitaba a alguien que le diera fuerzas y coraje.

Pensando en ella, Laing lamentó no haber encontrado a nadie semejante. Pero tal vez Alice fuera ya el respaldo que necesitaba en el mundo práctico, con ese anticuado culto de las virtudes domésticas. Aunque a Laing no le gustaba el carácter taimado de Alice, que le recordaba tristemente a la madre de ambos, esto le daba una indiscutible sensación de seguridad.

Aferrando los hombros de Alice, elevó los ojos hacia la terraza del rascacielos. Parecía que hubiesen transcurrido meses desde la última escalada, pero ahora, por primera vez, no tenía ganas de subir. Se quedaría a vivir donde estaba, con esta mujer, en esta cueva del acantilado.

Una vez que Alice se marchó, Laing empezó a prepararse para ir a la escuela médica. Sentado en el suelo de la cocina, alzó los ojos observando los montones de platos y utensilios sin lavar. Estaba cómodamente apoyado contra una bolsa de plástico repleta de basura. Al ver la cocina desde esta desacostumbrada perspectiva, advirtió hasta qué punto la habían descuidado. El suelo estaba cubierto de desechos, sobras de comida y latas vacías. Sorprendido, Laing contó seis bolsas de residuos; por

alguna razón había supuesto que sólo había una.

Laing se frotó las manos contra los pantalones y la camisa sucia. Reclinado contra este mullido lecho de desperdicios propios, tuvo ganas de dormir. Trató de reanimarse. Desde hacía un tiempo notaba en él una continua decadencia, una tenaz erosión de ciertas normas de conducta que no sólo afectaba al apartamento, sino también a hábitos personales y a su sentido de la higiene. En cierto modo esta situación era inevitable a causa de las deficiencias de agua y electricidad, y la imposibilidad de eliminar la basura. Pero también era síntoma de un menor interés por cualquier tipo de convención civilizada. A ninguno de sus vecinos le importaba lo que comían. Hacía semanas que ni Laing ni sus amigos preparaban una comida decente, y habían llegado al extremo de abrir una lata al azar cada vez que tenían hambre. Del mismo modo, no les importaba lo que bebían, sólo querían emborracharse cuanto antes y sofocar la poca sensibilidad que les quedaba. Hacía semanas que Laing no escuchaba un disco de la colección que había ido reuniendo con tanto cuidado. Hasta su modo de hablar era ahora más tosco.

Se limpió la suciedad apretada debajo de las uñas. Esta decadencia personal y la del sitio en que vivía eran casi una bendición. En cierto modo, estaba obligándose a descender por esos escalones empinados como un explorador que desciende a un valle prohibido. Las manos sucias, las ropas mugrientas y una higiene declinante, el decreciente interés por la comida y por la bebida, todo ayudaba a revelar una versión más real de sí mismo.

Laing escuchó los sonidos intermitentes del refrigerador. La electricidad había vuelto y la máquina succionaba. Cuando las bombas empezaron a funcionar el agua goteó de los grifos. Recordando las críticas de Alice, Laing fue de un lado a otro por el apartamento tratando de ordenar los muebles. Pero media hora más tarde, cuando llevaba una bolsa de residuos de la cocina a la sala, se interrumpió de pronto. Dejó caer la bolsa en el suelo, dándose cuenta de que no había conseguido nada. Todo lo que hacía era reordenar la suciedad.

Mucho más importante era la seguridad del apartamento, en especial mientras él estaba fuera. Laing caminó a lo largo de la biblioteca de la sala, arrojando al suelo los textos médicos y científicos. Sección por sección, desarmó la estantería. Llevó los tablones al vestíbulo y se pasó una hora recorriendo el apartamento, transformando el interior en una casamata doméstica. Metió a empujones en la sala todos los muebles pesados, la mesa del comedor y una cómoda de roble tallada a mano. Con los sillones y el escritorio levantó una barricada sólida. Cuando quedó satisfecho, trasladó las provisiones de comida de la cocina al dormitorio. Las reservas eran escasas, pero bastarían para unos días más: bolsas de arroz, azúcar y sal, carnes enlatadas, una hogaza de pan duro.

Ahora que el acondicionador no funcionaba, los cuartos pronto se ponían

sofocantes. Recientemente Laing había notado un olor fuerte aunque no desagradable, el olor característico del apartamento: él mismo.

Laing se quitó la camisa y se lavó con los últimos chorros que salían de la ducha. Se afeitó y se puso una camisa y un traje limpios. Pasearse por la escuela médica con facha de vagabundo equivalía quizá a confesar a algún colega observador lo que ocurría realmente en el rascacielos. Se examinó en el espejo del guardarropa. Ese hombre pálido y enjuto, de frente magullada, torpemente enfundado en un traje demasiado grande, era por completo poco convincente, como un convicto en traje de calle, pestañeando ante un sol poco familiar después de una larga sentencia.

Luego de asegurar los cerrojos de la puerta, Laing salió del apartamento. Por suerte, marcharse del rascacielos era más fácil que moverse dentro de él. Como un servicio privado de trenes subterráneos, un ascensor del vestíbulo principal seguía funcionando de común acuerdo en las horas de oficina. Sin embargo, la atmósfera de tensión y hostilidad, el complejo de asedios superpuestos eran evidentes en todas partes. Barricadas de muebles y bolsas de residuos repletas bloqueaban la entrada de cada piso. No sólo las paredes del vestíbulo y los corredores, sino también los techos y las alfombras, estaban cubiertos de lemas, un código confuso que señalaba los ataques de los grupos merodeadores, de arriba y de abajo. Laing tuvo que contenerse para no anotar el número de su propio piso entre los signos de un metro y medio de alto que blasonaban las paredes del ascensor, como registros de un estafalario libro comercial. No había nada que no hubiese sido atacado: espejos rotos, teléfonos arrancados, tapizados de sillones acuchillados. El grado de vandalismo era deliberadamente excesivo, casi como si cumpliera una función secundaria más importante, encubriendo la premeditación con que los residentes, al destruir todas las líneas telefónicas, se aislaban ellos mismos del mundo exterior.

Todos los días, durante unas pocas horas, una tregua informal se extendía como las grietas de una fractura por todo el edificio, pero este período era cada vez más breve. Los residentes deambulaban en pequeños grupos, atentos a cualquier presencia. Todos ellos lucían en la cara el nivel del piso en que vivían, como un emblema. Durante este corto armisticio de cuatro o cinco horas los contendientes de esta ritualizada batalla de escaleras se movían alrededor, y entre un ataque y otro se les permitía subir unos peldaños en el orden preestablecido. Laing y los otros esperaron mientras el ascensor descendía con lentitud, petrificados como maniqués en una escena de museo: «Habitantes de rascacielos en la segunda mitad del siglo veinte».

Cuando llegaron a la planta baja, Laing cruzó con cautela el vestíbulo, dejando atrás la arruinada oficina del gerente y los túmulos de correspondencia sin clasificar. Hacía días que no iba a la escuela médica, y cuando atravesó las puertas de vidrio, el

aire fresco y la luz lo sorprendieron, como si respirara la atmósfera irritante de un planeta desconocido. Un aura de extrañeza, mucho más material que todo cuanto había en el edificio, envolvía por entero el bloque de apartamentos y se extendía hasta los parques y los terraplenes de hormigón de las nuevas construcciones.

Mirando por encima del hombro, como si una cuerda mental lo mantuviera sujeto al edificio, Laing caminó entre los coches, pisando latas y botellas rotas. Un funcionario de sanidad había venido el día anterior, pero se había marchado media hora más tarde, convencido de que estas señales de crisis no tenían otra causa que un desperfecto accidental en la eliminación de residuos. Mientras los residentes no presentaran una queja formal no se tomarían medidas. A Laing ya no le asombraba que los ocupantes del rascacielos, que semanas atrás habían protestado a coro contra las deficiencias de las instalaciones, ahora se mostraran igualmente unidos en asegurar a la gente de afuera que todo iba bien; en parte porque se sentían orgullosos del edificio, pero también por una necesidad de resolver los conflictos entre ellos, sin interferencias, como pandillas rivales que se tirotean en un vaciadero y se unen para echar a los intrusos.

Laing llegó al centro del parque de los coches, a sólo doscientos metros del rascacielos vecino, un planeta sellado y rectilíneo con una fachada vidriosa que ahora veía con claridad. Casi todos los nuevos propietarios ya ocupaban los apartamentos, duplicando hasta las cortinas y lavaplatos del edificio de Laing, pero esta nueva construcción parecía remota y amenazadora. Mientras observaba las interminables hileras de balcones, Laing tuvo la inquietante impresión de estar visitando un zoológico maligno, donde unas criaturas— de una crueldad feroz e imprevisible se exhibían en terrazas superpuestas. Unos pocos hombres y mujeres, apoyados contra las barandas observaban inexpresivamente a Laing, a quien de pronto se le ocurrió que dos mil residentes se asomaban a los balcones para arrojarle cualquier cosa a mano, y sepultarlo bajo una pirámide de botellas de vino y ceniceros, tubos de aerosol desodorante y cajas de preservativos.

Laing llegó al coche y se apoyó contra la ventanilla. Sabía que estaba midiendo fuerzas con las atracciones del mundo exterior, exponiéndose a peligros ocultos. A pesar de los conflictos, el rascacielos proporcionaba seguridad e inmunidad. Laing sintió en el hombro la pintura recalentada del marco de la ventanilla y recordó el apartamento de aire viciado, tibio por el olor de su propio cuerpo. En cambio, la luz brillante reflejada en los bordes cromados de esos cientos de coches llenaba de cuchillos el aire.

Se apartó del coche y caminó a lo largo de la entrada paralela al edificio. Aún no estaba preparado para salir al aire libre, enfrentar a la gente de la escuela médica, terminar con el trabajo atrasado. Quizá se quedase en casa esa tarde, preparando las notas para la clase próxima.

Llegó al borde del lago ornamental, un óvalo de doscientos metros de largo, y bajó hacia el suelo de cemento. Fue detrás de su propia sombra a lo largo de la pendiente. Unos minutos después estaba de pie en el centro del lago vacío. El cemento húmedo, como la superficie de un molde descomunal, se curvaba en todas direcciones, uniforme y terso, pero de algún modo tan amenazador como los contornos de una profunda psicosis reductiva. La ausencia de toda estructura rígida y rectilínea resumía para Laing las acechanzas peligrosas del mundo exterior.

Incapaz de quedarse más tiempo allí, se volvió y regresó de prisa a la orilla. Trepó hasta el borde y corrió hacia el edificio entre los coches polvorientos.

Llegó al apartamento diez minutos más tarde. Luego de cerrar la puerta, pasó por encima de la barricada y deambuló por los cuartos. Inhalando el aire enrarecido, se sintió reanimado por su propio olor, casi reconociendo las partes del cuerpo: los pies y los genitales, la mezcla de olores que le salían por la boca. Se quitó las ropas en el dormitorio, arrojando el traje y la corbata al fondo del armario, poniéndose otra vez la camisa y los pantalones sucios. Sabía ahora que ya nunca intentaría marcharse del rascacielos. Pensaba en Alice, y en cómo traerla al apartamento. De algún modo estos olores penetrantes eran las señales que la llevarían a él.

II EXPEDICIONES PUNITIVAS

A eso de las cuatro de la tarde los últimos residentes ya habían regresado al rascacielos. Laing observó desde el balcón los coches que aparecían en los caminos de acceso y doblaban en el parque. Maletines en mano los conductores caminaban hacia los vestíbulos de entrada. A Laing le alivió que dejaran de conversar al aproximarse al edificio. Esas charlas civilizadas lo intranquilizaban por alguna razón.

Laing descansó durante la tarde, decidido a serenarse y a ahorrar energías para la noche. De vez en cuando pasaba por encima de la barricada y espiaba el corredor con la esperanza de ver a Steele. Estaba preocupado por su hermana, sólo tres pisos más abajo con un marido idiotizado, y se sentía cada vez más nervioso. Un estallido de violencia sería un buen pretexto para rescatarla. Si el plan de dividir el edificio tenía éxito, era difícil que volviera a verla.

Laing se paseó por el apartamento, probando los preparativos para la defensa. Los residentes que habitaban como él en un piso alto, eran más vulnerables de lo que suponía, y en cierto modo estaban a merced de los pisos inferiores. Wilder y sus secuaces podían bloquear fácilmente las salidas, destruir las instalaciones de electricidad y agua corriente e incendiar los pisos altos. Laing imaginó las primeras llamas trepando por los huecos de los ascensores y las escaleras, las plantas que se desmoronaban mientras los aterrados propietarios buscaban refugio en el tejado.

Turbado por esta visión siniestra, desconectó los altavoces del estéreo y los añadió a la barricada de muebles y utensilios de cocina. Discos y cassettes yacían en el suelo, pero los apartó a puntapiés. Arrancó las tablas del piso del guardarropa. En ese hueco del tamaño de una maleta ocultó el talonario de cheques, las pólizas de seguro, los formularios impositivos, y las acciones. Por último metió el maletín médico con frascos de morfina, antibióticos y estimulantes cardíacos. Cuando volvió a clavar las tablas, tuvo la impresión de estar sellando para siempre los últimos residuos de una vida anterior, preparándose sin reservas para la que se iniciaba ahora.

Al parecer todo estaba tranquilo en el edificio, pero para alivio de Laing los primeros incidentes ocurrieron en las últimas horas de la tarde. En ese momento se encontraba en el vestíbulo, en compañía de un grupo de residentes. ¿Era posible el disparate de que *nada* ocurriera? Un analista de política exterior llegó entonces con la noticia de que había habido una cruenta escaramuza diez pisos más abajo, por causa de un ascensor. A Adrián Talbot, el afable psiquiatra del veintisiete, lo habían empapado con orina cuando subía las escaleras. Hasta se rumoreaba que un apartamento del cuarenta había sido saqueado. Este acto de provocación les

garantizaba a todos una noche movida. A esto siguió una lluvia de informes sobre los residentes que habían vuelto del trabajo y encontraron los apartamentos devastados, los muebles y el equipo de cocina destruidos, las instalaciones eléctricas arrancadas. Curiosamente, no les habían tocado las provisiones de alimentos, como si estos actos de vandalismo fueran deliberadamente casuales y sin sentido. ¿Eran los mismos dueños quienes habían causado esos daños, sin darse cuenta de lo que hacían, procurando que la violencia aumentase?

Estos incidentes continuaron mientras la noche se asentaba alrededor del edificio. Desde el balcón Laing pudo ver haces de linternas que centelleaban de un lado al otro en las ventanas a oscuras de los ocho pisos de abajo, como alumbrando los preparativos de un brutal rito de sangre. Laing permaneció en la oscuridad tendido sobre la alfombra de la sala, la espalda apoyada contra el bulto tranquilizador de la barricada de muebles. Mientras sorbía un trago tras otro de un frasco de whisky, miró los primeros programas de televisión de la noche. Bajó el volumen, no porque estos documentales y comedias costumbristas lo aburrieran, sino porque no tenían ningún significado. Hasta los comerciales, que tanto insistían en las realidades de la vida cotidiana, parecían transmisiones de otro planeta. Echado entre las bolsas de residuos, los muebles apilados detrás, Laing observó esas, resplandecientes reconstrucciones de amas de casa de axilas depiladas y rociadas con desodorante, y que limpiaban inmaculadas cocinas. Las distintas imágenes se unían entre sí como elementos de un enigmático universo doméstico.

Tranquilo y sin miedo, Laing escuchó unas voces estridentes en el pasillo. Pensando en su hermana, dio la bienvenida a estas señales de violencia inminente. A Alice, siempre puntillosa, tal vez le desagradaba el estado de abandono del apartamento, pero le haría bien encontrar algo que criticar. La transpiración del cuerpo de Laing, como el sarro que se le depositaba en los dientes, era una envoltura de suciedad y hedores corporales; pero esa pestilencia le daba confianza, la impresión de que estas emanaciones dominaban el lugar. Hasta la perspectiva de que el inodoro quedara pronto totalmente obstruido, y que antes había sido un disimulado motivo de aprensión, ahora parecía casi atrayente.

Este deterioro de las normas de higiene era también común entre los vecinos de Laing. Todos despedían un aroma penetrante, la firma inequívoca del rascacielos. La ausencia de ese olor era lo que más desconcertaba a Laing en el mundo de fuera, y sólo en la sala de disecciones del departamento de anatomía podía encontrar algo parecido. Unos días antes Laing se había sorprendido paseándose junto al escritorio de su secretaria, tratando de acercarse para detectar ese olor reconfortante. La sobresaltada muchacha alzó la cabeza y vio a Laing cerniéndose sobre ella como un vagabundo en celo.

Tres pisos más arriba, una botella estalló en un balcón. Los fragmentos de vidrio

surcaron la oscuridad como proyectiles luminosos. Junto a una ventana abierta, un tocadiscos fue puesto a todo volumen. Enormes trozos de música amplificadas retumbaron en la noche.

Laing pasó por encima de la barricada y abrió la puerta del apartamento. Frente a los ascensores, los vecinos estaban instalando una puerta de acero en la entrada de las escaleras. Un grupo de incursores había invadido los vestíbulos cinco pisos más abajo. Laing y sus compañeros de clan se agolparon contra la puerta de acero, escrutando las escaleras a oscuras. Podían oír el chirrido de las poleas del ascensor mientras la cabina se movía trasladando más combatientes a la refriega. Desde el piso veinte, como desde un foso de ejecuciones, llegó el chillido de una mujer.

Mientras esperaban a que Steele apareciera y los yudara, Laing estuvo a punto de ir a buscarlo, pero el vestíbulo y los corredores estaban atestados de gente que corría, tropezándose en la oscuridad, tratando de regresar a sus apartamentos más arriba del veinticinco. Los atacantes habían sido rechazados. Las luces de las linternas se movían en las paredes como un semáforo lunático. Laing resbaló en un charco de grasa y cayó entre las sombras movedizas. Una mujer que venía detrás le pisó la mano, lastimándole la muñeca con el tacón.

En las dos horas siguientes se sucedieron una serie de batallas en corredores y escaleras, desplazándose de un piso a otro mientras las barricadas eran levantadas y derribadas una y otra vez. A medianoche, agazapado en el vestíbulo detrás de la puerta de acero volcada, no atreviéndose a correr el riesgo de bajar al apartamento de Alice, Laing vio a Richard Wilder de pie entre las sillas de cocina caídas alrededor. En una mano seguía empuñando la cámara fumadora. Como un enorme y jadeante animal, seguía las vastas proyecciones de sí mismo en las paredes y el techo, como si estuviera a punto de saltar a los lomos de esas sombras y arrearlas por los pasajes del edificio como una manada de bestias.

El enfrentamiento continuaba, alejándose hacia los pisos inferiores como una tormenta. Laing y sus vecinos se reunieron en el apartamento de Adrián Talbot. Allí se sentaron en el suelo de la sala, entre las mesas rotas y las mecedoras de cojines desgarrados. Junto a ellos, en el círculo de luz de las linternas, resplandecían las botellas de whisky y vodka.

Con el brazo en cabestrillo, el psiquiatra se paseaba por el apartamento devastado, tratando de colgar los cuadros desvencijados sobre los slogans pintados en las paredes con aerosol, en los colores de moda preferidos que se vendían en el supermercado. Talbot parecía más perturbado por la hostilidad personal de esas obscenidades antihomosexuales que por la destrucción total del apartamento, pero a pesar de sí mismo Laing las encontraba estimulantes. Las horribles caricaturas de las paredes centelleaban a la luz de las linternas como las imágenes priápicas de las cavernas prehistóricas.

—Al menos te han dejado en paz —dijo Talbot, en cuclillas junto a Laing—. Es evidente que me han elegido como chivo expiatorio. Este edificio parece funcionar como una fábrica de resentimientos..., todos exhiben un muestrario asombroso de agresiones infantiles.

—Dejarán la vida en eso.

—Tal vez. Esta tarde me arrojaron un cubo de orina. Si siguen provocándome yo también me armaré de una cachiporra. No es cierto que vayamos todos hacia un estado de primitivismo feliz. Aquí el modelo no es tanto el buen salvaje como el yo postfreudiano sin inocencia, dañado por una excesiva indulgencia en el entrenamiento de las funciones del cuerpo, un destete tardío, y padres afectuosos... Sin duda una mezcla más peligrosa que aquellas que nuestros antepasados victoria-nos tuvieron que soportar. Todos los de aquí han tenido infancias felices, sin excepción, y sin embargo están furiosos. Quizá no les dieron la oportunidad de ser perversos...

Mientras se curaban las heridas y se pasaban las botellas, bebiendo continuamente para sentirse con coraje, Laing escuchó cómo los otros hablaban de venganza y represalias. Steele no estaba entre ellos. Por alguna razón Laing pensaba que la presencia de Steele era necesaria, pues como líder futuro parecía más importante que Crosland. Aunque estaba lastimado, Laing se sentía animado y seguro, con ganas de volver a la refriega. La oscuridad era reconfortante y alentadora, el hábitat natural de la vida en el edificio.

Laing estaba orgulloso de haber aprendido a andar por los corredores negros, nunca más de tres pasos seguidos, a detenerse en el momento adecuado y tantear la oscuridad, y hasta el modo correcto de ambular por el apartamento, siempre manteniéndose tan pegado al suelo como fuera posible. Casi detestaba la luz que volvería con la mañana.

La luz verdadera del rascacielos era el destello metálico de las cámaras polaroid, la radiación intermitente que registraba un instante de deseada violencia para satisfacción de futuros voyeurs. ¿Qué especies depravadas de flora eléctrica nacerían a la vida en las alfombras sucias de los corredores, en respuesta a esta nueva fuente de luz? Los suelos estaban cubiertos con tiras de negativos ennegrecidos, copos que caían desde este sol interno.

Aturdido por el alcohol y la excitación, Laing se puso de pie junto con los demás, y todos partieron como una turba de estudiantes borrachos, animándose con gritos. Descendieron tres pisos en la oscuridad, y Laing pensó que se habían extraviado. Habían entrado en un área de apartamentos vacíos, en el piso veintidós. Vagabundearon por las habitaciones abandonadas, pateando las pantallas de los televisores, destrozando los cacharros de cocina.

Tratando de despejarse antes de ir a rescatar a Alice, Laing vomitó por encima de la baranda de un balcón. Las hebras de flema luminosa se deslizaron por la fachada

del edificio. Apoyado allí en la oscuridad, Laing escuchó cómo los otros se movían a lo largo del corredor. Pronto podría partir en busca de Alice.

Detrás de él se encendió la luz. Perplejo, Laing se arrinconó contra el parapeto, esperando el ataque de un intruso. Al cabo de un momento, las luces empezaron a palpar como un corazón desfalleciente. Laing se miró las ropas mugrientas y las manos manchadas de vómito. La sala centelleaba alrededor de los desperdicios del suelo, y Laing tuvo la impresión de haber despertado en un campo de batalla.

Sobre la cama del dormitorio había un espejo roto, y los pedazos destellaban como fragmentos de otro mundo que trataba en vano de reconstruirse a sí mismo.

—Venga, Laing... —dijo la voz precisa y familiar del cirujano dental—. Aquí hay algo interesante.

Steele daba vueltas por el cuarto con un bastón de estoque en la mano. De vez en cuando lanzaba una estocada al suelo, como si ensayara la escena de un melodrama. A la luz vacilante, le indicó a Laing que se adelantara.

Laing caminó cautelosamente hacia la puerta, contento de haber encontrado por fin a Steele, pero sabiendo qué expuesto estaba a cualquier extravagancia del dentista. Supuso que Steele habría arrinconado al dueño del apartamento o a alguien que había buscado refugio aquí, pero en el cuarto no había nadie. En seguida notó que la hoja del bastón apuntaba a un gato acorralado entre las patas de la cómoda. Steele se adelantó sacudiendo una cortina de brocado que había arrancado de la ventana, y arreó a la aterrada criatura hasta el cuarto de baño.

—¡Espere, doctor! —En la voz del dentista había una alegría extrañamente glacial, como de máquina erótica—. No se vaya aún...

Las luces continuaban titilando con la agresiva suprarrealidad de un noticiario de atrocidades. Aturdido por su propia reacción, Laing observó cómo Steele apresaba al gato bajo la cortina. Por una lógica perversa el placer del dentista al atormentar a la criatura era duplicado por la presencia de ese testigo reacio pero fascinado. Laing permaneció en la puerta del baño, deseando a pesar de sí mismo que las luces no volvieran a apagarse. Esperó mientras Steele sofocaba al gato con calma, aplastándolo bajo la cortina como si llevara a cabo una complicada resurrección bajo una sábana de hospital.

Cuando al fin consiguió recobrase, Laing se marchó sin decir una palabra. Avanzó con cuidado a lo largo del corredor a oscuras, mientras las luces titilaban en los umbrales de los apartamentos arrasados, desde lámparas volcadas tiradas en el suelo y pantallas de televisión que habían despertado a una vida última e intermitente. Una música débil sonaba en alguna parte. El plato de un tocadiscos abandonado volvía a girar. En un dormitorio vacío una cámara proyectaba las últimas secuencias de una película pornográfica en la pared frente a la cama.

Cuando llegó al apartamento de Alice, Laing titubeó sin saber qué le diría. Pero

en cuanto Alice abrió la puerta y le indicó que entrase, él comprendió que ella estaba esperándolo. En la sala había dos maletas cerradas. Alice caminó por última vez hasta la puerta del dormitorio. A la luz amarilla e intermitente, Frobisher dormía tumbado en la cama, con una caja de whisky medio vacía al costado.

Alice tomó el brazo de Laing. —Llegaste tarde —le reprochó—. Hace horas que te espero.

Cuando se marcharon, ella no se volvió a echar una última mirada a su marido. Laing recordó que una vez, tiempo atrás, él y Alice se habían deslizado fuera de la sala lo mismo que ahora, dejando a la madre de ellos tendida en el suelo, inconsciente luego de lastimarse durante una borrachera.

Los ruidos de una escaramuza reverberaron en el hueco de la escalera mientras ellos se abrían paso hacia la oscuridad tranquilizadora del piso veinticinco. Quince pisos, incluido el de Laing, ya nunca tenían luz.

Como una borrasca que se resiste a terminar, recapitulándose a sí misma de tanto en tanto, la violencia retumbó toda la noche, mientras Laing y su hermana yacían despiertos y juntos sobre el colchón del dormitorio.

12

HACIA LA CIMA

Cuatro días después, alrededor de las dos de la tarde, Richard Wilder regresó del canal de televisión y se internó en el parque junto al rascacielos. Aminorando la marcha para poder disfrutar de la llegada, se reclinó cómodamente y elevó una mirada satisfecha a la fachada del edificio. Alrededor las largas filas de coches estacionados estaban cubiertos por una capa cada vez más gruesa de mugre y de polvo de cemento, que volaba entre los otros edificios desde el empalme de caminos que construían detrás del centro médico. Ahora eran pocos los coches que abandonaban el parque y casi no quedaban espacios libres, pero Wilder fue de arriba abajo por los caminos de acceso, deteniéndose al final de cada hilera y regresando al punto de partida.

Se tocó la cicatriz recién curada en la mejilla sin afeitarse, recuerdo de una vigorosa batalla en los pasillos la noche anterior. Apretándose deliberadamente la herida, miró con satisfacción la gota de sangre que le teñía el dedo. Había regresado del canal a gran velocidad, como tratando de emerger de un sueño colérico, gritando y tocando la bocina a los coches que le cerraban el paso, cortando camino por calles angostas. Ahora se sentía tranquilo y distendido. Como de costumbre, tan pronto como vio los cinco rascacielos se sintió más sereno; los edificios le proporcionaban un contexto de realidad que no había en los estudios.

Wilder continuó buscando un espacio libre. Al principio, como todos los vecinos de los pisos bajos, había estacionado en las hileras periféricas, pero en las últimas semanas había estado acercándose al rascacielos. Lo que empezara como mera vanidad —una broma irónica a costa de sí mismo— era algo bastante más serio, una crónica visible de éxito o de fracaso. Después de varias semanas dedicadas a escalar el rascacielos, se sentía con derecho a ocupar los sitios reservados para sus nuevos vecinos. Al cabo llegaría a la fila de adelante. En ese momento de triunfo, cuando alcanzara el piso cuarenta, su coche se uniría a las hileras de costosas ruinas al pie del bloque de apartamentos.

La noche anterior Wilder había ocupado durante varias horas el piso veinte, y aun el veinticinco durante los escasos minutos de una escaramuza imprevista. Al alba lo habían obligado a retirarse de esa posición avanzada a los cuarteles del piso diecisiete: el apartamento de un escenógrafo del canal de televisión, un ex compañero de juego llamado Hillman, que había aceptado a regañadientes la presencia del intruso. La ocupación de un piso, en el sentido estricto que Wilder daba al término, no se limitaba a la captura accidental de apartamentos abandonados, que abundaban

en el edificio. Wilder se había impuesto una definición más rigurosa de la escalada: tenía que ser aceptado por los vecinos de arriba como parte de la comunidad, alguien que había conquistado ese derecho con algo más que mera fuerza física. En pocas palabras, les hacía ver que lo necesitaban. La idea lo divertía, cuando se detenía a pensarlo.

Había llegado al piso veinte gracias a uno de los muchos azares demográficos con que había tropezado mientras subía. Durante una batalla nocturna se encontró ayudando a asegurar la puerta desvencijada de un apartamento del veinte, propiedad de dos mujeres analistas de mercado. Luego de que ellas intentaran partirle una botella de champaña en la cabeza, cuando él la asomó por el panel roto, habían aceptado el sereno ofrecimiento de Wilder, quien nunca estaba más tranquilo que en los momentos de crisis. En verdad, la mayor de las dos, una enérgica rubia de treinta años, había felicitado a Wilder por ser el único hombre equilibrado que había conocido en el rascacielos. Por lo demás, Wilder prefería este papel doméstico al de líder populista y Bonaparte de las barricadas en los vestíbulos, harto de instruir a una deficiente milicia de directores de publicaciones y ejecutivos financieros acerca de cómo tomar por asalto una escalera o capturar, un ascensor. Por otra parte, cuanto más ascendía en el edificio, peores eran las condiciones físicas de los residentes: las horas de pedaleo en el gimnasio sólo los habían preparado para más horas de pedaleo en el gimnasio.

Después de ayudar a las dos mujeres, se pasó la noche tomando el vino de ellas y tratando de que lo invitaran a trasladarse al apartamento. Como de costumbre, gesticuló ostentosamente con la fumadora y les habló del documental sobre el rascacielos, invitándolas a aparecer en la pantalla. Pero esta oferta no las impresionó demasiado. Aunque los propietarios de los pisos inferiores deseaban participar en el programa y ventilar sus quejas, la gente de los pisos altos ya había aparecido en televisión, más de una vez, como expertos en distintos temas de actualidad.

—La televisión es para mirar, Wilder —le dijo con firmeza una de las mujeres—, no para mostrarse.

Poco después del alba apareció un grupo de mujeres incursoras. Los maridos y amigos se habían mudado a otros pisos o las habían dejado para siempre. La jefa de la partida, la escritora de cuentos infantiles, clavó en Wilder una mirada siniestra cuando él le ofreció el papel estelar en el documental. Wilder comprendió la insinuación, retrocedió con una reverencia, y regresó a la segura base anterior, el apartamento de Hulman en el piso diecisiete.

Mientras Wilder se paseaba alrededor del parque de estacionamiento, resuelto a encontrar una fila adecuada a su nueva posición, una botella estalló sobre el techo de un coche, desapareciendo en medio de una nube de polvo. La habían arrojado desde muy arriba, tal vez desde el piso cuarenta. Wilder aminoró el coche casi hasta

detenerse, ofreciéndose como blanco. En cierto modo esperaba ver la figura de chaqueta blanca de Anthony Royal, de pie en una de sus poses mesiánicas en el parapeto del ático, junto al ovejero.

En los últimos días había atisbado varias veces a Royal, en la cima de una escalera, o bien desapareciendo en un ascensor que iba hacia los pisos altos. Sin duda estaba exponiéndose deliberadamente a Wilder, incitándolo a subir. A veces, increíblemente, Royal parecía darse cuenta de la imagen confusa que Wilder tenía de su propio padre, siempre entrevista por las altas ventanas del cuarto de los niños. ¿Royal se había propuesto representar ese papel, sabiendo que los recuerdos infantiles de Wilder lo harían renunciar al fin a escalar el edificio? Wilder golpeó el volante con los puños pesados. Cada noche se aproximaba un poco más a Royal, unos pocos escalones más cerca de la confrontación definitiva.

Los vidrios rotos crujían como desgarrando los neumáticos. Frente a Wilder, en la hilera reservada a los residentes de los pisos de arriba, había un espacio libre, antes ocupado por el coche del joyero muerto. Sin titubear, Wilder giró el volante y acercó el coche.

—Justo a tiempo...

Se reclinó perezosamente, observando con placer los coches averiados y cubiertos de desperdicios. La aparición de ese espacio era un buen augurio. Al cabo de un rato salió del coche y cerró la puerta agresivamente. Caminó hacia el edificio sintiéndose como un acaudalado terrateniente que acaba de adquirir una montaña.

En el vestíbulo de entrada un grupo de andrajosos residentes del primer piso observó cómo Wilder pasaba frente a los ascensores y se encaminaba hacia la escalera. No confiaban en Wilder, que iba de un lado a otro por todo el edificio, cambiando con frecuencia de bando. Durante el día estaba unas pocas horas en el apartamento del segundo, con Helen y los niños. Ella parecía cada vez más retraída, y él trataba de animarla. Tarde o temprano tendría que abandonarla para siempre. De noche, cuando él reiniciaba la escalada del rascacielos, Helen despertaba a medias, y algunas veces comentaba el trabajo de Wilder en los estudios de televisión, aludiendo a programas en los que él había colaborado años atrás. La noche anterior, cuando él se disponía a marcharse luego de acostar a los niños y examinar las cerraduras, Helen lo había abrazado de pronto como pidiéndole que se quedara. Los músculos de la cara delgada le temblaron en una serie de sacudidas irregulares, como saltimbanquis que tratan de caer en el sitio apropiado.

Cuando entró en el apartamento, Wilder descubrió sorprendido que Helen estaba muy excitada. Se abrió paso entre las bolsas de basura y las barricadas de muebles rotos que bloqueaban el pasillo. Helen y un grupo de mujeres celebraban un triunfo menor. Esas mujeres exhaustas acompañadas por hijos indisciplinados —ahora que la guerra civil había estallado en el rascacielos se habían vuelto tan belicosos como los

padres— le parecieron a Wilder un inquietante cuadro vivo.

Dos mujeres jóvenes del séptimo, que antes trabajaban como maestras en la escuela del décimo, se habían ofrecido para reiniciar las clases. Por el modo como miraban de soslayo a un vigilante grupo de tres padres —un vendedor de computadoras, un ingeniero de sonido y un agente de una compañía de turismo— que se interponía entre ellas y la puerta, Wilder concluyó que eran víctimas de una especie de secuestro.

Mientras Wilder preparaba algo de comer con las últimas latas de conserva, Helen se sentó a la mesa de la cocina, agitando las manos blancas como un par de pájaros alborotados en una jaula.

—Casi no puedo creerlo..., estaré libre de los niños por una o dos horas.

—¿Dónde darán las clases?

—Aquí... las dos primeras mañanas. Es lo menos que puedo hacer.

—Pero así no estarás alejada de los niños. Bueno, algo es mejor que nada.

¿Abandonaría Helen a los niños?, se preguntaba Wilder. Ella no pensaba en otra cosa. Mientras jugaba con ellos, Wilder consideró seriamente la posibilidad de que lo acompañaran en la escalada. Observó a Helen, crispada, esforzándose por limpiar el apartamento. La sala había sido devastada durante una incursión. Mientras Helen y los niños se refugiaban en el apartamento de un vecino, habían destrozado casi todos los muebles, arrasando la cocina a puntapiés. Helen trajo las sillas desvencijadas del comedor y las alineó frente al escritorio roto de Wilder. Las sillas se apoyaban unas contra otras en una grotesca parodia de aula escolar.

Wilder no trató de ayudarla. Le miró los brazos descarnados mientras ella arrastraba los muebles. Por momentos sospechaba que Helen estaba agotándose a propósito, y que los moretones en las muñecas y rodillas eran parte de un complejo sistema de automutilación consciente, un intento de recuperar a su marido. Todos los días, al volver a casa, casi temía encontrarla en una silla de ruedas, las piernas quebradas y la cabeza rasurada envuelta en vendas y lista para una trepanación, a punto de dar el paso último y desesperado de la lobotomía.

¿Por qué seguía visitándola? Ahora no ambicionaba otra cosa que alejarse de Helen y sobreponerse a esa necesidad de volver cada tarde al apartamento, unido por un vínculo deshilachado a su propia infancia. Abandonando a Helen, rompería con todo ese sistema de restricciones juveniles del que había tratado de librarse desde la adolescencia. Hasta aquella búsqueda compulsiva de otras mujeres era también parte de esa tentativa de romper con el pasado, una tentativa que Helen anulaba al pretender que no se daba cuenta. Al menos, no obstante, esas infidelidades lo habían guiado durante el ascenso. Eran literalmente puntos de apoyo que lo ayudarían a subir hasta la terraza sobre los cuerpos de las mujeres que había conocido.

Ahora le era difícil sentirse demasiado identificado con los problemas de Helen, o

con los vecinos de vidas estrechas y aplastadas. Ya era obvio que las plantas inferiores no tenían ningún futuro. Hasta esa misma insistencia en educar a los niños, último reflejo de cualquier grupo explotado antes de la sumisión definitiva, indicaba que Helen ya no resistiría mucho más. Por ahora la ayudaba el grupo femenino del piso veintinueve. Durante el armisticio del mediodía la escritora de cuentos infantiles y algunas secuaces, siniestras hermanas de caridad, andaban por el edificio ofreciendo ayuda a las esposas aisladas o abandonadas.

Wilder entró en el dormitorio de los niños. Felices al verlo, los niños golpearon los platos vacíos con sus ametralladoras de plástico. Estaban vestidos como paracaidistas, ropa de camuflaje y cascos de hojalata, y Wilder reflexionó que teniendo en cuenta lo que ocurría en el edificio no parecía el atuendo más apropiado. El correcto uniforme de combate era el traje a rayas de un corredor de bolsa, un portafolios, y un sombrero de fieltro.

Los niños tenían hambre. Después de llamar a Helen, Wilder volvió a la cocina. Encontró a Helen hincada de rodillas frente al horno eléctrico. La puerta estaba abierta, y Wilder tuvo la súbita impresión de que su mujer trataba de ocultar el cuerpo menudo en el horno, tal vez de cocinarse ella misma, un último sacrificio en nombre de la familia.

—Helen... —Wilder se agachó, sorprendido por la delgadez del cuerpo de ella, un montón de huesos envueltos en una piel pálida—. Por Dios, pareces...

—Está bien... Comeré algo más tarde. —Helen se libró del abrazo de Wilder y distraídamente se puso a limpiar el horno quitando unos trozos de grasa quemada. Cuando Wilder vio que ella se desplomaba, comprendió que se había desvanecido a causa del hambre.

La apoyó contra el horno y examinó los anaqueles vacíos de la despensa.

—Quédate aquí... Subiré al supermercado y te traeré algo de comer. —Enfurecido con ella, farfulló—: ¿Por qué no me dijiste que tú también, te morías de hambre?

—Richard, te lo he dicho cien veces.

Helen lo observó desde el suelo mientras él hurgaba en un bolso en busca de dinero, algo que a Wilder le parecía cada vez más inútil. Ni siquiera se había molestado en depositar el cheque del último sueldo. Recogió la cámara, asegurándose de que la tapa de la lente estuviera ajustada. Al mirar a Helen advirtió que ella lo observaba con ojos extraordinariamente penetrantes, casi como si le divirtiese que él dependiera hasta tal punto de las ficciones de ese juguete sofisticado.

Cerrando con llave la puerta del apartamento, Wilder partió en busca de agua y comida. Durante la tregua de la tarde, los propietarios del sector inferior disponían aún de una ruta de acceso al supermercado del décimo. Unas barricadas permanentes bloqueaban ahora casi todas las escaleras: pilas de sillones, mesas y máquinas

lavadoras que llegaban al techo. De los veinte ascensores más de doce estaban estropeados. Los restantes funcionaban de un modo intermitente, según el capricho de los clanes dominantes.

Desde el vestíbulo, Wilder escrutó cautelosamente los huecos de los ascensores. Tramos de barandas metálicas y conductos de agua zigzagueaban por los huecos; insertados como barreras para impedir que los ascensores subieran o bajaran, eran casi una escalera aparte.

Las paredes estaban plagadas de slogans y obscenidades, de listas donde figuraban, como en un disparatado libro de teléfonos, los apartamentos destinados al saqueo. Junto a las puertas de las escaleras, inscripciones de estilo militar indicaban con sobrios caracteres los pasajes accesibles a media tarde y la hora del toque de queda, a las tres.

Wilder levantó la cámara y observó las inscripciones a través del objetivo. La toma era espléndida como fondo para la secuencia inicial de la película. No había olvidado la necesidad de registrar lo que ocurría en el edificio, pero ya no estaba tan decidido como en un comienzo. La decadencia del edificio le recordaba un noticiario en cámara lenta donde un pueblo de los Andes se deslizaba por las laderas en una caída mortal, mientras los habitantes seguían colgando ropa en los jardines destruidos, preparando el almuerzo mientras las paredes de la cocina se pulverizaban alrededor.

Durante la noche, veinte pisos del rascacielos estaban ahora a oscuras y más de cien apartamentos habían sido abandonados. El sistema de clanes, que antes había dado cierta seguridad a los residentes, no había prosperado, y los grupos individuales eran víctimas de la apatía o la paranoia. Por todas partes la gente se retiraba a los apartamentos, aun' a un solo cuarto, y levantaba barricadas. En el rellano del quinto Wilder se detuvo, sorprendido de no ver a nadie. Esperó junto a las puertas del vestíbulo, atento a cualquier ruido sospechoso. La alta figura de un sociólogo maduro emergió de las sombras con un cubo de desperdicios en la mano y se perdió como un espectro entre las basuras del corredor.

Pese al deplorable estado del edificio —casi no había agua corriente, las bocas del aire acondicionado estaban bloqueadas con basuras y excrementos, las barandillas habían sido arrancadas de los balcones— la conducta de los residentes era durante el día bastante discreta. Wilder se detuvo y orinó sobre los escalones. De algún modo le sorprendió ver la orina que se escurría debajo de él. Sin embargo, este despliegue de crudeza no era de los más alarmantes. Durante las riñas y batallas nocturnas Wilder era consciente del placer inequívoco y desinhibido de orinar en cualquier parte, defecar en apartamentos abandonados, sin preocuparse de los posibles peligros para su propia salud y la de su familia. La noche anterior le había divertido echar a empujones a una aterrada mujer que le gritó porque él le había orinado el piso del

baño.

Pese a todo, Wilder recibía la noche con satisfacción, y la comprendía: sólo en las tinieblas uno podía ser bastante obsesivo, estimular deliberadamente todas las represiones. Colaboraba de buen grado en este forzado despertar de las vetas más perversas de su carácter. Felizmente esa conducta libre y degenerada se hacía más fácil cuanto más ascendía en el edificio, como estimulada por la lógica secreta del rascacielos.

El corredor del décimo estaba desierto. Wilder empujó las puertas de vidrios fracturados y salió a la galería comercial. El banco había cerrado, y también la peluquería y la licorería. La última cajera del supermercado —esposa de un fotógrafo del tercero— ocupaba su puesto con estoicismo, como una Albión condenada que otea un mar de desechos. Wilder se paseó entre las estanterías vacías. Paquetes hediondos flotaban en el agua grasienta al pie de los refrigeradores. En el centro del supermercado una pirámide desmoronada de cajas de galletas para perros obstruía el pasillo.

Wilder tomó tres de esas cajas y media docena de latas de carne para gatos. Con eso Helen y los niños podrían sobrevivir hasta que él saqueara un apartamento y consiguiera un poco de comida.

—Sólo quedan alimentos para animales —le dijo a la cajera—. ¿No hacen más pedidos?

—No hay demanda —replicó la mujer. Se acariciaba con aire distraído una herida abierta en la frente—. Creo que todos se aprovisionaron meses atrás.

Esto no es verdad, reflexionó Wilder mientras caminaba hacia los ascensores, dejándola sola en la vasta galería. Como él sabía bien después de irrumpir por la fuerza en tantos apartamentos, eran pocos lo que tenían una despensa bien provista. Parecía como si ya a nadie le importasen las necesidades del día siguiente.

A quince metros, más allá de los secadores, volcados fuera de la peluquería, las luces indicadoras del ascensor se movieron de derecha a izquierda. El último ascensor público del día se elevaba dentro del edificio. Quedaría detenido en algún punto entre el piso veinticinco y el treinta, de acuerdo con el capricho de algún centinela, indicando el final del armisticio y el comienzo de otra noche de hostilidades.

Wilder apretó el paso. Llegó a las puertas cuando el ascensor se detenía en el noveno, para que alguien bajara. En el último momento, cuando volvía a ponerse en marcha, Wilder apretó el botón.

Mientras esperaba a que se abrieran las puertas, comprendió que ya había resuelto abandonar a Helen y a los niños para siempre. Sólo le quedaba una dirección posible: arriba. Como un alpinista que descansa a treinta metros de la cima, no tenía otra posibilidad que la de seguir subiendo.

Las puertas se abrieron de par en par. Unos quince pasajeros lo enfrentaron,

apretujados y tiesos como maniquíes de plástico. Hubo un fugaz movimiento de pies para hacer sitio a Wilder.

Wilder titubeó, reprimiendo el deseo de volverse y echar a correr escaleras abajo hacia su propio apartamento. Los pasajeros lo miraban con atención, preguntándose por qué no entraría y sospechando que quizá ocultaba alguna estratagema.

Cuando las puertas empezaron a cerrarse, Wilder entró en el ascensor con la cámara levantada, iniciando una vez más la escalada del edificio.

13 TRAZOS EN EL CUERPO

Tras un retraso de veinte minutos, tan irritante como una demora en un puesto fronterizo de provincias, el ascensor subió del piso dieciséis al diecisiete. Agotado por la larga espera, Wilder salió buscando un sitio donde arrojar las cajas de comida para animales. Apretujados hombro contra hombro, los asesores financieros y ejecutivos de televisión que volvían del trabajo aferraban con firmeza los portafolios, evitando mirarse, y clavando los ojos en los graffiti de las paredes del ascensor. El techo de acero había sido arrancado, y el largo hueco se elevaba por encima de ellos, al alcance de cualquiera que tuviese un proyectil a mano.

Los tres pasajeros que salieron con Wilder desaparecieron entre las barricadas de los corredores a oscuras. Cuando Wilder llegó al apartamento de Hillman, descubrió que la puerta estaba cerrada con llave. Dentro no se oía ningún sonido. Wilder intentó en vano forzar la cerradura. Era posible que los Hillman hubiesen abandonado el apartamento para refugiarse en casa de unos amigos. Entonces oyó adentro un crujido débil. Apretando la cabeza contra la puerta, alcanzó a oír a la señora Hillman que se regañaba a sí misma con un hilo de voz mientras arrastraba un objeto pesado por el suelo.

Luego de prolongados golpeteos y negociaciones, durante los cuales Wilder se vio obligado a hablarle en ese mismo tono susurrante, lo admitieron en el apartamento. Una enorme barricada de muebles, artefactos de cocina, libros, ropas y adornos de mesa bloqueaba el pasillo, como un vaciadero municipal en miniatura.

Hillman yacía en un colchón del dormitorio. Tenía la cabeza vendada con una camisa de seda hecha jirones, y la sangre se había filtrado hasta la almohada. Cuando vio entrar a Wilder se incorporó, tanteando con la mano un trozo de baranda que había en el suelo. Hillman había sido uno de los primeros chivos expiatorios; de modales bruscos e independientes era un blanco natural. Mientras encabezaba un ataque escaleras arriba, lo habían golpeado en la cabeza con la estatuilla de un premio de televisión. Wilder lo había trasladado al apartamento y se había pasado la noche cuidándolo.

Con el marido fuera de combate, la señora Hillman dependía totalmente de Wilder, una dependencia que a él en cierto modo le complacía. Cuando Wilder no estaba allí, ella se pasaba las horas preocupada, como una madre ansiosa, inquieta por un hijo descarriado, aunque tan pronto como él estaba de vuelta, ella olvidaba quién era Wilder.

Tironeó de la manga de Wilder mientras él miraba a Hillman. La barricada la

preocupaba más que el marido y las ominosas perturbaciones visuales que él tenía ahora. Casi todos los objetos móviles del apartamento, por pequeños que fueran, los había sumado a la barricada, que por momentos amenazaba sepultarlos para siempre.

Todas las noches Wilder dormía unas pocas horas antes del alba tumbado en un sillón parcialmente incrustado en la muralla defensiva. Oía entonces los infatigables pasos de la señora Hillman, que se acercaba para añadir algún mueble, tres libros, un disco, un cofre. Una vez Wilder despertó para descubrir que ella había incorporado la pierna izquierda de él a la barricada. A menudo Wilder tardaba media hora en abrirse paso fuera del apartamento.

—¿Qué ocurre? —preguntó con irritación—. ¿Qué le haces a mi brazo? —Ella estaba mirando la bolsa de alimento para perros. Como no había muebles alrededor, Wilder no había podido dejarla en ninguna parte. Por algún motivo, no quería que ella la agregara a la barricada.

—Estuve haciendo un poco de limpieza —afirmó ella con cierto orgullo—. Eso es lo que querías ¿no?

—Claro... —Wilder examinó el apartamento con una mirada señorial. En realidad, apenas notaba que hubiera cambiado, y en todo caso lo prefería sucio.

—¿Qué es esto? —Ella señalaba excitada la bolsa, golpeando con el codo las costillas de Wilder, como si hubiera sorprendido a un hijo con un regalo escondido—. ¡Una sorpresa!

—Déjalo. —Wilder la apartó con brusquedad, casi haciéndola caer. En cierto modo disfrutaba de esos ritos absurdos. Rozaban niveles de intimidad que nunca hubieran sido posibles con He-len. Cuanto más subía en el edificio, más cómodo se sentía con estos juegos.

La señora Hillman logró extraer de la bolsa un paquete de galletas. De cuerpo menudo, era asombrosamente ágil. Observó el rechoncho basset hound del marbete. Tanto ella como su marido estaban flacos como espantajos. Generosamente, Wilder sacó una lata de carne para gatos y se la ofreció.

—Empapa las galletas en gin... Sé que en algún lado tienes oculta una botella. Será bueno para los dos.

—¡Conseguiremos un perro! —Esta sugerencia irritó a Wilder y ella se acercó con aire seductor, apretándose las manos contra el pecho vigoroso.— ¿Un perro? Por favor, Dicky...

Wilder trató de apartarse, pero el ronroneo lascivo e incitante y la presión de los dedos de ella en las tetillas lo perturbaban. En verdad, la imprevista pericia sexual de las manos de la señora Hillman descubría en él alguna veta oculta. Hillman, la camisa enrollada en la cabeza como un turbante ensangrentado, los miraba impávido y macilento. Para Hillman, perturbado por alucinaciones visuales, reflexionó Wilder, el apartamento vacío estaría poblado por réplicas de él y la señora Hillman, abrazados.

Wilder fingió apretarse contra ella, y por curiosidad le pasó las manos por las nalgas, pequeñas como manzanas, para ver cómo reaccionaba el hombre herido. Pero Hillman no pareció darse cuenta, Wilder dejó de acariciar a la señora Hillman al advertir que ella le correspondía abiertamente. Quería que esta relación se desarrollara en otros niveles.

—Dicky, yo sé por qué viniste a rescatarme... —La señora Hillman lo siguió alrededor de la barricada, aferrada siempre al brazo de Wilder—. ¿Los castigarás?

Este era otro de sus juegos. El «rescate» para ella significaba ante todo que «ellos» —es decir, los que vivían por debajo del piso diecisiete— vinieran a humillarse y se postraran en una hilera interminable frente a la puerta del apartamento.

—Los castigaré —la tranquilizó Wilder—. ¿De acuerdo?

Estaban apoyados contra la barricada, la puntiaguda señora Hillman hundida en el pecho de Wilder. La pareja menos adecuada, concluyó Wilder, para jugar a la mamá y el hijo. Asintiendo ávidamente ante la posibilidad de una venganza, la señora Hillman metió la mano en la barricada y tiró de un tubo de metal negro. Wilder vio que era el cañón de una escopeta.

Sorprendido, Wilder le arrebató el arma de las manos. Ella lo miraba con una sonrisa estimulante, como si deseara que Wilder saliera al corredor en ese mismo momento y matara a alguien a tiros. Wilder abrió el arma. Bajo los percutores había dos cartuchos, listos para ser disparados.

Puso el arma fuera del alcance de la señora Hillman. Comprendía que la escopeta no era más que una de las tantas armas de fuego del edificio: rifles deportivos, recuerdos del servicio militar, pistolas pequeñas. Pero hasta ahora nadie había disparado un solo tiro, a pesar de la epidemia de violencia. Wilder sabía perfectamente bien por qué. El mismo nunca se animaría a utilizar esta escopeta, aun en peligro de muerte. Había un acuerdo tácito entre los residentes del rascacielos: los problemas se resolverían sólo mediante enfrentamientos físicos.

Metió otra vez la escopeta en la barricada y empujó el pecho de la señora Hillman. —Fuera, rescátate tú misma...

Mientras ella protestaba, medio en broma, medio en serio, él empezó a arrojarle las galletas, desparramándolas por el suelo.

A Wilder le gustaba humillarla. Ridiculizándola frente al marido acostado, le impidió recoger las galletas hasta que ella se cansó y se retiró a la cocina. La tarde transcurrió con placidez. Wilder se embrutecía poco a poco, a medida que la oscuridad se adueñaba del rascacielos, mostrando una deliberada tosquedad, como un delincuente juvenil que se burla de una institutriz borracha.

Hasta las dos de esa mañana, en el curso de una noche ocasionalmente interrumpida por episodios de violencia, Wilder permaneció en el apartamento de los

Hillman en el piso diecisiete. La notoria disminución del número de incidentes preocupaba a Wilder, quien para ascender en el edificio confiaba en poder ofrecerse como luchador agresivo a cualquiera de los grupos en guerra. Sin embargo, era evidente que los abiertos conflictos tribales de la semana anterior se habían aplacado. Junto con la ruptura de los clanes, las fronteras y frentes de batalla habían desaparecido, reemplazados por una serie de cónclaves pequeños, conjuntos de tres o cuatro apartamentos aislados en los que era más difícil entrar.

A oscuras, de espaldas contra la pared, sentados frente a frente en el piso de la sala, él y la señora Hillman escuchaban los sofocados ruidos de alrededor. Los habitantes del rascacielos parecían criaturas de un zoológico en penumbras, conviviendo en una calma hostil y atacándose de vez en cuando en fugaces estallidos de ferocidad.

Los vecinos inmediatos de los Hillman, un corredor de seguros y su mujer, dos ejecutivos y un farmacólogo, eran gente abúlica y desorganizada. Wilder los había visitado varias veces, pero pronto comprobó que las exhortaciones a la autodefensa eran inútiles. De hecho, sólo los gritos más vociferantes de hostilidad irracional podían estimular esas mentes congeladas. La cólera de Wilder, fingida o real, sus fantasías de venganza, apenas los sacaba un momento de aquel pesado sopor.

Este reagrupamiento en torno a los líderes más radicales y agresivos ocurría en todo el rascacielos. Después de medianoche las linternas centelleaban detrás de las barricadas de corredores y vestíbulos, donde grupos de cinco o seis residentes se pasaban las horas agazapados entre las bolsas de basura, incitándose recíprocamente como invitados a una boda que se emborrachan sabiendo que pronto también ellos copularán libremente entre las tartas.

A las dos Wilder dejó el apartamento de los Hillman y fue a hablarles a los vecinos. Los hombres se sentaron en cuclillas hombro con hombro, garrote y lanza en mano, con botellas de whisky alineadas en el suelo. Los haces de las linternas iluminaban las bolsas apiladas alrededor, museo visible de desperdicios. Wilder ocupaba el centro del grupo, proponiendo otra expedición a los pisos de arriba. Aunque hacía días que apenas comían, no todos querían participar, pues tenían miedo de los que vivían encima de ellos. Wilder recurrió sagazmente a la imaginación. Una vez más eligió al psiquiatra Adrián Talbot como chivo emisario, acusándolo ahora de querer abusar de un niño en un vestuario de la piscina. El carácter falso de este reproche, que nadie ignoraba, sólo sirvió para reforzarlo. Más aún, antes de movilizarse insistieron para que Wilder inventara un delito más revulsivo, como si el carácter imaginario de las afrentas sexuales de Talbot fuese lo más importante para los agresores. De acuerdo con la lógica del rascacielos, los más inocentes eran los más culpables.

Poco antes del alba Wilder se encontró en un apartamento vacío del piso

veintiséis, habitado antes por una mujer y su hijo pequeño. Lo habían abandonado recientemente y nadie se había ocupado de asegurar la puerta de entrada. Fatigado por las revueltas nocturnas, Wilder no perdió tiempo en derribar la puerta. Se había apartado de los otros, dejando que por décima vez irrumpieran en las habitaciones de Talbot. Durante los últimos minutos de oscuridad quería instalarse en un sitio desocupado y dormir durante las prolongadas horas de luz diurna para reiniciar el ascenso del rascacielos a la caída de la noche.

Wilder recorrió las tres habitaciones, asegurándose de que no hubiera nadie escondido en la cocina o el baño. Deambuló en la oscuridad abriendo los armarios a puntapiés y tirando al suelo libros y adornos. Antes de partir, la dueña había intentado, aunque sin mayor convicción, ordenar el apartamento, guardando los juguetes del niño en un ropero del dormitorio. El espectáculo de esos suelos recién barridos y esas cortinas plegadas con pulcritud enfureció a Wilder. Arrojó los cajones al piso, arrancó los colchones de las camas, orinó en la bañera. La figura corpulenta, con los pantalones abiertos exhibiendo los abultados genitales, lo sorprendió desde los espejos del dormitorio. Estuvo a punto de romper los cristales, pero la imagen reflejada del pene, que le colgaba como una cachiporra blanca en la oscuridad, lo tranquilizó de pronto. Le hubiera gustado adornarlo de alguna manera, quizá con una cinta anudada en un lazo. Ahora que estaba solo, Wilder confiaba en el futuro. La sensación de triunfo luego de haber escalado más de la mitad del rascacielos era más fuerte que el hambre. Desde las ventanas ya apenas veía el suelo, parte de un mundo que había quedado atrás. En algún sitio, arriba, Anthony Royal se paseaba con el ovejero blanco sin saber que él pronto le daría una sorpresa.

Al amanecer apareció la dueña del apartamento e irrumpió en la cocina donde descansaba Wilder, tranquilo, cómodamente sentado en el suelo, de espaldas al horno, con sobras de comida dispersas alrededor. Había encontrado unas últimas latas de alimentos envasados, además de dos botellas de vino tinto, en el invariable escondrijo del dormitorio, debajo del guardarropa. Mientras abría las latas, jugó con un grabador que encontró entre los juguetes. Grababa gruñidos y eructos y luego los escuchaba. A Wilder lo divertía la destreza con que montaba la grabación superponiendo una primera serie de eructos a una segunda y a una tercera, habilidad que ahora dependía enteramente de aquellos dedos marcados con cicatrices, de uñas rotas y ennegrecidas.

Luego de las botellas de clarete se sentía bien y con sueño. Derramándose el vino tinto sobre el pecho fornido observó amistosamente a la perpleja mujer. Ella entró tambaleándose en la cocina y tropezó con las piernas de Wilder.

Mientras la mujer le clavaba los ojos llevándose una mano a la garganta, Wilder recordó que una vez se había llamado Charlotte Melville. El nombre ahora se había desprendido de ella, como un atleta que ha perdido su número, arrebatado por una ráfaga de viento. Ella comprendió que él había estado a menudo en estas

habitaciones, lo que explicaba aquella familiaridad con los juguetes y los muebles, aunque las sillas y el sofá habían sido reordenados para ocultar varios escondites.

—¿Wilder...? —Como si no estuviera segura del nombre, Charlotte lo pronunció en voz baja.

Había pasado la noche refugiada con su hijo en el apartamento de un amigo reciente, un estadista de tres pisos más arriba. Con las primeras luces, cuando todo estaba en calma, había vuelto con el propósito de recoger las últimas reservas de comida antes de irse para siempre. Se recobró con rapidez y observó exasperada a ese hombre corpulento tirado como un salvaje entre las botellas de vino, con el bajo vientre desnudo y el pecho marcado con franjas rojas. No tenía una sensación de pérdida o de ultraje, y aceptaba con fatalismo los daños que sin querer él había causado en el apartamento, como el olor penetrante de la orina en el baño.

Parecía adormilado, y Charlotte Melville caminó lentamente hacia la puerta. Wilder estiró una mano y le aferró el tobillo. Sonrió torciendo la boca. Se incorporó y se movió en círculos alrededor de ella, enarbolando el grabador como si fuera a golpearla. Pero en cambio lo encendía y apagaba, haciéndole escuchar la selección de eructos y gruñidos, obviamente satisfecho con esta demostración de inesperada habilidad. La siguió sin prisa por el apartamento, mientras ella retrocedía de un cuarto a otro y escuchaba los farfulleos de la grabación.

La primera vez que la golpeó, arrojándola al suelo del dormitorio, trató de grabar el jadeo de ella, pero la bobina estaba atascada. La destrabó con cuidado, se agachó, y la abofeteó de nuevo. Sólo se interrumpió después de haber grabado un buen rato los gritos que ahora ella daba a propósito. Le complacía asustarla, grabar aquellos exagerados pero aterrados gimoteos. Durante el torpe encuentro sexual en el colchón del dormitorio del niño, Wilder dejó el grabador encendido en el suelo y reprodujo los sonidos de esta fugaz violación, uniendo el ruido de las ropas rasgadas a los jadeos coléricos de Charlotte.

Más tarde, ya aburrido de la mujer y de estos juegos con el grabador, arrojó el aparato a un rincón del cuarto. La voz de él, por más brutal que fuera, introducía un elemento discordante. Aborrecía hablar, con Charlotte o con cualquiera, como si las palabras dieran significados erróneos a todas las cosas.

Después que ella se vistió, desayunaron juntos en el balcón, sentados a la mesa con incongruente formalidad. Charlotte comió las lonjas de carne enlatada que encontró en el suelo de la cocina. Wilder terminó el vino, volviéndose a marcar las franjas en el pecho. El sol del amanecer le calentaba el vientre desnudo, y se sentía como un marido feliz sentado con su mujer en una villa de montaña. Ingenuamente, quiso explicarle a Charlotte cómo estaba subiendo por el rascacielos, y señaló la terraza con timidez. Pero ella no comprendió. Se ciñó al cuerpo las ropas rasgadas. A pesar de las magulladuras que tenía en la garganta y la boca, Charlotte parecía

despreocupada y observaba a Wilder con una expresión de pasividad.

Desde el balcón Wilder podía ver la terraza del rascacielos, a poco más de doce pisos de distancia. La embriaguez de vivir a esas alturas era tan verdadera como la del vino que acababa de tomar. Ya podía ver los enormes pájaros posados en las balaustradas, sin duda esperando a que él llegase y tomara el mando.

Abajo, en un balcón del piso veinte, un hombre cocinaba atendiendo una fogata. Había roto una mesita e introducía las patas en el túmulo de maderas humeantes. Encima se mecía una lata de sopa.

Un coche de policía se acercó a la entrada del parque. A esta hora temprana unos pocos residentes salían a trabajar, pulcramente vestidos con traje e impermeable, portafolio en mano. Los coches abandonados en los caminos de acceso impedían a la policía llegar a la entrada principal del edificio. Dos hombres se apearon del coche e interrogaron a los residentes que pasaban. Comúnmente ninguno de ellos hubiera respondido a una persona ajena al edificio, pero ahora se juntaron en un grupo alrededor de los dos policías. Wilder se preguntó si abandonarían la partida, pero aunque no podía oírlos sabía con seguridad lo que estaban diciendo. Obviamente calmaban a los policías, asegurándoles que todo estaba en orden, pese a la basura y las botellas vacías desparramadas alrededor.

Decidido a poner a prueba las defensas del apartamento antes de echarse a dormir, Wilder salió al pasillo. Se quedó frente a la puerta, mientras una bocanada de aire pestilente inundaba el balcón. Saboreó los matizados olores del rascacielos. Lo mismo que la basura, los excrementos de los habitantes de los pisos superiores tenían un olor notoriamente distinto.

Regresó al balcón y observó a los policías que se alejaban en el coche. De la veintena de residentes que todavía trabajaban por las mañanas, tres habían regresado, agotados sin duda por la tarea de persuadir a la policía de que todo estaba bien. Se escurrieron en el vestíbulo de entrada sin levantar los ojos.

Wilder sabía que nunca volverían a marcharse. La separación entre el rascacielos y el mundo exterior era ahora casi total, y quizá culminase cuando él llegara a la cima. Halagado por esta imagen, se sentó en el piso y se reclinó contra el hombro de Charlotte Melville, durmiéndose mientras ella le acariciaba las franjas color vino del pecho y los hombros.

14

TRIUNFO FINAL

En el crepúsculo, después de reforzar la guardia, Anthony Royal ordenó que se encendieran las velas en la mesa del comedor. Las manos enfundadas en los bolsillos de la chaqueta de noche, de pie frente a las ventanas del ático del piso cuarenta, contempló los parques de cemento entre las nuevas construcciones. Todos los propietarios que a la mañana habían partido rumbo al trabajo habían dejado allí los coches y ya estaban en el edificio. Royal ya podía sentirse realmente tranquilo, como un capitán que tiene prisa por zarpar de un puerto extranjero y ve que los últimos tripulantes regresan a bordo. La noche había comenzado.

Royal se sentó en la silla de roble de respaldo alto, a la cabecera de la mesa. El resplandor de las velas oscilaba sobre los cubiertos de plata y la vajilla de oro, reflejándose en las solapas de seda de Royal. Como de costumbre, la teatralidad de esta deliberada escenografía lo hizo sonreír. Se parecía a un comercial de televisión, mal ensayado y peor financiado, para un producto exclusivo. El rito había empezado tres semanas atrás, cuando él y Pangbourne habían resuelto vestirse todas las noches para cenar. Royal ordenó a las mujeres que extendieran la mesa del comedor, para que él pudiera sentarse de espaldas a los ventanales y las fachadas iluminadas de los edificios vecinos. Las mujeres habían traído velas y utensilios de plata de escondrijos secretos, y sirvieron unos platos muy complicados. Las sombras se movían por el techo como si deambularan por la sala de banquetes de un señor feudal. Sentado en el extremo opuesto de la mesa, Pangbourne había quedado impresionado.

Por supuesto, como bien sabía el ginecólogo, la charada no tenía sentido. A un solo paso del círculo de luz de las velas, las bolsas de residuos se sucedían en pilas de seis contra la pared. Afuera, los corredores y escaleras estaban atiborrados de muebles rotos y barricadas de refrigeradores y máquinas de lavar. Los desperdicios eran arrojados por los huecos de los ascensores. De los veinte ascensores ya no funcionaba ninguno, y en los huecos se apilaban sobras de comida y perros muertos. Una borrosa semblanza del orden civilizado aún subsistía en los tres pisos superiores, el último grupo tribal del rascacielos. Sin embargo, si un error habían cometido Royal y Pangbourne, había sido suponer que en los pisos de abajo siempre habría alguna especie de organización social que ellos podrían explotar y dominar. Ahora estaban entrando en un período en el que no cabía ninguna organización. Los clanes se habían dividido en pequeños grupos criminales, cazadores solitarios que acechaban en los apartamentos abandonados o se abalanzaban sobre los incautos en los vestíbulos.

Royal apartó la vista de la mesa lustrosa cuando una de las mujeres entró en el

comedor con una bandeja de plata en los brazos. Observándola, recordó que se trataba de la señora Wilder. Vestía un elegante conjunto de Anne, y no por primera vez Royal recordó la facilidad con que esta mujer inteligente se había adaptado a los niveles superiores del rascacielos. Dos semanas antes, cuando la habían descubierto agazapada con los niños en un apartamento vacío del piso diecinueve, después de ser abandonada por Wilder, estaba totalmente exhausta, insensibilizada por el hambre y la indignación. Ya fuera en busca del marido o guiada por un instinto incierto, se había puesto a escalar el edificio. Un grupo incursor la había traído arriba. Pangbourne había querido echar a esta mujer anémica y errabunda, pero Royal se lo impidió. En alguna parte del edificio, Wilder seguía ascendiendo y su mujer podía ser un día un valioso aliado. Helen Wilder se unió al grupo de mujeres desamparadas que vivían con sus hijos en el apartamento contiguo, trabajando de criadas para ganar esa protección.

Pocos días después la señora Wilder se había recuperado y confiaba otra vez en sí misma. Ahora que no parecía aturdida y caminaba con el cuerpo erguido, le recordaba a Royal la severa y atractiva mujer que había llegado un año atrás al rascacielos, casada con un promisorio periodista de la televisión.

Notó que estaba levantando los cubiertos del lugar de Pangbourne, devolviendo a la bandeja los immaculados objetos de plata.

—Parecen limpios —dijo Royal—. No creo que el doctor Pangbourne note la diferencia. —Cuando ella lo ignoró y siguió recogiendo los cubiertos, Royal preguntó: —¿Has tenido noticias del doctor Pangbourne? Parece que esta noche no va a cenar conmigo.

—Ni ninguna otra noche. Ha resuelto abstenerse en el futuro. —La señora Wilder miró a Royal por encima de la mesa, casi como si de pronto él la hubiera preocupado. Añadió sin rodeos—: Yo no me fiaría del doctor Pangbourne.

—Nunca lo hice.

—Cuando un hombre como el doctor Pangbourne pierde el apetito, tiene seguramente algo mucho más interesante entre manos..., y mucho más peligroso.

Royal escuchó sin comentarios ese tranquilo consejo. No le sorprendía que las cenas compartidas hubiesen terminado. Tanto él como Pangbourne, previendo la inevitable disolución del último clan del— edificio, se habían retirado a los apartamentos de la terraza con sus respectivas mujeres. Pangbourne se había mudado al ático del joyero muerto. Extrañamente, reflexionó Royal, pronto habrían vuelto al punto inicial, cada propietario aislado en su propio cubículo.

Algo le previno que no tocara esta comida, pero esperó a que la señora Wilder la sirviera. Si había logrado sobrevivir hasta ahora, nada podía temer de Pangbourne. Durante los últimos meses se le habían borrado casi todas las huellas del accidente y ahora se sentía más fuerte y confiado que nunca. Había conseguido al fin dominar el

rascacielos, además de probar que era capaz de gobernarlo, aun a costa de su propio matrimonio. En cuanto al nuevo orden social cuya aparición había estado esperando, ahora sabía que aquella visión original de una pajarera que parecía un rascacielos estaba más cerca de la verdad de lo que él había imaginado. Sin darse cuenta, había erigido un gigantesco zoológico vertical, cientos de jaulas amontonadas una sobre otra. Todos los sucesos de los últimos meses tenían de pronto sentido, si uno comprendía que estas criaturas brillantes y exóticas habían aprendido a abrir las puertas.

Royal se reclinó mientras la señora Wilder le servía la cena. Como en la cocina ya no quedaba ningún artefacto, siempre le preparaban la comida en el apartamento contiguo. La señora Wilder reapareció con la bandeja, pasando por encima de las bolsas de residuos alineadas en el vestíbulo; pese al abrupto descenso en la barbarie, los habitantes del rascacielos seguían fieles a sus orígenes y continuaban produciendo grandes cantidades de basura.

Como de costumbre, el plato principal era un trozo de carne asada. Royal nunca preguntaba de qué animal era la carne; de perro, presumiblemente. Las mujeres administraban con eficacia las provisiones. La señora Wilder permaneció de pie junto a él, escrutando el aire nocturno mientras Royal saboreaba el plato fuertemente condimentado. Como un experto mayordomo, ella esperaba la aprobación de Royal, aunque ni los elogios ni las críticas parecían afectarla. Hablaba en un tono monocorde, diferente del tono vivaz que empleaba con Anne y las otras mujeres. En realidad, la señora Wilder pasaba más tiempo con la esposa de Royal que el mismo Royal. En el apartamento contiguo convivían seis mujeres, al parecer con el propósito de estar mejor protegidas en caso de un ataque por sorpresa. A veces Royal visitaba a Anne, pero había algo de intimidatorio en esa cerrada colectividad de mujeres tendidas en las camas, rodeadas de desperdicios, cuidando juntas de los hijos de Wilder. Solían mirarlo en silencio mientras él titubeaba en la puerta, como exigiéndole que se marchara. Hasta Anne se había apartado de él, en parte porque le tenía miedo, pero también porque comprendía que Royal ya no la necesitaba. Por último, después de haberse pasado tantos meses intentando preservar la superioridad de su posición social, Anne había decidido unirse a los otros residentes.

—Bien... excelente, como siempre. Espere... no se vaya todavía. —Royal dejó el tenedor en la mesa. Preguntó, con aire distraído—: ¿Ha oído algo acerca de él? ¿Alguien lo vio?

La señora Wilder meneó la cabeza, fastidiada por los rodeos de ese interrogatorio. —¿A quien...?

—A su marido... Richard, creo que se llamaba. *Wilder*.

La señora Wilder bajó los ojos hacia Royal, sacudiendo la cabeza como si no lo reconociera. Royal estaba seguro de que no sólo había olvidado la identidad de su

marido sino la de todos los hombres, incluyéndolo a él. Para saber si era cierto, apoyó la mano en el muslo de la mujer, palpándole las carnes tensas. La señora Wilder permaneció pasivamente de pie, bandeja en mano, sin dar importancia a las caricias de Royal, en parte porque en los últimos meses la habían tocado demasiados hombres, pero además porque las agresiones sexuales ya no tenían para ella ningún sentido. Cuando Royal le deslizó dos dedos entre las piernas ella no le apartó la mano; la alzó y se la puso en la cintura, aprisionándola allí levemente, como si se tratara de la mano extraviada de uno de sus hijos.

Cuando ella se retiró, llevándose la porción de carne que Royal siempre le dejaba, él se recostó otra vez en el asiento, frente a la mesa. Le alegraba que ella se fuese. Sin consultarlo, la señora Wilder le había limpiado la chaquetilla blanca, lavando las manchas de sangre que Royal alguna vez había exhibido con tanto orgullo, y que no sólo le habían dado un aura de autoridad sino también un derecho irrecusable al papel que desempeñaba dentro del edificio.

¿Ella lo había hecho con deliberación, sabiendo que así lo castraba de algún modo? Royal aún podía recordar aquel período de fiestas interminables, cuando el edificio de apartamentos se iluminaba como un trasatlántico ebrio. Royal había actuado como un verdadero jefe, presidiendo por las noches las reuniones de consejo que se celebraban en la sala. Agrupados a la luz de las velas, esos neurocirujanos, académicos de jerarquía y agentes bursátiles desplegaban todo el talento para la intriga y la supervivencia que habían ejercitado durante años de servicio en la industria, el comercio y la vida universitaria. Pese al vocabulario formal tomado de actas y agendas, a las mociones de orden propuestas y aprobadas, a la parafernalia verbal aprendida en un centenar de reuniones de comité, estas eran en realidad conferencias tribales. Aquí se discutían las últimas estrategias para la obtención de alimentos y mujeres, para la defensa de los pisos altos contra las bandas incursoras, los planes de traiciones y alianzas. Ahora el nuevo orden había aparecido, y toda la vida del rascacielos giraba en torno a tres obsesiones: seguridad, comida y sexo.

Apartándose de la mesa, Royal recogió un candelabro de plata y lo llevó hasta el ventanal. Todas las luces del rascacielos estaban apagadas. Dos pisos, el cuarenta y el treinta y siete, aún tenían corriente eléctrica, pero permanecían a oscuras. Las tinieblas eran más incitantes, un espacio donde florecían auténticos espejismos.

Cuarenta pisos más abajo, un coche entró en el parque y se abrió paso por el laberinto de caminos de acceso hasta detenerse a doscientos metros del edificio. El conductor, que vestía chaqueta de cuero y botas pesadas, se apeó y corrió hacia la entrada agachando la cabeza. Royal sospechó que este desconocido era probablemente el único que aún salía del edificio y concurría a su trabajo. Quienquiera que fuese, había encontrado el modo de ir y volver.

En alguna parte de la terraza aulló un perro. De veinte pisos más abajo, subió un

chillido aislado y fugaz, ya no importaba si era de dolor, de lujuria o de cólera. Royal esperó, sintiendo que el corazón se le aceleraba. Un momento después hubo otro chillido, un gemido inarticulado. Estos gritos expresaban emociones por completo abstractas, separadas del contexto de alrededor.

Royal esperó, pensando que algún miembro de la banda vendría a informarle del motivo probable de los disturbios. Además de las mujeres del apartamento contiguo, varios de los hombres jóvenes —un marchando del piso treinta y nueve, un famoso peluquero del treinta y ocho— solían rondar por el corredor entre las bolsas de basura, apoyados en lanzas y vigilando las barricadas de las escaleras.

Royal recogió el bastón cromado y se marchó del comedor alumbrándose con la vela de un candelabro de plata. Al tropezar con las bolsas de plástico negro se preguntó por qué nunca las habían hecho a un lado. Quizá conservaban los desperdicios menos por miedo a llamar la atención del mundo exterior que por necesidad de aferrarse a sí mismos, rodeándose del mucílago de comidas inconclusas, vendajes ensangrentados, botellas rotas con cuyo vino se habían embriagado una vez, todo débilmente visible a través del plástico oscuro.

El apartamento estaba vacío; no había nadie en los cuartos de paredes altas. Cautelosamente, Royal se internó en el corredor. No había guardias tampoco en el puesto de las barricadas, y el apartamento contiguo, el que ocupaban las mujeres, estaba a oscuras. Sorprendido por la falta de luz en la cocina, en general alborotada, Royal avanzó entre las sombras del vestíbulo. Pateó a un lado un juguete y alzó el candelabro por encima de la cabeza, tratando de ver alguna figura humana dormida en los cuartos de alrededor.

Sobre los colchones que cubrían el suelo del dormitorio principal había unas maletas abiertas. Royal se quedó en el umbral envuelto en una confusión de aromas, estelas brillantes que las mujeres habían dejado al escapar. Titubeando un segundo, entró en la habitación y encendió la luz.

El súbito resplandor eléctrico, tan extraño después de la trémula luz de las velas y las linternas espasmódicas, iluminó los seis colchones de la habitación. Maletas a medio empacar yacían unas sobre otras, como si las mujeres hubieran partido ante un aviso repentino, o atendiendo a una señal convenida. Habían dejado casi toda la ropa, y Royal reconoció el traje de chaqueta y pantalón que la señora Wilder se había puesto para servirle la cena esa noche. Las perchas con los vestidos y trajes de Anne colgaban en los guardarropas como en el escaparate de una tienda.

La luz imperturbable, muerta como una fotografía policial que registra un delito, inundaba estos colchones desgarrados y estos vestidos descartados, las manchas de vino de las paredes y los cosméticos olvidados en el suelo.

Mientras los observaba, Royal oyó unos débiles gruñidos que se alejaban en el corredor a oscuras. Quizá eran las voces de las mujeres fugitivas. Hacía días que

venía escuchando esos cloqueos y ronquidos nasales, tratando en vano de sacárselos de la cabeza. Apagó la luz, aferró el bastón con ambas manos, y abandonó el apartamento. De pie frente a la puerta, escuchó los sonidos distantes, casi una parodia electrónica del llanto de un niño. Iban de un lado a otro por los apartamentos del extremo opuesto de la planta, metálicos y remotos, como voces de bestias en un zoológico privado.

15

PASATIEMPO AL ANOCHECER

La tarde se ahondó y el edificio de apartamentos se retiró a la oscuridad. Como siempre a estas horas, el rascacielos estaba en silencio, como si todos los propietarios estuvieran atravesando una zona límite. En la terraza gimoteaban los perros. Royal sopló las velas del comedor y subió las escaleras hacia el ático. Reflejando las luces distantes de los otros edificios, los bordes cromados del aparato de calistenia parecían subir y bajar como columnas de mercurio, un complejo artefacto que registraba los cambiantes niveles psicológicos de los residentes de abajo. Cuando Royal llegó a la terraza, la oscuridad se iluminó con las formas blancas de centenares de aves. Las alas les brillaban en el aire crepuscular mientras luchaban por encontrar un sitio en los atestados cabezales de los ascensores y en las balaustradas.

Royal esperó a que lo rodearan, apartando con el bastón a las aves que le picoteaban las piernas. Se sentía tranquilo otra vez. Si las mujeres y los otros miembros de la decreciente población habían resuelto abandonarlo, tanto mejor. Aquí en la oscuridad, escuchando los chillidos y revoloteos de las aves y los gemidos de los perros entre las esculturas del jardín, se sentía prácticamente en casa. Estaba más convencido que nunca de que era él quien atraía aquí a las aves.

Royal ahuyentó las gaviotas y empujó los portones del jardín. Al reconocerlo, los perros empezaron a lloriquear y agitarse, tironeando de las correas. Estos perdigueros, perros de aguas y pachones eran todo cuanto quedaba del centenar de animales que alguna vez habían habitado en los pisos altos del rascacielos. Se los conservaba aquí como una reserva alimenticia estratégica, pero Royal había cuidado de que sacrificaran sólo unos pocos. Los perros eran su jauría personal: quería preservarlos hasta el momento de la confrontación definitiva, cuando los guiase escaleras abajo y abriese las ventanas de los apartamentos bloqueados para que entrasen las aves.

Los perros, las correas enredadas alrededor de las esculturas, le tironeaban de las piernas. Hasta el favorito de Royal, el ovejero blanco, parecía crispado e inquieto. Royal trató de calmarlo, acariciándole la piel lustrosa pero aún manchada de sangre. El perro lo empujó nerviosamente, haciéndolo trastabillar entre los comederos vacíos.

Mientras recobraba el equilibrio, Royal oyó unas voces que se elevaban desde la escalera central, a treinta metros detrás de él. Unas luces se acercaron en la penumbra, una procesión de linternas eléctricas empuñadas a la altura del hombro. Los haces luminosos rasgaron el aire oscuro, dispersando los pájaros del cielo. La música de un grabador portátil retumbaba por encima del golpeteo metálico de las

barras de pesas. Mientras Royal se ocultaba detrás del cabezal de un ascensor, un grupo de vecinos irrumpió en la terraza. Guiados por Pangbourne, se diseminaron en círculo por el mirador, dispuestos a celebrar un triunfo reciente. Sin decírselo a Royal, ni esperar a que él lo aprobase, habían llevado a cabo una incursión a los pisos de abajo.

El ginecólogo estaba muy excitado. Hacía señas a los últimos rezagados como un guía demente. Una serie de gritos y chillidos peculiares le salían de la boca, gruñidos apenas articulados que sonaban como la llamada de un Neanderthal en celo, pero que en verdad eran la versión de Pangbourne de un llanto de bebé analizado por una computadora. Royal había escuchado de mala gana estos ruidos raros y perturbadores durante semanas enteras, mientras los otros propietarios los acompañaban a coro. Pocos días antes había prohibido para siempre esos sonidos. Sentado en el ático mientras trataba de pensar en los pájaros, oía nerviosamente a las mujeres que reproducían esos chasquidos y gruñidos en la cocina contigua. Sin embargo, Pangbourne solía reunir a la gente en el extremo opuesto de la terraza, en su propio apartamento, donde hacía escuchar toda una colección de llantos postnatales a las mujeres silenciosas, acucilladas alrededor. Juntas habían imitado estos ruidos desconcertantes, emblema oral de la creciente autoridad de Pangbourne.

Ahora habían abandonado a Royal, y estaban dando rienda suelta a todo lo que habían aprendido, graznando y rugiendo como una troupe de embarazadas dementes, clamando los traumas de nacimiento de los hijos futuros.

Esperando un momento oportuno para entrar en escena, Royal retuvo al ovejero detrás de un toldo raído, apoyado en el cabezal del ascensor. Por una vez le alegró estar vestido de smoking, pues la chaquetilla blanca se habría destacado como una llama.

Habían traído dos «invitados», un contador del piso treinta y dos con la cabeza vendada, y un meteorólogo miope del veintisiete. La mujer que llevaba el grabador, advirtió Royal con calma, era Anne, su mujer. Mal vestida, el pelo desgredado, se restregaba contra el hombro de Pangbourne y luego recorría el círculo de luz como una prostituta exaltada, blandiendo el reproductor de cassettes frente a los dos prisioneros.

—Señoras... por favor. Esto es sólo el principio.

Pangbourne apaciguó a las mujeres alzando los dedos delgados como palillos quebradizos a la luz confusa. Instalaron el bar portátil, pusieron una mesa y dos sillas al lado, y los invitados se sentaron intranquilos. El contador trataba de enderezarse sobre la frente la venda deshilachada, como si temiese que lo obligasen a jugar a la gallina ciega. El meteorólogo paseaba una mirada miope entre los haces de luz, con la esperanza de reconocer a alguno de los rebeldes. Royal los conocía a todos, estaba asistiendo a uno de los muchos cócteles celebrados ese verano en la terraza. Al

mismo tiempo tenía la impresión de presenciar el primer acto de una ópera o un ballet estilizados, donde en un restaurante reducido a una sola mesa un coro de camareros se mofaba del héroe destinado a morir, antes de que lo despacharan.

Los anfitriones habían estado bebiendo toda la tarde. La viuda del joyero arrebuja en un abrigo de piel, Anne con el grabador, Jane Sheridan sacudiendo una coctelera, todos parecían moverse al ritmo de una música desquiciada que sólo Royal era incapaz de oír.

Pangbourne hizo una llamada a la cordura.

—Bien... hay que entretener a los invitados. Se los ve aburridos. ¿Qué representamos hoy?

Le gritaron una andanada de sugerencias.

—¡La Planchada!

—¡La Academia de Vuelo, doctor!

—¡El Paseo Lunar!

Pangbourne se volvió a los invitados. —Preferiría la Academia de Vuelo... ¿Sabían que tenemos aquí una academia de vuelo? ¿No...?

—Hemos decidido darles lecciones gratis —les dijo Anne Royal.

—Una lección gratis —corrigió Pangbourne. Todos rieron burlescamente—. Pero no les hará falta más. ¿No es cierto, Anne?

—Es un curso sumamente eficaz.

—Es verdad, un solo curso.

Guiados por la viuda del joyero, ya arrastraban al contador herido hacia la balaustrada, pisoteándole la venda manchada de sangre que se le había desprendido de la cabeza. Un par de maltrechas alas de papel, parte de un disfraz infantil de ángel, fueron aseguradas a la espalda de la víctima. Los cloqueos y gruñidos comenzaron otra vez.

Arrastrando al asustado ovejero, Royal salió de las sombras. Los otros no se dieron cuenta, atentos todos a la inminente ejecución. Royal gritó de pronto en el tono más indiferente de que fue capaz: —¡Pangbourne...! ¡Doctor Pangbourne...!

El ruido se apagó. Los haces de las linternas atravesaron la oscuridad, centelleando en las solapas de seda del smoking, enfocando al ovejero blanco que trataba de huir entre las piernas de Royal. Se oyó otra vez el lúgubre cántico: — ¡Academia de Vuelo! ¡Academia de Vuelo! —Observando a esta pandilla alborotada, Royal tuvo la impresión de estar rodeado por una turba de niños analfabetos. El zoológico se había rebelado contra el guardián.

Al oír la voz de Royal, el ginecólogo apartó los ojos del prisionero, cuyo vendaje había vuelto a sujetar con dedos expertos. Frotándose las manos, se paseó por la terraza, casi parodiando el andar altivo de Royal, pero entretanto examinándole la cara, como si hubiera decidido que esa expresión de decidida firmeza podía

cambiarse para siempre seccionando sólo unos pocos nervios y músculos.

El cántico se elevó en el aire. Los haces de las linternas saltaban rítmicamente en la oscuridad, rozando la cara de Royal. Royal aguardó pacientemente a que el clamor cediese. Cuando Anne se separó de la multitud y avanzó hacia él, enarboló el bastón cromado, dispuesto a golpearla. Ella se detuvo frente a Royal, sonriendo afectadamente mientras se levantaba la falda con un ademán provocativo. De pronto puso el grabador a todo volumen y lo empujó contra la cara de Royal, mientras se oía una chillona algarabía de niños recién nacidos.

—Royal... —gritó amenazadora la viuda del joyero—. ¡Aquí está Wilder!

Titubeando al oír el nombre, Royal retrocedió, y azotó la oscuridad con el bastón cromado. Los haces de las linternas zigzaguearon alrededor, y las sombras de las sillas volcadas se movieron en el suelo de cemento. Temiendo que Wilder lo atacara por la espalda, Royal tropezó con el toldo y se enredó en la correa del perro.

Oyó risas detrás de él. Trató de dominarse y se volvió para encarar nuevamente a Pangbourne. Pero el ginecólogo se alejaba, mirándolo sin hostilidad. Saludó a Royal con un rápido movimiento de la mano, como si le arrojara un dardo, eliminándolo para siempre. Las linternas dejaron de enfocar a Royal, y todo el mundo se dedicó a la tarea mucho más importante de atormentar a los dos invitados.

Desde la oscuridad Royal observó cómo discutían acerca de los prisioneros. El enfrentamiento con Pangbourne había concluido... o, más exactamente, no había ocurrido nunca. Royal había caído en una trampa, y ahora ya no sabía si en verdad temía o no a Wilder. Lo habían humillado, pero de algún modo se había hecho justicia. El ginecólogo era el hombre que necesitaban ahora. Ningún zoológico podría sobrevivir mucho tiempo con un guardián como Pangbourne, pero él sería todo un ejemplo de violencia y crueldad-y ayudaría a que los otros conservasen la voluntad de sobrevivir. Bien, que los psicóticos tomaran el mando. Sólo ellos podían comprender lo que pasaba. Reteniendo al ovejero, Royal se dejó llevar hacia la seguridad de las sombras junto al jardín. Las formas blancas de las aves se apiñaban en parapetos y cornisas. Royal escuchó los gimoteos de los perros. Ahora ya no tenía con qué alimentarlos. Las puertas de vidrio del ático reflejaban los vuelos de las aves, como ventanales de un pabellón secretó. Podía cerrar el apartamento, bloquear las escaleras y retirarse al ático, tal vez llevándose a la señora Wilder como criada. Desde allí dominaría el edificio, instalado en una última morada celeste.

Quitó el cerrojo del portón del jardín y avanzó en la oscuridad entre las estatuas, liberando a los perros. Huyeron uno por uno, hasta que sólo quedaron Royal y los pájaros.

16

UN ACUERDO SENSATO

Una escena imprecisa, decidió Robert Laing. Ya no podía confiar en sus sentidos. Una luz extraña, húmeda y gris^ pero al mismo tiempo jaspeada por una débil luminosidad interior, flotaba en el apartamento. De pie entre las bolsas de residuos de la cocina, mientras trataba de sacarle al grifo unas gotas de agua, observó por encima del hombro la niebla opaca que se extendía como una cortina a través del cuarto, casi una extensión de su propia mente. No era la primera vez que no estaba seguro de la hora. ¿Cuanto hacía que había despertado? Laing recordó vagamente haber dormido en el felpudo de tartán de la cocina, con una bolsa de desperdicios como almohada. Había vagabundado por el dormitorio donde dormía su hermana Alice, pero no podía decir si él había despertado hacía cinco minutos o el día anterior. Sacudió el reloj de pulsera, y metió una uña ennegrecida en el borde del cristal roto. El reloj se había estropeado durante una escaramuza en el vestíbulo del veinticinco, varios días antes. Aunque Laing había olvidado el momento exacto, las manecillas inmóviles contenían el único punto de tiempo finito que le quedaba, como un fósil arrojado a una orilla, cristalizando para siempre una fugaz secuencia de hechos en un mar desvanecido. Sin embargo, ahora apenas importaba la hora. Sólo importaba que no fuese de noche, cuando era demasiado aterrador hacer otra cosa que refugiarse en el apartamento y agazaparse detrás de la barricada derruida.

Laing abrió y cerró el grifo de agua fría escuchando el zumbido débil y cambiante. Muy rara vez, quizá durante un minuto en todo el día, un líquido verde y musgoso goteaba del grifo. Estas pequeñas columnas de agua, que circulaban arriba y abajo por el vasto sistema de cañerías que atravesaba el edificio, anunciaban que llegaban y se iban con raros cambios de tono. Los oídos de Laing se hacían más sensibles a medida que escuchaba esta música remota y compleja y los otros sonidos del edificio. Los ojos en cambio, habituados a las sombras de la noche, le mostraban un mundo cada vez más opaco.

En el interior del rascacielos casi nada se movía. Como Laing decía a menudo de sí mismo, la mayor parte de lo que podía pasar ya había pasado. Dejó la cocina y se escurrió en el nicho angosto entre la puerta del frente y la barricada. Apoyó la oreja contra el panel sonoro de la puerta de madera. Las minúsculas reverberaciones le anunciaban al instante si había algún merodeador en los apartamentos abandonados más próximos. Todas las tardes, en el breve rato en que él y Steele emergían de los apartamentos —evocación ritual de la época en que la gente salía en verdad del edificio—, se turnaban para apoyar la mano contra las paredes metálicas de un hueco

de ascensor, sintiendo las vibraciones en el cuerpo, advirtiendo un movimiento súbito a quince pisos de distancia. Agazapados en la escalera con los dedos sobre la baranda de metal, escuchaban los murmullos secretos del edificio, los distantes espasmos de violencia que se comunicaban entre sí como estallidos radiactivos de otro universo. El rascacielos se sacudía con estos trémolos, siniestras estelas sonoras de un residente herido que se arrastraba por una escalera, una trampa que se cerraba sobre un perro salvaje, una víctima incauta derribada por una cachiporra.

Hoy, sin embargo, adecuadamente, en esta zona intemporal de luz incierta no había ningún sonido. Laing regresó a la cocina y escuchó los conductos de agua, partes de un vasto sistema acústico con miles de llaves, un moribundo instrumento musical que en otro tiempo todos habían tocado juntos. Pero todo estaba en silencio. Los residentes del rascacielos no se movían, y permanecían ocultos en los apartamentos, preservando el equilibrio mental que les quedaba y preparándose para la noche. Ahora los actos de violencia eran completamente estilizados, espasmos de agresividad fría y azarosa. En cierto modo la vida en el rascacielos empezaba a parecerse al mundo exterior: la misma crueldad implacable enmascarada por una serie de convenciones corteses.

Aún sin saber cuánto tiempo llevaba despierto, o qué había hecho media hora antes, Laing se sentó entre las botellas vacías y los desechos del suelo de la cocina, las ruinas del refrigerador y la máquina de lavar, que ahora utilizaban como depósitos de residuos. Le costaba recordar para qué habían servido antes. Hasta cierto punto ahora tenían un nuevo significado, un papel que él aún no entendía. Hasta el aspecto decadente del rascacielos era un modelo del mundo que los esperaba en el futuro, un paisaje más allá de la tecnología donde todo estaba en ruinas, o, más ambiguamente, recompuesto de algún modo imprevisto pero más significativo. Laing lo pensó un momento. A veces le costaba no creer que estaban habitando en un futuro que había llegado ya, un futuro agotado.

Acuclillado junto a la aguada reseca como un nómada del desierto con todo el tiempo del mundo, Laing esperó pacientemente a que saliera agua de los grifos. Se raspó la suciedad del dorso de la mano. Aunque parecía un vagabundo, desechó la idea de utilizar el agua para lavarse. El rascacielos hedía. No funcionaban ni los inodoros ni las bocas de incinerador, y un tenue vaho de orina flotaba sobre la fachada del edificio, moviéndose entre las hileras de balcones. Por encima de este olor característico, sin embargo, había un hedor mucho más ambiguo, pútrido y dulzón, que solía rondar los apartamentos vacíos y que Laing decidió no investigar demasiado de cerca.

A pesar de todos esos inconvenientes, Laing estaba satisfecho con la vida en el rascacielos. Ahora que tantos propietarios habían dejado de ser un estorbo, se sentía capaz de relajarse, más dueño de sí mismo y más dispuesto a continuar y explorar su

propia vida. Cómo y dónde exactamente, aún no lo había resuelto.

Lo que más le preocupaba era su hermana. Alice había caído enferma, no se sabía de qué, y se pasaba las horas tendida en el colchón del dormitorio de Laing o ambulando casi desnuda por el apartamento, estremeciéndose como un sismógrafo demasiado sensible a los imperceptibles temblores que sacudían el edificio. Cuando Laing golpeteó el caño de desagüe debajo del vertedero, enviando un zumbido hueco por la cañería vacía, Alice lo llamó desde el dormitorio con voz desfalleciente.

Laing entró a verla, abriéndose paso entre las pilas de leña, los muebles que había destrozado. Disfrutaba serruchando mesas y sillas.

Alice lo señaló con una mano tiesa como una estaca. —Ese ruido... de nuevo estás haciendo señales. ¿Quién es ahora?

—Nadie, Alice. ¿Te parece que conocemos a alguien?

—Esa gente de los pisos de abajo. Los que te caen bien.

Laing permaneció junto a ella, sin decidirse a sentarse en el colchón. Alice tenía la cara grasosa, como un limón de cera. Tratando de enfocar a Laing, lo miraba con ojos fatigados que iban de un lado a otro como peces perdidos. Laing tuvo de pronto la idea de que tal vez estuviera muñéndose. Los dos últimos días sólo habían comido unos pocos filetes de salmón que él había encontrado debajo de las maderas del suelo, en un apartamento abandonado. Irónicamente, la calidad de los alimentos del edificio había empezado a mejorar en estos días de mayor decadencia, pues cada vez se descubrían más manjares ocultos.

Sin embargo, la comida era algo secundario, y su hermana estaba muy viva, en otros aspectos. A Laing le agradaban las críticas halagüeñas de Alice cuando él trataba de satisfacerle algún capricho insensato. Todo esto era un juego, pero él disfrutaba del papel de criado sumiso al servicio de un ama irascible, un lacayo devoto que no recibía otro premio que falta de consideración y recitados interminables de los defectos que ella le encontraba. En muchos sentidos, en verdad, esta relación con Alice recapitulaba la que Anne misma había querido crear involuntariamente, acertando por casualidad en la única fuente de armonía posible entre ellos, y que Laing había rechazado entonces. Dentro del rascacielos, reflexionaba, ese matrimonio habría sido un éxito total.

—Estoy tratando de obtener un poco de agua, Alice. ¿Querías un té?

—La tetera tiene feo olor.

—Te la lavaré. No tienes que deshidratarte.

Ella asintió a regañadientes. —¿Qué ha sucedido?

—Nada... Ya sucedió. —El cuerpo de Alice tenía un olor rancio pero no desagradable—. Ahora todo volverá a la normalidad.

—¿Y Alan...? Dijiste que irías a buscarlo.

—Temo que se haya ido. —A Laing le disgustaban estas referencias al marido de

ella, verdaderas notas discordantes—. Encontré tu apartamento, pero está vacío ahora.

Alice volvió la cabeza, dando a entender que ya estaba harta de verlo. Laing se agachó junto al colchón y recogió la leña que ella había desparramado. Esas patas de sillas de comedor, impregnadas de cola y barniz, arderían bien. Laing había traído las sillas del apartamento de Adrián Talbot luego de la desaparición del psiquiatra. Tenía que estar agradecido por estos muebles imitación Hepplewhite; los gustos convencionales de los pisos intermedios habían sido provechosos. La gente de los niveles inferiores, en cambio, ahora se encontraba con toda una colección pasada de moda de tubos cromados y fragmentos de cuero crudo que no servían más que para sentarse.

En estos días se cocinaba con fuego, que los residentes encendían en los balcones, o en las falsas chimeneas. Laing llevó las maderas al balcón. Al acuclillarse cayó en la cuenta de que no tenía nada para cocinar. La reserva secreta de latas había tenido que cedérsela hacía tiempo al cirujano dental. En realidad, lo único que daba seguridad a la posición actual de Laing eran las ampollas de morfina que había escondido.

Aunque Steele lo intimidaba con aquellas imprevisibles crueldades, Laing se había apegado a él por necesidad. Tanta gente había desaparecido, o había abandonado la lucha. ¿Habían cambiado el rascacielos por el mundo exterior? Laing estaba seguro de que no. En cierto modo dependía de las incertidumbres de esa relación con el dentista, y aceptaba aquellos arrebatos de asesino como un prisionero condenado a muerte enamorado de un carcelero temperamental. Durante las últimas semanas la conducta de Steele se había vuelto aterradora. Laing observaba con inquietud los ataques deliberadamente irreflexivos de Steele contra todos aquellos que estaban solos o desprotegidos, los infantiles trazos de sangre con que untaba las paredes de los apartamentos desocupados. Luego de la desaparición de su mujer, Steele había estado tan tenso como las enormes ballestas que él mismo hacía con cuerdas de piano y que luego instalaba en los vestíbulos y corredores, con flechas criminales sacadas de mangos de golf. Al mismo tiempo, no obstante, Steele conservaba una calma extraña, como si estuviera empeñado en una misión desconocida.

Steele dormía durante la tarde, y Laing salía entonces a buscar agua. Cuando recogió la tetera, oyó que Alice lo llamaba; volvió al dormitorio, pero ella ya había olvidado lo que quería.

Alice le tendió las manos. Comúnmente Laing se las habría frotado un momento, tratando de comunicarles un poco de calor, pero a causa de cierta peculiar lealtad hacia el dentista, no se acercó a ayudarla. Esta exhibición de insensibilidad, la declinante higiene personal y aún lo poco que le importaba tener o no buena salud,

eran todos elementos de un sistema que él no intentaba modificar. Durante semanas no había podido pensar más que en la próxima incursión, el próximo apartamento que sería saqueado, el próximo propietario a quien darían una paliza. Disfrutaba viendo a Steele en acción, obsesionado con estas expresiones de irreflexiva violencia. Cada una de ellas los acercaba un paso más al objetivo último del rascacielos, un reino donde los impulsos más perversos tendrían al fin la oportunidad de manifestarse libremente. Entonces, la violencia física cesaría al fin.

Laing esperó a que Alice se adormeciera. En la tarea de cuidar a Alice derrochaba una energía que necesitaba para otras cosas. Si ella estaba muñéndose, poco era lo que podía hacer, salvo suministrarle un gramo de morfina definitivo y ocultar el cadáver antes que Steele pudiera mutilarlo. Maquillar cadáveres y acomodarlos en escenas grotescas era uno de los pasatiempos favoritos del dentista. La imaginación de este hombre, reprimida durante tantos años mientras reconstruía bocas ajenas, se animaba en particular cuando jugaba con cadáveres. El día anterior Laing había irrumpido en un apartamento y había encontrado a Steele pintando una extravagante máscara cosmética en la cara de un ejecutivo muerto, vistiéndolo como a un travestí presuntuoso con una voluminosa bata de seda. Si le daban tiempo, y una continua provisión de sujetos, el dentista era capaz de repoblar todo el edificio.

Llevando la tetera, Laing se aventuró fuera del apartamento. En el corredor y el vestíbulo había la misma luz pálida, perlada por una débil llama interior, un miasma secretado por el edificio, la destilación de todo el cemento muerto. Las manchas de sangre cubrían en parte los graffiti dibujados con aerosol en las paredes, como las explosiones tachistas de los cuadros que abundaban en los pisos altos. Muebles rotos y tiras de cinta magnetofónica yacían entre las bolsas y residuos apilados contra los muros.

Los pies de Laing crujían entre los negativos polaroid diseminados por el suelo, registros de olvidados actos de violencia. Se detuvo, temiendo llamar la atención de algún predador al acecho, y en ese momento las puertas de las escaleras se abrieron y un hombre con chaqueta de cuero y botas forradas de piel entró en el vestíbulo.

Mientras observaba a Paul Crosland que caminaba resueltamente por la alfombra sembrada de desechos, Laing comprendió que el locutor de televisión acababa de regresar, como todos los días, de leer las noticias de la hora del almuerzo. Crosland era el único que salía alguna vez del edificio, conservando un lazo tenue y último con el mundo exterior. Hasta Steele se apartaba de él con discreción. Algunos todavía lo miraban cuando leía las noticias, en los televisores de batería, agazapados entre las bolsas de residuos detrás de las barricadas, tal vez todavía esperando que Crosland dejara de lado el texto escrito y vociferara a los cuatro vientos lo que ocurría dentro del rascacielos.

En la escalera Laing había tendido una trampa para perros con el mosquitero que

había conseguido en el apartamento de un antropólogo, tres plantas más arriba. Una plaga de perros había descendido desde los criaderos de los pisos altos. Laing no esperaba capturar a los perros más grandes con ese artefacto de resortes, pero era posible que un pachón o un pequinés quedaran atrapados en la red de nylon.

Nadie custodiaba la escalera. Arriesgándose, Laing descendió por los escalones hasta el piso de abajo. El vestíbulo estaba bloqueado por una barricada de muebles, y se volvió hacia el corredor que comunicaba diez apartamentos en el ala norte del edificio.

Tres puertas más allá, entró en un apartamento abandonado. Los cuartos estaban vacíos; se habían llevado los muebles y los adornos. En la cocina Laing probó los grifos. Cortó con la navaja los tubos de las máquinas de lavar, juntando una taza de agua metalizada. El cuerpo desnudo de un asesor financiero de cierta edad yacía en el piso embaldosado del baño. Sin pensarlo, Laing le pasó por encima. Fue de un lado a otro por el apartamento y recogió del suelo una botella vacía. Conservaba un vago aroma de whisky de malta, un resto nostálgico y casi embriagador.

Laing pasó al apartamento contiguo, también abandonado y despojado. En un dormitorio advirtió que la alfombra cubría una pequeña depresión circular. Sospechando que se trataba de una despensa secreta, enrolló la alfombra, y descubrió que habían abierto un agujero en la madera y el cemento hasta el apartamento de abajo.

Luego de asegurar la puerta, Laing se tendió en el suelo y miró el otro cuarto. Una mesa circular de vidrio milagrosamente intacta reflejó una camisa salpicada de sangre y un rostro barbado que lo observaba desde lo que parecía el fondo de un pozo profundo. Al lado de la mesa había dos sillones volcados. Las puertas del balcón estaban cerradas, y unas cortinas colgaban a ambos lados de las ventanas. Observando desde arriba esta plácida escena, Laing tuvo la impresión de que se había asomado accidentalmente a un mundo paralelo, donde las leyes del rascacielos estaban suspendidas, un dominio mágico en el que estos enormes edificios eran amueblados y decorados, pero nunca ocupados.

Impulsivamente, Laing metió las piernas delgadas en el agujero. Se sentó en el borde y se dejó caer, balanceándose. De pie en la mesa de vidrio, observó el apartamento. Una dura experiencia le decía que no estaba solo; en alguna parte tintineaba una campanilla. Del dormitorio próximo venía el sonido de unos rasguños débiles, como si un animalito tratara de escapar de una bolsa de papel.

Laing empujó la puerta del dormitorio. Una pelirroja de treinta y pico de años, completamente vestida, jugaba con una gata persa. La criatura llevaba un collar de terciopelo y una campanilla, y la correa estaba sujeta a la muñeca ensangrentada de la mujer. La gata se lamía ávidamente las manchas de sangre que tenía en todo el cuerpo. Luego apresó la muñeca de la mujer y mordisqueó las carnes flacas tratando

de reabrir la herida.

La mujer, a quien Laing reconoció vagamente como Eleanor Powell, no hizo nada por impedir que la gata continuara alimentándose de ella. La cara seria, de tinte azul cianótico, se inclinaba sobre la gata como un padre tolerante que observa los juegos de su hijo.

La mano izquierda yacía sobre el cobertor de seda, rozando un lápiz y una libreta de periodista. Frente a ella, al pie de la cama, había cuatro televisores, sintonizados en diferentes canales. Tres de las pantallas estaban en blanco. La del cuarto, un aparato de batería, mostraba una carrera de caballos, silenciosa y fuera de foco.

Eleanor, que no parecía interesada en el televisor, desafiaba a la gata acercándole la muñeca ensangrentada a las fauces. El animal estaba famélico, y mordisqueaba excitado las carnes sobre la articulación de la mano. Laing trató de alejarlo, pero Eleanor tiró de la correa obligándolo a volver a la herida.

—Le estoy conservando la vida —le reprochó a Laing. Respondía a las atenciones de la gata con una sonrisa tranquila. Alzó la mano izquierda—. Doctor, puede morder la otra muñeca... Pobre hombre, qué flaco se le ve.

Laing escuchó el sonido de los dientes de la gata. El apartamento estaba en silencio, y el resuello de su propia respiración excitada parecía pavorosamente magnificado. ¿Sería la última persona con vida en el rascacielos? Se imaginó a sí mismo en este edificio descomunal, recorriendo libremente los pisos y galerías de cemento, escalando los silenciosos huecos de los ascensores, sentándose a solas en cada uno de los mil balcones. Este sueño, acariciado desde que llegara al rascacielos, de pronto lo perturbó, casi como si ahora, que al fin estaba solo, hubiera oído de pronto unos pasos en el cuarto de al lado y se hubiese encontrado cara a cara consigo mismo.

Elevó el volumen del televisor. La voz de un comentarista de carreras de caballos emergió del aparato, una retahíla de nombres que sonaba como un inventario demente, una nómina de objetos inconexos reclutados para repoblar el rascacielos en una urgente transfusión de identidad.

—¿Qué...? ¿Dónde está el programa? —Eleanor alzó la cabeza, mirando desgarrada el televisor. La mano izquierda tanteó en busca de la libreta y el lápiz—. ¿Qué está diciendo?

Laing le deslizó los brazos por debajo. Quería levantarla, pero ese cuerpo flaco era sorprendentemente pesado, o él estaba más débil de lo que creía. —¿Puedes caminar? Luego vendré a buscar el televisor.

Ella se encogió vagamente de hombros, contoneándose contra Laing como una borracha que acepta en un bar una proposición dudosa de un viejo conocido. Sentada junto a él al borde de la cama, le apoyó un brazo en el hombro, inspeccionándolo con una mirada astuta. Le golpeteó agresivamente el brazo.

—De acuerdo. Pero ante todo, encuentra algunas baterías.

—Por supuesto. —Esa muestra de tozudez le pareció a Laing agradable y estimulante. Mientras Eleanor lo miraba desde la cama, sacó una maleta del armario y empezó a llenarla con la ropas de ella.

Así Laing llevó a Eleanor Powell y su televisor portátil al apartamento. Le puso un colchón en la sala, y se dedicó a registrar los apartamentos abandonados en busca de comida, agua y baterías. La reaparición de la televisión lo había convencido de que en el rascacielos todo estaba volviendo a la normalidad. Cuando Steele se mudó a las tierras más promisorias de los pisos de arriba, se negó a acompañarlo. Ya había resuelto que él y sus mujeres vivirían separados del resto del mundo. Necesitaba estar solo con Alice y Eleanor, ser tan agresivo e independiente, tan pasivo y dócil como deseara. En esta primera etapa no tenía idea del papel que desempeñaría frente a las dos mujeres, pero de cualquier modo todo ocurriría entre aquellos cuatro muros.

Laing sabía que era más feliz que nunca, a pesar de todos los peligros de esa vida, de la probabilidad de que en cualquier momento muriera de hambre o en un asalto. Le complacía sentirse independiente, capaz de afrontar las tareas de la supervivencia, el pillaje, el permanente estado de alerta, la necesidad de cuidar a las dos mujeres contra cualquier intruso que quisiera utilizarlas con propósitos parecidos. Ante todo, estaba contento de haber tomado la sensata decisión de dar rienda suelta a esos impulsos que lo vinculaban a Eleanor y a su hermana, perversidades creadas por las posibilidades ilimitadas del rascacielos.

EL PABELLON JUNTO AL LAGO

Como si temiera perturbar el interior del edificio, el sol de la mañana exploró la desvencijada claraboya del piso cuarenta, se deslizó entre los paneles fracturados y cayó oblicuamente en los escalones. Cinco pisos más abajo, tiritando en el aire frío, Richard Wilder observó la luz que se acercaba. Se sentó en un escalón, reclinándose contra una mesa que era parte de una barricada maciza a la entrada del vestíbulo. Luego de pasarse allí agazapado toda la noche, Wilder estaba congelado. Cuanto más subía en el edificio, más frío lo encontraba, y a veces había tenido la tentación de retroceder. Miró al animal acurrucado junto a él —presumió que alguna vez había sido un perro de aguas negro— y le envidió la pelambre raída. Wilder mismo estaba prácticamente desnudo, y se frotó el rouge que le untaba el pecho y los hombros, como tratando de protegerse con esa grasa dulzona.

Los ojos del perro estaban fijos en el rellano de arriba. Alzó las orejas al oír los ruidos, imperceptibles para Wilder, de alguien que se movía detrás de la barricada. Habían pasado diez días juntos, y eran un eficaz equipo de cazadores, pero Wilder se resistía a incitar al perro al ataque antes de que estuviera preparado.

Los deshilachados restos de los pantalones de Wilder, cortados a la altura de las rodillas, estaban manchados de sangre y vino. Una barba desgredada le cubría la cara maciza, ocultándole en parte una herida abierta en el mentón. Parecía maltrecho y exhausto, pero en verdad conservaba el vigor de siempre. En el pecho robusto se había pintado unas franjas, un despliegue vivido que se le extendía por la espalda y los hombros. De vez en cuando inspeccionaba el dibujo. Lo había pintado la tarde anterior con un lápiz de labios que encontrara en un apartamento vacío. Lo que había comenzado como un juego de borracho no había tardado en tomar un serio carácter ritual. Esas marcas, además de atemorizar a las pocas personas con las que podía toparse, le daban una poderosa sensación de identidad. Además, celebraban la larga escalada del rascacielos, ahora a punto de concluir. Resuelto a tener el mejor aspecto posible cuando al fin saliera a la terraza, Wilder se lamió las cicatrices de los dedos, masajeándose con una mano y repasando los trazos con la otra.

Sostuvo con firmeza la correa del perro y observó el rellano diez escalones más arriba. El sol, continuando su laborioso descenso por las escaleras, al fin lo alcanzó y empezó a calentarle la piel. Wilder miró la claraboya a veinte metros de altura. El rectángulo de luz blanca se hacía más irreal cuanto más se acercaba, como el cielo artificial de un escenario cinematográfico.

El perro se estremeció, estirando las patas hacia adelante. A pocos metros de

distancia, alguien enderezaba una parte de la barricada. Wilder aguardó pacientemente, dejando que el perro subiera un escalón. Aunque Wilder tenía el aspecto de un salvaje, su conducta era un modelo de disciplina. Ahora que había llegado tan lejos, no tenía intenciones de que lo sorprendieran con la guardia baja. Miró a través de una rajadura en la mesa de comedor. Atrás de la barricada alguien retiró un pequeño escritorio de caoba que hacía las veces de puerta secreta, y en la abertura apareció una mujer de unos setenta años, prácticamente calva. La cara tosca observó las escaleras. Luego de una pausa cautelosa, la vieja pasó por la abertura y se acercó a la barandilla del rellano acarreando un cubo de champaña. Estaba enfundada en los jirones de un costoso vestido de noche que dejaba al descubierto la piel blanca y moteada de unos brazos y hombros musculosos.

Wilder la estudió con respeto. Más de una vez se había topado con alguna de estas brujas, y no ignoraba que mostraban a veces una agilidad sorprendente. Inmóvil, esperó mientras ella se inclinaba sobre la barandilla y vaciaba las sobras del cubo. La grasa fría salpicó a Wilder y al perro, pero no reaccionaron. Wilder limpió cuidadosamente la cámara que tenía junto a él. La lente se le había roto durante las escaramuzas y asaltos que lo habían traído a la terraza del rascacielos, y la función del aparato era ahora meramente simbólica. Se sentía tan identificado con la cámara como con el perro. No obstante, a pesar del afecto y la lealtad que lo unían al animal, no tardarían en separarse: los dos participarían de una cena celebratoria cuando él arribara a la terraza, reflexionó con un toque de humor patibulario, pero el perro estaría dentro de la olla.

Pensando en esta futura cena —su primera comida decente en varias semanas— Wilder observó a la vieja que farfullaba allá arriba. Se acarició la barba y se incorporó cautelosamente, apoyándose en las rodillas. Tironeó de las correas del perro, un trozo de cable eléctrico, y lanzó un silbido entre los dientes rotos.

Como respondiendo a una señal, el perro gimió. Se incorporó tiritando y subió dos escalones. Cuando estuvo cerca de la vieja se echó al suelo y emitió unos gemidos plañideros. La vieja se retiró con rapidez detrás de la barricada. En pocos segundos reapareció con una cuchilla en la mano. Los ojos penetrantes estudiaron al perro echado frente a ella. Mientras el animal se volvía de costado y exponía los genitales, la vieja clavaba los ojos en el vientre y los lomos carnosos.

Cuando el perro volvió a gemir, Wilder observó desde atrás de la mesa. Esos momentos nunca dejaban de divertirlo. En realidad, cuanto más subía, mayores eran las posibilidades humorísticas del rascacielos. Seguía sosteniendo flojamente la correa, que se arrastraba detrás del perro escaleras abajo. La vieja, incapaz de desviar la mirada del perro, salió por la abertura de la barricada. Silbó a través del agujero de su dentadura postiza y le hizo señas al perro.

—Pobrecito. ¿Te perdiste, no es verdad, precioso? Vamos, ven aquí arriba...

Incapaz de contenerse ante el espectáculo de esa bruja calva y las fiestas exageradas que le hacía al animal, Wilder se recostó contra la mesa, riendo entre dientes. De un momento a otro la vieja se llevaría un buen susto, cuando tuviera la bota de él en el pescuezo.

Atrás de la barricada apareció una segunda figura. Una mujer de unos treinta años, probablemente la hija, atisbo por encima del hombro de la vieja. La chaqueta de gamuza desabotonada mostraba unos pechos mugrientos, pero llevaba los cabellos levantados en una complicada masa de rulos, como si estuviera acicalándose algunas partes del cuerpo para una gala nocturna, a la que el resto de sí misma no había sido invitada.

Las dos mujeres miraron el perro con rostros inexpresivos. Mientras la hija esperaba empuñando la cuchilla, la madre bajó los escalones. Con murmullos afectuosos, palmeó la cabeza del perro y, se agachó para tomar la correa.

Cuando los dedos fuertes se cerraron sobre el cable, Wilder saltó de un brinco. El perro revivió de pronto, se lanzó escaleras arriba e hincó los dientes en el brazo de la vieja. Con asombrosa agilidad, ella se metió en la abertura de la barricada con el perro clavado en el brazo. Wilder la alcanzó justo a tiempo, y pateó el escritorio antes que la hija pudiera colocarlo otra vez. Separó al animal del brazo ensangrentado de la vieja, la aferró por el cuello y la arrojó a un lado tirándola sobre una pila de cajas de cartón. Ella se quedó allí, aturdida e inmóvil, como una duquesa desgredada, sorprendida, que acaba de descubrir que está borracha en un baile. Mientras Wilder se alejaba forcejeando con el perro, la hija corrió hacia él. Había tirado la cuchilla. Con una mano se sostenía los cabellos; en la otra mostraba una pequeña pistola de plata. Wilder se hizo a un lado, le arrancó la pistola, y empujó a la mujer contra la barricada de muebles.

Mientras las dos mujeres jadeaban en el suelo, Wilder miró la pistola caída, poco más que un brillante juguete infantil. La recogió y echó un vistazo a este nuevo dominio. Se encontraba en el piso treinta y cinco a la entrada de la piscina. El tanque de agua fétida, colmado de desperdicios, reflejaba las bolsas de residuos apiladas alrededor del borde embaldosado. Dentro de un ascensor detenido en el vestíbulo habían construido un pequeño refugio. Junto a un fuego extinguido, un hombre de edad avanzada —ex asesor de impuestos, creyó recordar Wilder— dormía tendido en el suelo, y al parecer no se había enterado del reciente espasmo de violencia. Un cañón de chimenea, fabricado con dos tramos de cañería de desagüe, salía por encima de él a través del techo del ascensor.

Sin soltar la pistola, Wilder observó a las mujeres. La madre estaba sentada entre las cajas de cartón, vendándose tranquilamente el brazo con un jirón del vestido de seda. La hija estaba agachada en el suelo, junto a la barricada, frotándose la magulladura de la boca y palmeando la cabeza del perro de Wilder.

Wilder se asomó por la escalera que llevaba al piso treinta y seis. La escaramuza lo había excitado, y sintió la tentación de seguir avanzando hasta la terraza. Pero no había comido en todo el día, y un olor a grasa animal flotaba en el aire alrededor de la fogata, a la entrada del refugio.

Wilder le hizo señas a la mujer joven. Esa cara mansa, casi bovina, le era vagamente familiar. ¿No había sido la mujer de un productor cinematográfico? Ella se incorporó y se acercó a él, mirándole con curiosidad los emblemas que le adornaban el pecho y los hombros, y los genitales expuestos. Wilder se guardó el arma en el bolsillo y empujó a la mujer hacia el refugio. Pasaron por encima del viejo y entraron en el ascensor. Había cortinas colgadas de las paredes, y dos colchones tirados en el suelo. Wilder se sentó contra la pared de atrás, con el brazo ciñendo los hombros de la mujer. Miró del otro lado del vestíbulo el agua amarilla de la piscina. Algunos vestuarios habían sido convertidos en pequeños habitáculos individuales, pero ahora estaban todos abandonados. Dos cadáveres, advirtió, flotaban en el agua.

Apenas podía distinguírseles de los otros desechos, las sobras de comida y los muebles.

Wilder se sirvió los restos del pequeño gato que habían asado en la fogata. Tironeó con los dientes de la carne nudosa, y la grasa todavía caliente casi lo embriagó cuando chupó el espetón.

La joven se reclinó afablemente contra él, contenta de tener el fuerte brazo de Wilder alrededor de los hombros. El perfume fresco de la joven sorprendió a Wilder; cuanto más ascendía en el edificio más limpias eran las mujeres. Observó esa cara sin arrugas, tersa y dócil como la de un animal doméstico. Parecía que los acontecimientos del edificio no la habían tocado, como si hubiera esperado la llegada de Wilder en alguna cámara hermética. Trató de hablarle, pero tenía los dientes rotos y la lengua lastimada y sólo pudo emitir unos pocos gruñidos.

La carne de gato lo había reanimado y se recostó cómodamente contra la mujer, jugueteando con la pistola de plata. Sin pensar, le entreabrió la chaqueta de gamuza y le descubrió los pechos. Apoyó las manos sobre los pequeños pezones y se tendió sobre ella. Se sentía somnoliento y le habló a la mujer en un murmullo. Los dedos de ella le acariciaban las franjas pintadas del pecho y los hombros, moviéndose infatigables sobre la piel, como escribiendo un mensaje para Wilder.

Tendido en este cómodo pabellón a orillas de un lago, Wilder descansó durante las primeras horas de la tarde. La joven estaba con él, apretándole los pechos contra la cara, amamantando a ese hombre corpulento, casi sin ropa, de cuerpo pintado e ijares desnudos. La madre y el padre se paseaban por el vestíbulo. De vez en cuando la vieja vestida de seda sacaba un mueble de la barricada y trabajaba con la cuchilla transformándolo en leña.

Wilder los ignoró, atento sólo al cuerpo de la mujer y a los enormes pilares que

llevaban el edificio hasta la terraza. Por los ventanales que rodeaban la piscina alcanzaba a ver los cuatro rascacielos próximos, suspendidos como nubes rectilíneas en el cielo de la tarde. El aire caliente del ascensor, que parecía emanar de los pechos de la mujer, lo había dejado sin voluntad ni energía. La cara serena de ella lo miraba tranquilizándolo. Había aceptado a Wilder como a cualquier otro que hubiese merodeado por allí. Primero intentaría matarlo, pero si fallaba lo alimentaría y se daría a él, lo amamantaría devolviéndolo a un primitivo estado infantil y hasta era posible que llegase a tenerle afecto. Luego, en cuanto se durmiese, lo degollaría. La sinopsis del matrimonio ideal.

Recuperándose, Wilder se puso de pie y pateó al perro que dormía en un colchón fuera de la cabina. El aullido de dolor despertó del todo a Wilder. Sacó a empujones a la mujer. Necesitaba dormir, pero antes buscaría un escondrijo más seguro, o la vieja y su hija no tardarían en deshacerse de él.

Sin mirar atrás, se levantó y llevó el perro a la rastra. Deslizó la pistola de plata en la cintura de los pantalones y se examinó los dibujos del pecho y los hombros. Empuñando la cámara, atravesó la barricada y volvió a las escaleras. Abandonaba a esa mujer y el tranquilo campamento junto al lago amarillo.

Mientras subía las escaleras todo estaba en silencio. Los escalones alfombrados apagaban los crujidos de las botas, y Wilder, demasiado atento a los sonidos de su propia respiración, no advirtió que las paredes habían sido pintadas recientemente y que las superficies blancas relucían al sol de la tarde como la entrada de un matadero.

Wilder subió al piso treinta y siete, husmeando el aire helado que soplaba sobre él desde el cielo abierto. Ahora oía más claros que nunca los graznidos de las gaviotas. Cuando el perro se puso a gimotear, negándose a seguir adelante, lo soltó y observó cómo desaparecía escaleras abajo.

El piso treinta y siete estaba desierto, y las puertas de los apartamentos se abrían al aire brillante. Demasiado agotado para pensar, buscó un apartamento vacío, levantó una barricada en la sala, y cayó en un sueño profundo, tendido en el suelo.

18

EL JARDÍN DE SANGRE

En cambio, Anthony Royal, en lo alto de la terraza tres pisos más arriba, nunca había estado más despierto. Listo al fin para unirse a las aves marinas, contemplaba de pie frente a las ventanas del ático la lejana desembocadura del río más allá de los parques. Lavado por la lluvia reciente, el aire matinal era diáfano pero no se movía, y el río fluía desde la ciudad como una corriente de hielo. Royal no había probado bocado en los dos últimos días, pero la falta de alimentos, lejos de agotarlo, le había estimulado todos los nervios y músculos. Los chillidos de las gaviotas en el aire parecían desgarrarle los tejidos expuestos del cerebro. Las aves se elevaban desde los cabezales de los ascensores y las balaustradas en una fuente continua, remontaban el aire como un vórtice en expansión, y bajaban de vuelta, precipitándose hasta el jardín.

Royal tenía ahora la certeza de que estaban llamándolo. Los perros lo habían abandonado —en cuanto los liberó habían desaparecido en las escaleras y corredores— y sólo le quedaba el ovejero blanco, tendido a los pies de Royal frente a las ventanas abiertas, hipnotizado por el movimiento de las aves. Las heridas se le habían cicatrizado, y la gruesa pelambre ártica era blanca otra vez.

Royal extrañaba las manchas de sangre, así como las marcas de manos ensangrentadas en la chaquetilla que la señora Wilder le había lavado.

Los escasos alimentos que Royal había llevado consigo antes de enclaustrarse en el ático se los había dado al perro, pero para él el hambre ya no era un problema. En tres días no había visto a nadie, y estaba contento de haberse alejado de su mujer y los vecinos. Observando la arremolinada nube de gaviotas, supo que ellas eran los auténticos residentes del rascacielos. Sin advertirlo, había diseñado el jardín recreativo y sus esculturas sólo para ellas.

Royal tiritó en el aire frío. Se había puesto la chaquetilla de cazador, y el lino delgado no lo protegía contra el viento que soplaba sobre la terraza. En la atmósfera luminosa la tela blanca era gris comparada con la piel de tiza de Royal. Incapaz de dominarse, y sin saber si las cicatrices del accidente habían empezado a abrirse otra vez, salió a la terraza y caminó por el tejado.

Las gaviotas se paseaban junto a él, balanceando las cabezas y picoteando el cemento estriado de sangre. Por primera vez Royal vio que las cornisas y balaustradas estaban cubiertas con esos caracteres sangrientos, signos de una misteriosa caligrafía.

Sonaron voces en la distancia, un murmullo de mujeres. En la sección central de

la terraza panorámica, más allá del jardín, un grupo se había reunido a discutir algún asunto público.

Irritado por esta intrusión en su paisaje privado, recordándole que aún no estaba solo en el edificio, Royal se ocultó detrás de la pared del jardín. Las voces se acercaron, como si ésta sólo fuera la última de muchas visitas similares. Quizá él había estado dormido durante las incursiones anteriores de las mujeres, o el tiempo más frío las había impulsado a cruzar la terraza hasta el refugio del ático.

El vórtice de pájaros se quebraba. Cuando Royal regresó al ático, la espiral empezó a desintegrarse. Las gaviotas se zambulleron en el aire frente a la fachada del edificio. Azuzando al ovejero, Royal salió de detrás de la pared del jardín. Dos de las mujeres estaban de pie dentro del ático, una de ellas apoyada en el aparato de calistenia. Lo que sorprendió a Royal fue esa actitud confiada, como si estuvieran a punto de mudarse a una villa que acababan de alquilar para una temporada de vacaciones.

Royal se deslizó detrás del cabezal de un ascensor. Después de pasar tanto tiempo a solas con los pájaros y el ovejero blanco, esta intrusión humana lo inquietaba. Apretó el perro contra las piernas, decidido a esperar en el jardín de esculturas hasta que las mujeres se hubieran retirado.

Empujó la puerta trasera del jardín y caminó entre las coloreadas formas geométricas. Todo alrededor había docenas de aves, apiñadas en el suelo de baldosas. Lo seguían expectantes, casi como si hubiesen estado esperando a que Royal les trajera algo.

De pronto, dio un paso en falso y resbaló en las baldosas mojadas. Se miró los pies y descubrió un trozo de cartílago pegado a un zapato. Lo arrancó y se apoyó contra una de las esculturas de cemento, una esfera de un metro de altura pintada de rojo vivo.

Cuando retiró la mano la tenía manchada de sangre. Mientras los pájaros iban delante de él, dándole paso, descubrió que había sangre en todo el interior del jardín. El piso estaba cubierto por un mucílago brillante y resbaladizo.

El ovejero husmeó ávidamente, devorando una lonja de carne que encontró al borde del cuadrilátero de arena. Royal observó pasmado las baldosas salpicadas de sangre, sus propias manos relucientes, los huesos blancos que los pájaros habían limpiado a picotazos.

Wilder despertó en las últimas horas de la tarde. Un aire frío se movía por la habitación desierta, sacudiendo un periódico en el suelo. En el apartamento no había ninguna sombra. El viento bajaba silbando por los conductos de ventilación. El graznido de las gaviotas se había interrumpido, como si los pájaros se hubiesen marchado para siempre. Wilder se sentó en el suelo en un rincón de la sala, un vértice de este cubo desocupado. Al sentir la presión de su espalda contra la pared, casi tuvo

la convicción de ser el primero y el último habitante del edificio.

Se puso de pie y fue hacia el balcón. Abajo, muy lejos, alcanzó a ver los millares de coches en los parques, aunque velados por una neblina tenue, parte del detalle corroborativo de un mundo que no era el suyo.

Lamiéndose los restos de grasa animal que le quedaban en los dedos, Wilder entró en la cocina. Los armarios y el refrigerador estaban vacíos. Recordó a la mujer y su cuerpo tibio en el ascensor junto a la piscina, preguntándose si no era mejor volver a ella. Recordó cómo le había acariciado el pecho y los hombros, sintió de algún modo la presión de las manos de ella en la piel.

Sin dejar de lamerse los dedos, e imaginándose abandonado en este enorme edificio, Wilder salió al corredor silencioso. El aire frío movía la basura en el suelo. Wilder empuñaba la cámara con la mano izquierda, pero ya no sabía para qué podía servir el aparato, ni por qué lo había conservado tanto tiempo.

Reconoció en seguida, en cambio, la pistola de plata. La sostuvo en la mano derecha, apuntándola por diversión a las puertas abiertas, acaso esperando que alguien saliera para unírsele en este juego. El cielo había invadido en parte los pisos superiores del edificio. Mientras subía al piso cuarenta vio unas nubes blancas sobre el hueco de un ascensor, enmarcadas por la claraboya de la escalera.

Haciendo fintas con la pistola, Wilder atravesó corriendo el vestíbulo. Aquí no había barricadas, y recientemente alguien había intentado poner un poco de orden. Luego de sacar las bolsas de residuos, y desmantelar las barricadas, habían vuelto a instalar el mobiliario. Habían lavado las paredes, borrando todo rastro de los graffiti, los turnos de guardia y los horarios de los ascensores.

Detrás de él, el viento cerró una puerta, quitándole un rayo de luz. Disfrutando de este juego consigo mismo en el edificio desierto, y convencido de que alguien acudiría pronto a divertirse con él, Wilder se apoyó en una rodilla y apuntó la pistola a un atacante imaginario. Atravesó corriendo el pasillo, pateó la puerta e irrumpió en el apartamento.

Era el apartamento más amplio que había visto en el edificio, mucho más que cualquier otro de las plantas de arriba. Los cuartos, lo mismo que el vestíbulo y el corredor, habían sido limpiados con cuidado. También habían puesto alfombras, y unas cortinas colgaban a los lados de los ventanales. Sobre la lustrosa mesa del comedor había dos candelabros de plata.

Impresionado, Wilder se paseó alrededor de la mesa reluciente. Le parecía de algún modo que ya había estado allí, muchos años antes de conocer este edificio desierto. El techo alto y el mobiliario masculino le recordaban una casa que había visitado de niño. Deambuló por los cuartos recién amueblados, casi esperando encontrar los juguetes de la infancia, una cuna y un corral de niño preparados para recibirlo.

Entre los dormitorios, una escalera privada conducía a otro cuarto, y a unas pocas habitaciones que daban a la terraza. Excitado por el misterio y el desafío de esta escalera secreta, Wilder empezó a subir. Mientras terminaba de lamerse la grasa que se le había pegado a los dedos, canturreó feliz en voz baja.

Estaba por la mitad de la escalera, subiendo hacia el aire libre, cuando algo le cerró el paso. La esbelta figura de un hombre alto y canoso acababa de irrumpir saliendo de las sombras. Mucho más viejo que Wilder, el pelo arremolinado por el viento, estaba de pie en la cima de la escalera, observando en silencio al intruso. La luz brillante le ocultaba la cara, pero las cicatrices en las protuberancias óseas de la frente resaltaban con nitidez, lo mismo que las recientes marcas de sangre en la chaquetilla blanca.

Wilder se detuvo en las escaleras, reconociendo vagamente la figura imperiosa del viejo de la terraza. No sabía bien si Royal había venido para participar en el juego o para recriminarle algo. La actitud crispada de Royal y su aspecto de desamparo, indicaban que quizá había estado escondido en algún sitio, pero no como parte de un juego.

No obstante, con la esperanza de atraerlo, movió la pistola en el aire, saludando a Royal. Wilder se sorprendió al ver que el arquitecto daba un paso atrás, como si aparentase tener miedo. Cuando Wilder subió hacia él, Royal alzó el bastón cromado y lo arrojó por las escaleras.

La vara metálica rebotó en la baranda y golpeó el brazo izquierdo de Wilder. Sintiendo una punzada de dolor, dejó caer la cámara. Tenía el brazo entumecido y por un momento se sintió indefenso como un niño ultrajado.

Cuando el arquitecto bajó hacia él, Wilder alzó la pistola de plata y le disparó al pecho.

Cuando la fugaz detonación se disipó en el aire, Wilder subió el último escalón. El cuerpo del arquitecto yacía despatarrado sobre la escalera, como si fingiera estar muerto. La cara exangüe y sembrada de cicatrices miraba hacia otro lado. Vivía aún, y a través de las ventanas abiertas observaba cómo el último pájaro se alejaba en el aire ahuyentado por la detonación.

Confundido por este juego de vuelcos imprevistos, Wilder pasó por encima de Royal. La cámara estaba al pie de la escalera, pero decidió dejarla allí. Frotándose el brazo lastimado, arrojó la pistola que le había sacudido la mano y atravesó la puerta-ventana.

A veinte metros, los niños jugaban en el jardín de esculturas. Las puertas, durante tanto tiempo cerradas con cadenas para excluirlos, ahora estaban abiertas de par en par, y Wilder pudo ver las formas geométricas de las esculturas, los colores vividos contra las paredes blancas. Todo había sido pintado de nuevo, y la terraza vibraba de luz.

Wilder saludó a los niños con la mano, pero ninguno de ellos lo miró. Se había reanimado al verlos y sintió de pronto la exaltación del triunfo: había escalado todo el edificio para encontrarlos. El extraño hombre de las cicatrices y la chaquetilla ensangrentada no había comprendido el juego.

Una de las criaturas, un niño de dos años, estaba desnudo y corría entre las esculturas, saliendo y entrando. Wilder se aflojó rápidamente los pantalones harapientos y se los dejó caer hasta los pies. Tambaleándose un poco, como si estuviera olvidándose de cómo utilizar las piernas, corrió desnudo para unirse a sus amigos.

En el centro del jardín, al lado del estanque vacío, una mujer estaba encendiendo un fuego con pedazos de muebles. Las manos fuertes empuñaban una pesada vara de cromo arrancada de algún enorme aparato de calistenia. Acucillada junto al fuego, removía los trozos de madera mientras los niños jugaban.

Wilder avanzó hacia ella con la tímida esperanza de que la mujer reparara en los trazos pintados del pecho. Mientras esperaba a que los niños le pidieran que se acercase a jugar, notó que a la izquierda, a unos tres metros, había otra mujer de pie. Vestía una bata larga hasta los tobillos y un delantal de gingham, y llevaba el pelo estirado hacia atrás, exponiendo la cara severa, recogido en un rodete sobre la nuca.

Wilder se quedó entre las estatuas, asombrado de que nadie lo hubiera visto. Dos mujeres más, vestidas con la misma formalidad, habían aparecido junto al portón. Otras avanzaban en círculo entre las esculturas, rodeando a Wilder. Parecían pertenecer a otro siglo y otro paisaje, excepto por los anteojos de sol, que se movían como manchas oscuras sobre la superficie ensangrentada de la terraza.

Wilder esperó a que le hablasen. Se sentía contento de estar desnudo y de exhibir los trazos pintados. Por fin, la mujer arrodillada junto al fuego lo miró por encima del hombro. A pesar del cambio de indumentaria, Wilder reconoció a Helen, su mujer. Estuvo a punto de correr hacia ella, pero el rostro impávido, el aire desaprensivo con que le había mirado los abultados genitales, lo detuvieron en seco.

Comprendió que conocía a todas aquellas mujeres. Reconoció vagamente a Charlotte Melville, que lo miraba sin hostilidad, la garganta magullada protegida por una bufanda. De pie junto a Jane Sheridan estaba la joven esposa de Royal, ahora una institutriz a cargo de los chicos más pequeños. Reconoció a la viuda del joyero, con abrigo de pieles, la cara maquillada con pintura roja, lo mismo que el cuerpo de él. Mirando por encima del hombro, al menos para comprobar que no podía huir, alcanzó a ver la imponente figura de la escritora de cuentos infantiles sentada frente a la ventana abierta del ático, como una reina en un pabellón. En un último instante de esperanza, Wilder pensó que quizá ella iba a leerle un cuento.

Frente a él, en el jardín, los niños jugaban con huesos.

El círculo de mujeres se acercó. Las primeras llamas se elevaron de la fogata, y el

barniz de las sillas antiguas chisporroteó brevemente. Las mujeres observaban con avidez a Wilder a través de los anteojos de sol, como recordando que el trabajo duro les había abierto el apetito. Todas al mismo tiempo, sacaron algo del bolsillo profundo del delantal.

Las manos ensangrentadas empuñaban cuchillos de hoja angosta. Tímido pero feliz, Wilder trotó por la terraza al encuentro de sus nuevas madres.

19

JUEGOS NOCTURNOS

La cena estaba casi lista. Sentado en el balcón del piso veinticinco, Robert Laing había encendido un fuego con las paginas de la guía telefónica, y ahora atizaba las brasas rojizas. Las llamas iluminaban el tórax y el lomo esbeltos del ovejero, que se asaba en el espetón. Laing abanicó las llamas, con la esperanza de que Alice y Eleanor Powell, tendidas en la cama, apreciaran todo lo que él había hecho. Cosió metódicamente la piel oscura del animal, que había rellenado con ajo y hierbas.

—Una norma de vida —murmuró para sí mismo—: si puedes oler a ajo, todo anda bien.

Por el momento, al menos, todo era muy satisfactorio. El ovejero estaba casi a punto, y una comida sustanciosa les caería bien a las dos mujeres. Últimamente se habían puesto quejumbrosas a causa de la escasez de comida, y estaban demasiado cansadas para apreciar la habilidad y el coraje de Laing en la captura del perro, y esto sin tener en cuenta la tarea agotadora de desollar y desventrar a un animal de semejante tamaño. Hasta se habían quejado de los nerviosos aullidos del perro mientras Laing volvía las páginas de un moderno libro de cocina que había encontrado en un apartamento cercano. Laing lo había pensado un tiempo antes de decidir el mejor modo de cocinar el animal, que había esperado estremeciéndose y gimoteando. Parecía que el problema se hubiese transmitido él mismo a la víctima, como si el perro comprendiese ahora que era uno de los últimos animales del edificio, y que por ese solo motivo merecía un esfuerzo culinario fuera de lo común.

Laing se sintió inquieto al pensar en las futuras semanas de hambruna, y arrojó al fuego más hojas de papel. Tal vez se pudiera cazar algo en los niveles inferiores, pero él nunca se aventuraba más abajo del piso veinte. El hedor de la piscina del décimo era demasiado perturbador y subía por todos los conductos de ventilación y los huecos de los ascensores. Durante el mes último, había descendido sólo una vez a los niveles más bajos, cuando había jugado al samaritano con Anthony Royal.

Laing había encontrado al arquitecto moribundo mientras juntaba leña en el vestíbulo del piso veinticinco. Estaba arrancando una cómoda antigua de la barricada desierta, cuando Royal cayó por la abertura, casi derribándolo. Tenía una pequeña herida en el pecho y se había tocado la chaquetilla blanca manchándola toda de sangre, como si hubiera tratado de identificarse a sí mismo con las huellas de una muerte próxima. Sin duda estaba agonizando, la mirada perdida, los huesos de la frente muy marcados bajo la piel estirada. De algún modo había conseguido descender desde el piso cuarenta. Desvariando continuamente, Royal bajó la escalera

a tumbos, en parte ayudado por Laing, hasta que llegaron al décimo. Cuando entraron en la galería comercial, el hedor de la carne putrefacta pendía sobre los mostradores desiertos del supermercado, y al principio Laing supuso que algún depósito oculto de carne refrigerada había reventado, y que ahora empezaba a apestar. Sintió hambre, y estuvo a punto de soltar a Royal y precipitarse en busca de comida.

Pero Royal, los ojos entornados y una mano aferrada al hombro de Laing, señaló la piscina.

A la luz amarilla reflejada por las baldosas grasientas, el tanque alargado del osario se extendía ante ellos. Hacía tiempo que el agua se había evaporado, pero el suelo resbaladizo estaba cubierto con los cráneos, huesos y restos desmembrados de docenas de cadáveres. Yacían en un intrincado tendal, como visitantes de una playa atestada, víctimas de un repentino holocausto.

Más perturbado por el hedor que por la visión de estos cuerpos mutilados —residentes que habían muerto de vejez o enfermedad, y luego atacados por los perros salvajes—, Laing se alejó. Royal, que se había aferrado a él con tanta fiereza mientras descendían por el edificio, ya no lo necesitaba, y avanzó arrastrándose a lo largo de la hilera de vestuarios. Cuando Laing lo vio por última vez, iba hacia la escalinata de la parte baja de la piscina, como si esperara encontrar sitio para él en ese declive terminal.

Laing se agachó frente al fuego, pinchando el cuarto trasero del perro con el espetón. Tiritó en el aire frío que ascendía por la fachada del rascacielos, y trató de no pensar en el osario y los cadáveres mutilados. A veces sospechaba que algunos residentes se habían volcado al canibalismo. A muchos cadáveres les habían quitado las carnes con una habilidad de cirujano. Los ocupantes de los pisos inferiores, víctimas de una presión y discriminación permanentes, habían cedido quizá en algún momento.

—¡Robert...! ¿Qué haces...? —La voz plañidera de Alice interrumpió estas ensoñaciones. Frotándose las manos en el delantal, Laing se apresuró a entrar en el dormitorio.

—Todo está bien... La cena está casi lista.

La voz de Laing era afectuosa y aniñada. La misma con que les había hablado en las prácticas del hospital a los pacientes menos despiertos, un tono nada de acuerdo con la mirada aburrida e inteligente de las dos mujeres acostadas.

—Estás llenando el apartamento de humo —le dijo Eleanor—. ¿Otra vez mandando señales?

—No... son las guías telefónicas. El papel parece de plástico.

Alice meneó fatigada la cabeza. —¿Y que hay de las baterías para Eleanor? Prometiste encontrarle algunas. Tiene que empezar de nuevo con las reseñas.

—Sí, ya sé... —Laing observó la pantalla en blanco del televisor portátil, puesto

en el suelo frente a Eleanor. Se sentía demasiado aturdido para replicar; a pesar de todo lo que había buscado, ya no quedaban baterías.

Eleanor le clavó una mirada severa. Se había abierto la herida de la muñeca y ahora se la mostraba tímidamente a la gata, que la observaba con interés desde el rincón opuesto del cuarto.

—Hemos estado pensando si no tendrías que mudarte a otro apartamento.

—¿Qué? —Sin saber si la pantomima iba esta vez en serio, Laing rió complacido, excitándose mucho más cuando Eleanor rehusó esbozar la lenta sonrisa de costumbre. Las dos mujeres yacían juntas, tan apretadas que parecían a punto de fundirse. A determinadas horas él les traía la comida, pero nunca sabía con certeza qué necesidades y funciones corporales estaba satisfaciendo.

Se habían pasado a la misma cama buscando calor y seguridad, pero realmente, sospechaba Laing, para vigilarlo mejor. Sabían que dependían de Laing. Pese a la «pantomima», estaban del todo dispuestas a atender las necesidades privadas de Laing, mientras él las cuidara ayudándolas a sobrevivir. Ese intercambio convenía a Laing admirablemente, lo mismo que tenerlas juntas en la cama. Se enfrentaba así a un solo conjunto de exigencias plañideras, un solo repertorio de juegos neuróticos.

Le agradaba ver cómo Eleanor recuperaba el ánimo. Las dos mujeres estaban muy desnutridas, y era alentador que pareciesen capaces, cuando se sentían bien, de desempeñar los papeles que les habían tocado en esta pantomima de evolución incierta, gobernantas en una casa de gente rica que importunan a un niño díscolo e introspectivo. A veces Laing se complacía en llevar el juego a una conclusión lógica, y entonces imaginaba que era él quien dependía de las dos mujeres y que ellas lo desdeñaban. Este papel lo había ayudado en una ocasión, cuando un grupo de incursoras lideradas por la señora Wilder irrumpió en el apartamento. Al ver que maltrataban a Laing y suponiendo que Eleanor y Alice lo tenían prisionero, se habían ido en seguida. Por otra parte, tal vez comprendían demasiado bien lo que en realidad estaba pasando.

De cualquier modo, Laing disfrutaba por el momento de la libertad de vivir dentro de este íntimo círculo familiar, el primero que había conocido desde la niñez. La situación le permitía explorarse libremente a sí mismo, y el poderoso factor de lo imprevisible mantenía a todos dispuestos y alertas. Aunque frente a las mujeres Laing se comportaba con docilidad, no le costaba mucho ponerse insidioso. Las mujeres lo admiraban. Por esto. Había aún una buena cantidad de ampollas de morfina, y Laing planeaba iniciarlas en las delicias de este elixir. La adicción de las mujeres volvería a inclinar la balanza de la autoridad, y entonces dependerían aún más de él. Irónicamente, era allí, en el rascacielos, donde había encontrado a sus primeros pacientes.

Más tarde, luego de trinchar el perro y servir a las mujeres porciones generosas

pero no excesivas, Laing, sentado en el balcón de espaldas a la baranda, pensó en la buena suerte que había tenido. En primer lugar, ahora ya no importaba como se condujera, los impulsos descarriados por los que se dejara llevar, o los caminos perversos que decidiera seguir. Lamentaba que Royal hubiera muerto, pues tenía una deuda de gratitud con él, por haber ayudado a diseñar el rascacielos, y hacer todo esto posible. No creía que Royal hubiese tenido algún sentimiento de culpa, antes de morir.

Laing saludó afectuosamente con la mano a las dos mujeres. Estaban sentadas en el colchón con la bandeja sobre las rodillas, comiendo del mismo plato. Laing devoró el último bocado de carne oscura, que sabía a ajo, y alzó los ojos hacia la fachada del rascacielos. Todos los pisos estaban a oscuras, y eso lo hacía feliz. El afecto que lo unía a las dos mujeres era real, tanto como el orgullo de mantenerlas con vida, pero esto no impedía de ningún modo la libertad recién descubierta.

Al fin y al cabo, la vida en el rascacielos había sido buena con él. La normalidad se extendía cada vez más a todas las cosas. Laing había vuelto a pensar en la escuela médica. Quizá visitara al día siguiente el laboratorio de fisiología y hasta pudiera supervisar algún trabajo. Pero, ante todo, tenía que limpiar. Había visto a dos vecinas que barrían el pasillo. Quizá aún fuera posible poner en marcha un ascensor y apoderarse de algún apartamento, dismantelar las barricadas y amueblarlo otra vez. Laing recordó que Eleanor había amenazado con echarlo. Lo entretuvo la idea, sintiendo un ilícito estremecimiento de placer. Tendría que pensar en algo para volver a ganar el favor de las mujeres.

Sin embargo, todo esto, lo mismo que la morfina que les suministraría en dosis crecientes, era sólo un comienzo, ensayos triviales de las auténticas excitaciones futuras. Sintiéndolas ya en el cuerpo, Laing se apoyó contra la baranda.

El sol había caído y los rescoldos del fuego resplandecían en la oscuridad. La silueta del enorme perro en el espetón era como la imagen volante de un hombre mutilado, que se elevaba impetuosamente en el cielo nocturno, mientras las brasas le encendían la piel con un fuego de joyas.

Laing se volvió hacia el rascacielos que se alzaba a cuatrocientos metros. Había habido un fallo en la corriente eléctrica, y en el piso séptimo se habían apagado todas las luces. Los rayos de las linternas ya se movían en la oscuridad, mientras los residentes buscaban alrededor confusamente, tratando de descubrir dónde estaban. Laing los observó satisfecho, preparado para darles la bienvenida a este nuevo mundo.